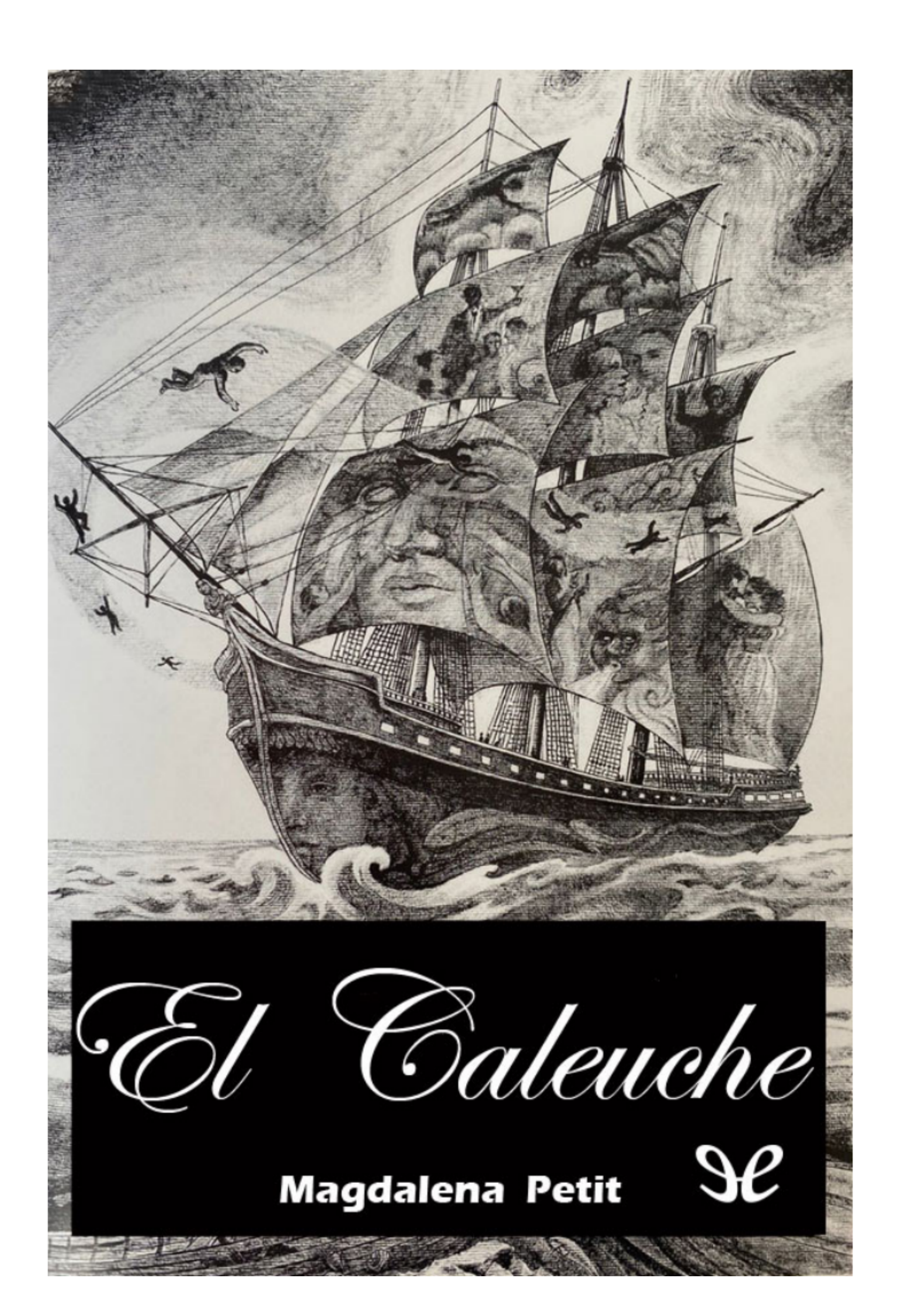

El Caleuche
Magdalena Petit

Basada en la leyenda del Caleuche, la presente novela cuenta el relato de un náufrago que, a su vez, narra lo que escuchó de un chilote viejo y solitario. El misterio y la fascinación que provoca este legendario barco que, tripulado por seres extraños y misteriosos, navega silencioso por las aguas australes, desvaneciéndose entre las brumas de los mares sureños, se une a una historia de amor no menos sorprendente.

Magdalena Petit

# El Caleuche

ePub r1.0

Titivillus 25.05.2024

Título original: *El Caleuche*
Magdalena Petit, 1946
Imagen de cubierta: Ricardo Badtke Epple
Prologuistas: Magdalena Petit & Hernán Díaz Arrieta
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1




Dedico mi novela *El Caleuche* a Daniel Schweitzer, que me instó con apremio a escribir sobre un tema de Chiloé, aquel único día en que estuve de paso por la Isla, a fines del año 1939.
Quiero recordar también al Padre Cavada, cuyo libro sobre el folklore del Archipiélago fue una ayuda primordial para mí. Y a Alejo Marfán, junto a la Marina chilena, que amó y sirvió.

# Palabras preliminares

El mismo viento trágico que arremolinó la cabellera rojiza de «La Quintrala» y la hizo encenderse en fuegos de leyenda, con impulso tan brioso, que todavía, por allí, sigue ardiendo, ha soplado ahora sobre otro mito nacional, esta vez no histórico, sino de pura estirpe fabulosa e hinchando las velas del Buque Fantasma lo lanza por los mares de la creación novelesca.

Magdalena Petit tiene fantasía inventora.

Es uno de los pocos escritores —no decimos escritoras, porque sería reducir su órbita— que en Chile poseen ese don.

Hay pintores, artistas, estilistas, psicólogos (¿?), hombres que sienten el paisaje, que aman y logran, a veces, animar el rostro primitivo de sus hombres de campo, o que mueven, no sin dificultad, personajes urbanos; hay, también, poetas, muchos poetas, toda la lira. O casi toda…

Escasean los constructores de vidas imaginarias.

Magdalena Petit las hace brotar, las mira y las palpa, cree en ellas con sincera creencia y logra hacer sensible esa convicción.

Este buque, este «Caleuche»[1] desvanecido entre las brumas australes, aquí resplandece y cruza tripulado por seres ambiguos, extraños, mitad símbolo, mitad alucinación; los sentimos a través de estas páginas rápidas que, a veces, tiemblan de un modo inquietante y, venidas del misterio, pasan cargadas de un mensaje enigmático y se alejan, misterio adentro.

Cada cual les oirá alguna palabra distinta. Admiten múltiples interpretaciones. ¿Qué dicen, qué quieren, qué anuncian? Tal vez la autora misma no lograría explicárnoslo, si lo intentara. En estos fenómenos del instinto superior hay mucho de inconsciente, como en las profecías y los presentimientos. Se dicen, a menudo, más cosas de las que se saben, razonablemente.

Una cosa hay segura: es que se escuchan, provocan e incitan a embarcarse para correr la misma aventura, hasta el fin.

Si lo dudáis, leed…

Hernán Díaz Arrieta

(*Alone*)

# Prólogo que completa esta historia

Hasta el día de hoy no se han sabido las verdaderas causas del naufragio del pontón «Caupolicán»: el único sobreviviente, yo, su Comandante, no se ha entregado aún a la justicia. Ya deben estar serenados los ánimos prontos a condenar la conducta de los hombres que cargan con duras responsabilidades, y ha llegado, para mí, el momento de explicarme. De todas maneras, resuelto ahora a afrontar cualquier decisión, por nefasta que sea, no titubearé en presentarme ante los jefes que han de decidir mi suerte. Como mi estada incógnita, en la torre del faro de Agui, donde me refugié, tuvo una particular influencia sobre esta resolución misma, creo necesario dejar aquí constancia de este importante detalle. Hablaré de mi propia aventura en el correspondiente sitio. En estas líneas solo me limitaré a decir que, por haber arribado aquí, al ser náufrago de aquel barco, llegué a escribir la historia que sigue. Yo no era el mismo hombre que soy ahora cuando abordé Punta Agui, donde me acogió el anciano guardafaro, que tuvo la generosidad de esconderme y alimentarme. Más que alimento y refugio, le debo a este hombre humilde una visión distinta de la vida, del destino; una especie de sabiduría humana con la que me ha regalado al contarme su vida; o, mejor, la vida del ser que, a su vez —decía—, lo había hecho meditar sobre «cosas que no parecen las más importantes, y tal vez lo son». Por otra parte, le debo informaciones de sumo interés sobre la vida chilota. Yo no conocía del Archipiélago —fuera de su reputada belleza— sino la fama de sus papas y de sus selvas que dan las mejores maderas. Sabía que llueve ahí «trece meses del año», que donde mire la vista, se divisan emergiendo entre el verdor de los árboles y pastos las flechas de cien iglesias. Vagamente había oído de sus mitos, aunque bien conocía, como marino, el del fabuloso «Caleuche», de más interés y maravilla que el de su

hermano holandés: «El Buque Fantasma»…

Sin embargo, había estado tres veces en Ancud y dos en Castro; pero de paso, siempre, el tiempo que anclaba mi buque. Recordaba, sí, la inteligencia de los isleños, de los pocos con quienes había cruzado palabra. La dueña de la pensión donde alojé en Ancud, por ejemplo, a más de ser mujer hermosa y que demostraba saber manejarse en sus negocios, me llamó la atención por la correcta manera de expresarse y de pronunciar, que pudiera envidiarle la más atildada de las maestras. Pero no solo ella, persona ya más culta, hablaba de este castizo modo —no olvidemos las remotas influencias españolas— sino que el muchachito, de unos trece años, que me llevaba los bultos, se expresaba mejor que cualquiera de los rotos que yo había conocido; me conversaba, durante el trayecto de subida por la empinada calle, desde el muelle hasta la pensión: tenía sus ambiciones; deseaba ir a Puerto Montt, quizás a Santiago, y demostraba por sus preguntas un espíritu muy abierto.

He sabido, después, que Chiloé cuenta con el mayor número de escuelas entre las provincias de toda la República, y no me extraña.

En la marinería de a bordo había tenido también ocasión de tratar al chilote, la mejor gente para el mar, y no me era desconocido su genio un tanto filosófico y poético, su carácter fatalista, dado a las supersticiones como pocos. Pero contacto verdadero con los isleños, solo he venido a tenerlo por intermedio del anciano que me hizo compañía en mis días de reclusión forzosa.

Despertó en mí tal interés lo que me refirió de su pueblo, y particularmente de aquel mozo que se empeñaba en llamar su nieto, como asimismo, y sobre todo, de las mil supersticiones que alimentan la fantasía del chilote, que no he podido resistir a la tentación de entretenerme escribiendo aquella historia con la que me deleitó en nuestras largas vigilias. Sabía contar por don propio, y tenía un fino espíritu para juzgar; poseía la sabiduría de ciertos privilegiados que miran la vida con sus ojos y su corazón, sin el entorpecimiento de la cultura, directamente.

Estoy seguro de no ser comprendido por los jefes que han de juzgarme, como lo he sido por este anciano de una clase social inferior. Su espíritu bien puesto, justo, sano, aquilató de inmediato la parte de las responsabilidades y de la suerte contraria en lo del accidente del pontón, confirmándome a mí mismo que la verdadera

culpa del naufragio la tenía quien había ordenado aquel peligroso viaje, es decir, el mismo Director General de la Armada, y después, el Comandante en Jefe del Apostadero de Magallanes, que había considerado aparejado un buque que, a todas luces, no lo estaba. Se indignaba al pensar que pudo ser evitada la tragedia del «Caupolicán», si en vez de la empecinada irreflexión de un alto jefe, que no aceptó volver sobre la orden dada, hubiese mediado el sano criterio que debió juzgar la dificultad, la imposibilidad del absurdo viaje. Pero así habían sucedido los hechos, y ahí estaban las consecuencias. «¿Qué culpa tiene usted? —me decía—. Un comandante debe responder de la maniobra de su buque, pero no puede hacerlo del aparejo e implementos, y a usted se los dieron malos. Usted se las arregló como pudo». En efecto, la obediencia y disciplina me obligaron a doblegarme, confiando en una buena estrella que no me acompañó, y, sobre todo, en el esfuerzo que hacía por suplir todas las deficiencias. Desde luego se comenzó por preparar el barco para la travesía dándole 500 toneladas de lastre de arena, pues la superficie del casco del buque que sobresalía del agua hacía las veces de un verdadero velamen, al carecer de la carga normal de 3.000 toneladas con que hacía los viajes a la costa de Chile en sus mocedades. Como se pudo, con viejas velas que estaban depositadas en tierra, se procedió a vestir las vergas mayores y gavias de los tres palos; y con algunas cuchillas y cangrejas dio por aparejado el buque el comandante del Apostadero. Luego, se me habilitó con una rosa náutica ya excluida del servicio, la que, colocada en el mortero del «Caupolicán», marcaba bien las orientaciones del barco solo en aguas tranquilas. En cuanto a mi pliego de peticiones, hecho con conocimientos náuticos, fue archivado, y quizás habrá de valerme en mi defensa. En tan desmedradas condiciones zarpamos, haciéndonos a la mar el día indicado por orden superior.

Pero dejemos estas cosas, ya que no es mi propósito, como dije, ocuparme en las presentes líneas de los incidentes de aquel bullado naufragio. Los diarios que me proporcionó entonces mi hospitalario huésped me informaron no solo de las proporciones que había tomado la indignación del público, sino que me daban la ocasión de comprobar «cómo se cuenta la historia», cómo se ofusca el criterio de los comentadores, no solo por la falsedad de los datos o de las

interpretaciones, sino por ese infantil afán de satisfacer fácilmente la lógica, hallando un culpable, y sin atender a todo lo que concurre en esta vida como causas complementarias y a veces principales. Era, por lo tanto, para mí, un enorme consuelo el encontrarme en mi desamparo frente a un ser tan comprensivo, tan humano, y que me parecía en su alma y espíritu verdaderamente superior.

Solo desde dos años habitaba en el faro de Punta Agui. Vivía antes cerca de Chonchi [2] en una casita de su propiedad, junto al astillero que le pertenecía también. Una tragedia, digna en su horror de figurar entre aquellas de la antigua Grecia de Sófocles, al desbaratar de golpe su tranquila existencia, le había traído a cobijar los últimos años de su ancianidad en esta torre del faro: no podía soportar ya la vista del sitio donde había ocurrido tamaña desgracia. «Los primeros tiempos —me decía— parecía más o menos sereno, aunque solo estaba atontado de pena; luego comprendí que iba perdiendo la resignación y que debía alejarme de todo aquello que representaba un testimonio constante de mi soledad. En cambio, aquí, donde estoy solo de distinta manera, puedo evocar los recuerdos de la anterior felicidad». Y así, los había evocado también para mí, recordando, cada noche de nuestras veladas, ya un episodio, ya otro: dándole especial importancia al fantástico muchacho que se empeñaba en seguir llamando su nieto y que, tal vez, al contagiarlo con sus imaginaciones exuberantes y extrañas, lo hacían ahora desfigurar la realidad de los hechos, presentándome una curiosa historia, que más me sabía a novela o leyenda, aunque fuese «la purita verdad, y no cuento», como me lo aseguraba meneando su blanca cabeza. Y no tenía yo por qué no creerle a quien me demostraba en todo tan sano criterio y era uno de los personajes de aquella verídica historia.

Tratando de impregnarme de aquel particular ambiente y del exótico y misterioso carácter de Pingo, especie de Peer Gynt chileno, cuya figura merecería quedar estampada en letras que la llevasen hasta la imaginación popular, me puse a escribir los capítulos que siguen, para que no fuese del todo perdida esa imagen. Alguna pluma acreditada recogerá, quizás, un día, frescas como las doy, estas ingenuas evocaciones, y hará con ellas el verdadero libro que consagre la fantástica existencia de Pingo: yo no soy ni un Loti, ni un Conrad, sino un simple marino amante de

las cosas del mar.

Magdalena Petit

Faro Punta Agui, 1940

# Primera Parte



«Asentadas en gruesos pilotes de luma, veinte, treinta casas se internan sobre las aguas, semejantes a groseras embarcaciones de cuadradas proas: en los días de temporal, cuando los vientos levantan montañas de olas, se tiene la impresión de verlas navegar desveladas y náufragas».

RUBÉN AZÓCAR
*Gente en la Isla*

# 1

¡Negro caos, chorreando aguas que ahogan la lumbre zigzagueante, en un juego de mojados claroscuros, al son retumbador —desde el espacio hasta los angustiados pechos— de misteriosos tambores que redoblan sus descargas, y redoblan, y redoblan!

No recuerda la memoria otra tormenta como esta.

La isla es una balsa alocada por un maremoto. La casucha solitaria, perdida en su playita, parece embutirse entre los pilotes como un nido entre restos de mástiles sobre un pedazo de puente arrancado por la ráfaga.

No era noche para nacer, esta que parecía la del fin del mundo.

Así había opinado el abuelo, chilote viejo que sabía de tempestades, cuando al amanecer acompañaba a la comadre que atendía a su hija en trance de alumbramiento. Había ido a dejarla hasta la misma puerta de su casa, cerca de Chonchi, porque el camino estaba imposible, aunque ya no llovía ni soplaba el viento, y solo por la arena empapada y el barrial, más allá, al llegar a las proximidades del pueblo, se recordaba ahora la violencia del temporal nocturno. Venía de regreso, acelerando el paso cuanto lo

permitía el pesado terreno, pues Rosalba estaba sola, y por bien que hubiesen quedado, madre e hija, podían necesitarlo, sin contar el ansia que sentía por mecer a la nieta.

—Es muy robusta, muy sana —había declarado la comadre, y luego agregaba—: Si la tempestad ha sido una mala jugarreta del Caleuche, de seguro no se ha metido en este nacimiento, porque niña mejor llegada no la he visto.

El frío sol de madrugada iba asomando, transparentado por las nubes, y estas poco a poco se disolvían, dejando hoyos de azul que pronto se juntarían para formar un cielo puro y luminoso.

Al alcanzar la pequeña ensenada donde había instalado un modesto astillero a los pies de su casa, divisó un bulto oscuro sobre la arena, que no parecía uno de tantos montones de cochayuyo, sino alguna vaina de palmera. Lo hizo a un lado con la embarrada bota, y un maullido salió desde el interior de aquel bongo diminuto —que esto era el bulto— y entonces lo recogió para librar al pobre gato, atado por algún malvado dentro de la frágil embarcación que parecía de juguete. ¿Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con un niño recién nacido, sujeto firmemente dentro del bongo? ¿Qué desalmada había podido desprenderse así de su criatura durante aquella noche de tormenta, en que los más fuertes se sentían desamparados? Si quiso deshacerse de su hijo alguna avergonzada soltera, pues la sola reciedumbre de la tempestad debió levantar en su pecho una ola de compasiva ternura. Esa ternura se apoderaba ahora del anciano y sentía una imperiosa necesidad de amparar al pequeño náufrago botado por la mar a los pies de su misma morada, donde otra criatura recibía calor y alimento maternales. Se imaginarían —y esto habría sido posible, al fin— que la Rosalba había tenido mellizos. Él esperaba un nieto, y era mujercita la que había llegado; ahora, el nieto se lo traía el destino de curiosa manera, y casi se sentía un poco el padre de este chico sin padres.

Subió con infinita precaución la escalerita que daba acceso a la casa en alto sobre sus pilotes de luma, luego depositó un instante sobre el suelo el bongo con el niño, mientras se quitaba las botas inmundas. De pronto, como si se dieran la bienvenida a su manera, se mezclaron en el espacio los gritos de ambas criaturas. Se apresuró, entonces, hacia el lecho de Rosalba.

—Aquí te traigo al otro —dijo el improvisado abuelo a su hija; y

como le mirase ella con ojos estupefactos, añadió, pasándole al chico—: ¿No encontrabas demasiado abultado tu vientre y temías dar a luz mellizos? Pues este llegó por otra puerta, pero es tuyo también. Te lo manda…, qué sé yo… —rio ante la broma que se le venía espontáneamente a los labios y soltó la extraña ocurrencia—: ¡Te lo manda el Caleuche!

Venía hambrienta la criatura, y helada; no era el momento de discutir. Rosalba metió al pobrecito bajo las frazadas y, aferrándolo contra su cuerpo, le dio el seno. Luego, como continuase el llanto de su propia hija, la acercó a su pecho libre y quedaron los dos niños como hermanos entre sus brazos tibios y generosos.

En tanto su padre preparaba el desayuno, pensaba ahora Rosalba en los reparos que debía hacer por pretender este imponerle una criatura ajena que venía a robarle a su Rosita una parte del cariño y del bienestar a que tenía sola el derecho. Por el momento debía aceptar su presencia, porque la única objeción que le hubiese valido para no hacerlo, la de un mal aspecto de salud, no venía al caso, ya que el niño parecía tan sano, tan robusto, y más fuerte que la niña; pero no bien pudiera despecharlo se le mandaría en alguna parte a un asilo: no sería el primer huérfano que corriera esta suerte, y era buena la que había tenido al ser salvado de morir. Mas —pensaba Rosalba— su padre era el jefe del hogar, naturalmente, desde que su prematura viudez la dejara desamparada, y si insistía en hacerse cargo del mantenimiento de su pequeño huésped, tendría ella que someterse. Lo que no aceptaría sin resistencia de madre precavida, era el que conviviera junto a su hija un huacho que provenía quién sabe de qué malas semillas: las siembras del alma no pueden, como las del cuerpo, notarse en un crío, y no debían exponerse a cualquier eventualidad para lo porvenir. Además, un día no tan lejano, ya que el tiempo corre, serían hombre y mujer los que mamaban ahora sus pechos…

—¿Qué te pasa? —pregunta su padre, depositando la taza de ulpo sobre el velador.

Rosalba que, en medio de la agitación de sus pensamientos, no lo había sentido venir, contestó aturdida y como si hablara para sí:

—¡Temo que se enamoren!

Una carcajada casi juvenil saludó aquella intempestiva ocurrencia, que retrataba la imaginación novelera de las mujeres,

pero resultaba cómica, sin duda, al considerar que Rosalba, si bien seguía el curso de ideas anteriores que no se habían manifestado exteriormente, señalaba, despectiva, al decirla, a las dos guaguas inocentes, cuyo único interés en el mundo era mamar.

—Tranquilízate, hija mía; queda mucho tiempo para pensar en tales cosas. Pero si he de darte desde luego mi opinión, no podría negar que me agrada. Para Rosita un novio caído del cielo… o del mar, sin suegros ni parientes que estorben; nuevecito y que pueda ser educado a mi gusto y a medida de las necesidades que se presenten; un novio del que nada se sabe y puede ser imaginado príncipe, como en los cuentos; un novio que, por venir del misterio, trae misterio y hace soñar; esos son los hombres de los que se enamoran las mujeres, y yo deseo que mi nieta embriague de amor su alma cuando llegue a la edad de la ilusión y de los sueños. Esta vida no es lo suficientemente real, se nos escurre, nos engaña con sus mentiras, y solo lo que sentimos y pensamos es verdad, por ser lo nuestro. Tú, por ejemplo, Rosalba, sientes que el esposo, para ti, no ha muerto; lo llevas en tu espíritu —porque siempre ahí lo llevaste—, único sitio donde no perecen los seres que amamos, si los anima nuestra memoria por el recuerdo. Y aun, cuando están vivos, siempre los imaginamos; y sí no lo hacemos, es como si estuvieran muertos. Al novio, al marido, que despierta la imaginación, solo a ese le es fiel de veras la mujer, porque lo sueña continuamente.

Los ojos de Rosalba se empañaban al oír a su padre, a pesar de que muchas veces le había escuchado estas enseñanzas confortadoras, las que no siempre comprendía en todo el significado que les adivinaba, aunque, desde la muerte de Rogelio, su experiencia personal, cual ventana que se abre, le había traído los rayos de luz que hacen visibles las cosas.

—Deja a tus cachorros, se han dormido. Y ahora, a tomarse el rico ulpo.

La había mirado, observador, mientras apartaba de sí a las criaturas, y ella, por espíritu de desafío, o quizás porque así lo sentiría, le pasó al niño, indicándole que le hiciera una cuna con dos sillas, porque la de Rosita era solo para Rosita. Como él estaba convencido de que no hay que contradecir a las mujeres si se pretende llegar a vencerlas, armó como pudo un lecho que, gracias

a un cojín y una vieja manta de hilados, resultó un verdadero nido para la pobre avecita que había llegado enjaulada en un duro bongo.

—Veo que tratas a nuestro huésped —no pudo impedirse de decir— como el señor cura al que le ayudaba en la misa, de niño, trataba a un pobre presidiario evadido: «Vade retro, Satanás», le decía en sus latines, que significan —me lo explicó cuando se lo pregunté—: «Fuera de aquí, Demonio». Aunque tú pareces más bien ángel que demonio —le decía ahora el abuelo al chico mismo, como si le oyese—, te bautizaré con el nombre de «Pingo», que es como llaman al Diablo los mexicanos, según me lo contara, una vez, un marino de aquellas tierras cuando yo le hablé de Pillán, de Peucho, del Caleuche.

—Llámalo como te parezca, siempre que por atenderlo demasiado no te olvides de nosotras. Yo no puedo incorporarme para servirme el ulpo —dijo en son de celoso reproche.

Se acercó él, y, después de besarla, le fue dando el alimento cucharada por cucharada, como cuando era chica y reemplazaba en las funciones maternales a su mujer, muerta apenas después de cumplir tres años Rosalba. Esta circunstancia había contribuido, fuera de su natural tierno, a hacer mayor su cariño que el de un padre que solo es padre.

Ahora había que tratar de dormir, le decía, y él aprovecharía para descansar, también, porque si dar a luz era función que agotara, asistir al acontecimiento y ver sufrir enervaba las fuerzas del cuerpo y del espíritu. La noche no había sido para reírse con este parto al son de los truenos y a la luz de los relámpagos. ¡Y cómo soplaba el viento y caía la lluvia! Ahí estaban aún los tiestos por el suelo con el agua de las goteras.

—Metida en tus dolores —decíale a su hija al recordarlo—, no alcanzabas a darte bien cuenta del horror de esta tempestad. No recuerdo otra igual. La comadre, que no es persona de miedos y sabe, como todos los isleños, lo que son vientos y lluvias de temporales, temblaba a cada estruendo y, entre grito y grito tuyo, se acercaba a decirme por lo bajo: «¡Qué irá a parir, qué irá a parir!» Y, en el momento en que parecía la casa desprenderse de los pilotes y arriar con todos nosotros mar adentro, tu alarido final traía, ante el asombro de la comadre, la hermosa hijita, muy distinta del

animalejo que esta vaticinaba nacer como mal regalo del Caleuche, anunciado, sin duda, por aquella espantosa tormenta.

Ni Rosalba ni él creían en el famoso Caleuche, porque nunca lo habían visto. Pero aunque tampoco se atrevían a negarlo del todo —sería entretenido y hermoso que existiese—, comentaban regocijados las ocurrencias de la comadre.

—Bueno, ¿en qué quedó nuestro descanso? —dijo, con autoridad, solícito.

Pálida, los ojos hundidos, ella le sonreía débilmente; Rosita permanecía a su lado en la cama, y señalándosela le rogó que no se la quitara. Entonces, al contemplar a su hija, pensó en el que estaba sin madre.

—Ponlo a él en la cuna —agregó—, estará mejor que en ese camastro.

El niño estaba profundamente dormido y bien podía mover a su antojo, sin que despertara, al que zamarreado por bravías olas había resistido el empuje y el frío de las aguas. Respetado milagrosamente por el rayo y el mar, se le antojaba el niño, al abuelo, como un ser no muy de este mundo y que le hacía creer, ahora, en una posible intervención de poderes ocultos y que le desearan a su hogar el bien y no el mal, ya que, en vez de cualquier sabandija, le enviaban, después de Rosita, este su mellizo, más hermoso aún que la niña. Por ser buen creyente, rechazaba las supersticiones, cual lo manda la Iglesia; pero por ser buen chilote, no podía resistir de curiosear alrededor de los misterios que envolvían la supuesta existencia del Caleuche. Seguramente, el pequeño huésped exótico no le haría cometer herejías, pero venía a permitirle contarse algunos cuentos y fantasías, que también les gustan a los viejos que algo tienen de niño.

# 2

—Después que «pelecharon» —solía contar Rosalba, siempre con renovada extrañeza—, a mi hija le creció un pelo negro como el mío, o de cualquiera, pero a él le salió una viruta dorada, casi rosada, tirando a zanahoria. —Y cuando comentaba el hecho con su padre, nunca dejaba de observar: «El color de la cara y las facciones son de chilote, sin duda, pero ese pelo no es de gente, es de disfraz o de muñecos». Era muy zonzo ese comentario, replicaba el abuelo, porque Rosalba había tenido, como todos los isleños, mil ocasiones de ver marinos extranjeros, de esos que vienen de las Holandas y otras Américas, que hasta albinos parecen con sus claras cabelleras. Insistía Rosalba en que había diferencia y también con la de algunos colorines que divisara. Entonces venía el momento para su padre, de aprovechar la ocasión con oportunas insinuaciones: en lejanas tierras existían príncipes y reyes todavía, y estos solían viajar de incógnito, y entre los turistas que aquí llegaban… en fin, claro es que no cualquier extranjero tiene un pelo así, tan fino y especial. A veces, también, había muchachas que, si se descuidaba la madre, el «Trauco»[3] hacía de las suyas con ellas, y donde se mete el brujo cosas raras resultan. Había notado que, Rosalba se había puesto supersticiosa, ella que nunca lo había sido, y estas alusiones a una posible paternidad del «Trauco» para con Pingo, las hacía a manera de burla que la aleccionase. Sin embargo, solía producir un efecto contrario en el espíritu de su hija, que había llegado a mirar al niño con cierto temeroso respeto desde que le suponía aquel posible origen, aunque se inclinaba, más bien, a pensarlo bajo una influencia caleuchona. Un día se había dado cuenta de todo esto el abuelo, y comprendiendo que favorecía al niño y que no perdía Rosalba sus fervores religiosos, casi se había alegrado. En efecto, ya no hablaba su hija de mandarlo a Chile a un asilo, con el pretexto de que debía asistir allá a la escuela; ni tampoco existían motivos para deshacerse así del huérfano, como habían supuesto

precavidamente que pudiera suceder, sino que demostraba este las mejores inclinaciones. Y ahora iba con Rosita a las clases de lectura y catecismo que hacía en la parroquia el mismo señor cura. Se creían hermanos mellizos, y, a pesar de la diferencia de sus caracteres y gustos, se entendían como si se completaran, pues siempre andaban juntos y el mayor castigo era que los separasen. A Pingo, sin embargo, solía agradarle aventurarse solo por el bosque o la playa, pero tampoco rechazaba nunca la compañía de Rosita, si esta insistía en seguirlo, pero con la condición de que lo dejara en libertad de callar, si por callar le diera, o de cantar o hablar solo, si por cantar o hablar solo le viniera en gana. Ella asentía a todo y sin estorbarlo asumía en tales casos su papel sumiso de sombra. Estaban acostumbrados en sus juegos a representar animales u objetos, desempeñándose airosamente, como lo hacen los niños; pero nunca lo hacía mejor Pingo que en aquellos momentos en que se creía solo, porque le había ordenado a Rosita silencio e inmovilidad, mientras partía al galope gritando: «Soy el mejor caballo de la isla», o que, cavando con una piedra, decía: «Aquí esconderé mi tesoro, y si alguien se atreve a descubrirlo, ya sabrá quién es Pingo». Su aspecto en momentos como esos debía impresionar fuertemente a la niña que, miedosa, lo observaba, pues al volver a casa le contaba en secreto al abuelo que Pingo se había transformado «de veras en caballo», o «de veras en navegante que tenía un tesoro». Cuando salían de paseo con el abuelo, solo Rosita sacaba provecho de sus enseñanzas, si les nombraba los árboles, las plantas, los insectos y animales que encontraban en el camino; porque Pingo se contentaba con que los árboles tuviesen hojas y fueran hermosos, sin importarle que se llamaran muermo o meli o notro, y a las plantas les decía a todas yerbas, y pájaro a cualquier pájaro, fuese cóndor o torcaza. Rosita, que ponía su orgullo en distinguir una torcaza de una paloma, y la gualputra de la alfalfa, se indignaba de oírlo llamar al helecho «pangue de hojitas como encajes», y a fuerza de reconvenirlo y atraerle la atención sobre cualquier distintivo, conseguía apenas que su hermano fuese menos vago. En cambio, Pingo sabía cosas que ni el abuelo ni Rosita comprendían, y cuando aseguraba que el Corcovado estaba más lejos ayer que hoy, el abuelo contestaba que las montañas no se mueven y que, del momento que ellos lo miraban desde el mismo

punto, ayer que hoy, Pingo se engañaba. Y si se perdía en la contemplación del mar, del bosque, le preguntaban cómo no se aburría mirando siempre lo mismo; pero él aseguraba que veía muchos mares, muchos bosques, distintos en cada momento, con árboles y olas que no eran ni del mismo tamaño, ni de la misma forma, ni del mismo color de uno a otro bosque, de uno a otro mar de los que iban pasando, y que, tal vez volverían y él hubiese querido detenerlos y, como no podía, los miraba, por lo menos, para quedarse con algo de ellos en el recuerdo. «¡Pingo sueña!» —decía entonces Rosalba, y se alzaba de hombros. Tanto mejor si sueña, pensaba el abuelo, porque sería una bonita manera de existir: ¿No sabía, con su vieja experiencia de observador, el engaño que es la realidad? ¿No predicaba a menudo a favor de la ilusión? Sin embargo, en lo de los mares y de los bosques innumerables, y quizás si hasta en las distintas lejanías del Corcovado, le parecía a veces que no se ilusionaba Pingo al verlos como decía; y pensando en la diferencia con que se nos presenta un objeto, si se halla en la penumbra o en plena luz, iba deduciendo que el bosque del mediodía, no siendo el mismo en su colorido y sombras que el bosque del atardecer, para un mirar más sensible, como podía serlo el de Pingo, entre estos dos bosques podía haber muchos bosques. Así se lo dijo al niño una mañana en que este le hacía notar el juego del sol sobre unas hojas, y al sentirse comprendido, al fin, y explicado, el niño lo había abrazado estallando luego en llanto. Desde entonces los lazos de su mutuo afecto se habían estrechado dulcemente, y el abuelo había tenido que confesarse a sí mismo que él también le debía agradecimiento a Pingo, porque ahora no solo se daba cuenta de algunas maneras suyas de sentir, sino que a veces solía ver él mismo de otro modo las cosas del paisaje. En todo caso, Rosalba, y para qué decir Rosita, se entretenían con estos «sueños» y otras extrañas ocurrencias de Pingo, como, por ejemplo, cuando pretendía que los pájaros, y también los animales, con lo que parece un solo silbido o grito para la gente, se hablaban distintas cosas; y que él los escuchaba, porque así llegaría a entenderlos. Después de pasarse horas tendido sobre la playa o en un potrero de gualputra, llegaba Pingo a la casa con cara de extraviado: parecía, en efecto, hallarse «en otra parte», o haber arrastrado ocultamente consigo el bosque y el mar, en los que prosiguiera buscando qué dicen los

pájaros, las ranas, y cómo podría sujetarse la marcha de los árboles y de las olas. Su expresión era entonces de inefable felicidad, y solía reír sin motivo —sin motivo *aparente*, explicaba a los que no lo conocían el abuelo—, o bien, le brotaban lágrimas; y en una ocasión, un llanto convulso lo hacía estremecer como si tuviera frío. En general, se manifestaba siempre muy alegre, y Rosalba, alarmada, le insistía en que dijera el motivo de su pena; pero, ante su sorpresa, Pingo le había contestado que se sentía tan feliz, como debía serlo el mismo Dios, y que al llorar era como si estuviera riendo de alegría. Aunque el abuelo lo tenía por muy inteligente, algunas personas de afuera lo creían tonto. El cura, por ejemplo, no concebía que le costara tanto aprender a leer, a sumar: parecía que, juntar una letra con la otra, una cifra a otra cifra, le nublaban la mente. El sistema del silabario ilustrado resultaba peor con él, porque desatendía las letras por reparar en las figuras, haciendo diversos comentarios sobre estas. Ahora, cuando el señor cura quería amenizar la lección de aritmética y traía manzanas para explicarles a lo vivo una resta, si decía: «Aquí hay tres manzanas, escondo una con mi mano, ¿cuántas quedan?», Pingo contestaba: «Quedan tres, las dos que se ven y la que tiene escondida». Su lógica no era la del raciocinio matemático, sino la de la imaginación, o de una observación más personal, más independiente, argumentaba a su modo el abuelo contra el cura. Sentía como enriquecido su hogar con la presencia del niño, al que sentía irradiar una especie de electricidad vivificante que, al contrario de lo que sucede con aquella enervadora de la atmósfera cuando se preparan las tempestades, comunicaba al cuerpo y al espíritu un recogimiento regocijado. Pero un suceso que se preparaba iba a afirmar el inexplicable prestigio de Pingo, conquistándole, afuera, la venia de todos y del mismo señor cura.

Hoy no había clases, pero los discípulos del señor párroco estaban reunidos como de costumbre bajo el alero de la «caserita», que pronto abriría su puerta para recibir el don de las primicias; y tendrían entonces que abandonar los bancos a las campesinas cargadas con vasijas de chicha o bolsones de trigo, o que traían en su mano, como un ramo colgando, unas gallinas atadas de las patas, haz de tallos, de los que salía hacia abajo la flor movediza y

cacareante de las cabezas. Era el día de la Candelaria, y el señor cura se hallaba recorriendo los campos, entre cada villorrio, para bendecir las futuras cosechas y llevar su palabra a los viejos y enfermos que no podrían asistir a la procesión. Estaban los niños en la tarea material de tejer los arcos de avellano destinados al paso de las andas, que harían estación aquí en la capillita de Yal, después que salieran de Tarao, para seguir al fin a Chonchi, donde estaba el santuario de la Virgen. Un perfume sonoro invadía el aire, traído por el movimiento de cien campanas sobre los bosques y sembrados florecidos, sobre las algas y espumas del mar. Los niños se daban prisa, hubieran querido hallarse a la vez en todas partes: aquí, ayudando a terminar los adornos para la fiesta; en las faldas del cerro por donde llegarían los indios arrastrando sus cabestros cargados de ofrendas; en las pequeñas ensenadas, donde arribaban los bongos y balandros desde Lemuy[4] y otras islas cercanas; en Chonchi mismo, sobre todo, el sitio del mayor movimiento, donde anclarían las grandes goletas y lanchones que venían desde Chauques[5] y Queilén, con gente de Puerto Montt y de las Guaitecas[6], llenándose hasta tumbarse las embarcaciones de familias completas, sin contar los perros, las mesas, canastos, guitarras, acordeones y damajuanas.

Pingo ya no resistía su ansia de ir a contemplar desde alguna altura el panorama de tanto barco sembrando el mar de movedizas islas: blancas de velas, unas; oscuras o de color, por sus flancos, otras; y entre esas que balancea el agua azulosa, las grandes manchas verdes que pintan, estáticas, los archipiélagos cercanos y distantes.

—Yo me voy —dijo al fin.

—No te vas hasta que no termines.

Era la voz de «la señorita» que acostumbraba a ayudarle al cura en sus clases y visitas a los enfermos. Hija de pobres pescadores, se había puesto muy orgullosa, porque había cursado en Ancud los primeros años de las humanidades. En venganza de sus aires arrogantes, la apodaban en el pueblo «Cara de pan de minga», por su abultado rostro que un cuello cortito posaba casi sobre los hombros del cuerpo rechoncho.

El niño no se atrevió a moverse, pero desatendía su trabajo, porque, en vez de la guirnalda, veía barcos y gente y mar, tal como

su recuerdo de las fiestas anteriores los evocaba en el bullicioso movimiento preliminar de la ceremonia que se efectuaría en la tarde. Después de varias amonestaciones, que no consiguieron traerlo a la realidad, sino en apariencia, se puso de pie, y, señalando con ojos que miraban, en el jardín, el mar, exclamó: «¡Vienen, por los dos lados, por Achao y Quehue!» Y luego se lanzó como si fuera a recibirlos, y, al sentirse cogido por una mano garrosa, dio un violento manotazo sin pensar quién o qué lo detenía en su impulso ebrio de partida. Perseguido por la señorita, se debate, entonces, aún inconsciente. Pero ella es más fuerte, lo zamarrea, colérica, le grita, lo hace volver a la realidad y oye Pingo:

—¡Obedecerás, huacho mal criado!

Un murmullo, entre los niños, circuló: «… le dijo Huacho…». «Huacho, dijo…».

Uno de ellos sabe a qué se refiere la señorita y va cuchicheándose con el compañero inmediato, y este transmite la revelación al que sigue, y pronto están todos comentando algo que la señorita prohíbe en vano, ahora, se comente.

—Te permito que te retires —dice, entonces, deseosa de verlo irse pronto y en la esperanza de que no se dé cuenta de la imprudencia cometida.

Dio las gracias, mirando cohibido, a la señorita y a sus compañeros, de pronto silenciosos. Casi vaciló como si fuera a preguntar algo; luego se fue, alegre, corriendo.

El día seguirá con sol, sin duda: ni una espumita de nubes mancha el cielo, ni brisas se sienten que las pudieran traer y amontonarlas hasta cubrirlo amenazando aguar la fiesta. Pingo quisiera cantar de felicidad, como lo hace cuando está puro el aire y brilla la luz cambiándolo todo en el bosque, en el mar, en el cielo, en los ventisqueros de la montaña, al frente. Está que canta, y no canta. No recuerda bien por qué se puso tan enojada cuando lo zamarreó. Allá va volando un jote, pero demasiado alto, casi no se oye. No quisiera encontrarse con un chucao[7], no fuera a cantar «huichroycheu» y se le ocurriría que algo malo va a pasar; ¡hoy no debe pasar nada malo! Eso se lo dijo para insultarlo; seguramente se hallaba rabiosa, y a los chiquillos les pareció mal, se cuchicheaban. Ahora baja el camino, no hay necesidad de correr, falta poco para alcanzar la playa. Cruzan en bandada unas gaviotas y están

contentas, se ríen; suelta la capitana el hilo que amarra al grupo y se esparcen un poco, no mucho, y si se alejan demasiado vuelve a tirar el hilo y se juntan, suspendiendo más estrecho su mismo dibujo de flecha. Quisiera cantar de felicidad. Ya está que canta y no canta. Lo miraban los compañeros al «pilluntearse». Algo se contaban, tan despacio; no criticaban únicamente a la señorita por haberlo insultado. ¡Huacho, le dijo! Otras veces le ha dicho tonto y los chiquillos se han reído y él también, entonces. Ahora estaban serios. ¿Si será tonto, o huacho? Pero qué es eso: tonto, es tonto, claro, y él no lo es, ¡de eso para qué!… La gallina de doña Felicia es huacha. Pero entonces no es insulto. A los animales mansos les dicen huachos. Bueno, huacho mal criado…, es por lo mal criado. Si Rosita hubiera ido con él se habría dado cuenta. Ahora sí, es cierto que se divisan embarcaciones. Denantes eran las que recordaba del año pasado: las veía tan bien como estas, como si hubiera desaparecido el jardín de la capilla, hundido por el mar, este mismo mar que ahora se ve aquí y siendo el de este momento era del año pasado. Un huacho es un animal y también puede ser un niño, parece. Todo es todo y el cielo puede ser mirado adentro del mar, y mejor en el río. Hay brujerías y hay milagros. Algo se movió en esa roca, pero yo lo vi primero, piensa, y grita: ¡Fiura, Fiura! [8] Así se ha espantado el «Trauco» y Pingo no quedará con el cuello torcido, destinado a morir en el año; es el «Trauco» el que habrá de morir; de buena se ha salvado, le tiritan las piernas, aunque es valiente. ¡Qué horrible monstruo con su cuerpecito de hombre enano: estaba dándole la espalda y lo reconoció por el sombrero cucurucho, y cuando saltó para huir le notó sus pies sin talón ni dedos! Raro que lo viera cerca del mar, cuando es su costumbre esconderse en los troncos y las copas de los árboles. Si, en vez de insultarlo llamándolo Fiura, le hubiese gritado huacho, tal vez habría arrancado igualmente: esto hay que averiguarlo con el abuelo. ¡Cómo pudiera estar al mismo tiempo en Terao, en Yal, en Chonchi, en Rauco, asistiendo a la agitación de la gente que va a desembarcar! De pronto, le parece que se encoge la ribera como se estrechó la bandada de gaviotas, y es que se le ha ocurrido trepar al montículo desde donde la vista abarca toda la costa. Ha corrido y le salta el corazón, transpira. A la izquierda y al frente se divisa Chile. Algún día tendrá que conocerlo. Si le diera al mar por levantarse, o

viniera un diluvio, la isla quedaría sumergida; pero podría suceder que siguiera creciendo el cerro Tentén, como ya sucedió en otra ocasión, y si no, habría que cruzar el mar y alcanzar hasta el Corcovado: es tan alto, nunca lo taparán las aguas, sin contar que debe tener una culebra buena, como la del Tentén[9], que lo haría elevarse, y quedaría defraudada en sus malos propósitos de dañar a los hombres, la otra,

Caicay-vilú

[10]. También pudiera pasar que se compadeciera de los isleños el Caleuche y los dejara embarcarse a todos a su bordo, como se embarcaron en el Arca de Noé los que se salvaron del Diluvio Universal. Da susto pensar en todo esto, pero entretiene. ¡Y la fiesta de la tarde, para qué! No dejaría de ir, aunque le cortaran las piernas. ¿No le deben agradecimiento a la Virgen Candelaria? ¿No los salvó de ser conquistados por los piratas holandeses? Ahí lo harán recordar los fusileros cuando mezclen a la música de la procesión unas descargas: quién puede asegurar que no anden todavía rondando algunos por los canales; conviene que oigan los disparos. En los escasos días de completo sol, de cielo enteramente azul, de mar como un espejo, da la idea que los brujos le hubieran echado un encantamiento a la isla; ya no se parece a ella misma, está como anclada y todo se ve detenido, preso en la red del sol. Y Pingo tampoco se mueve; quieto en su embeleso, olvida que mamita Rosalba se disgustaría si llega después del almuerzo; olvida hasta la fiesta que se prepara; recostado, cara al cielo, está perdido en los espacios que se pueblan con las realidades ocultas a los ojos materiales.

Estaban listos los tres, y no llegaba Pingo. La procesión no tardaría y Rosita se impacientaba por salir a su encuentro, pues se divisaba la columna en marcha, a lo lejos, como la diminuta hilera que forman las hormigas. El abuelo insistía en no moverse, mientras no volviera Pingo; temía que le hubiese ocurrido algún accidente, porque le había recomendado con especial cuidado que no se atrasara, hoy, recordándole que irían juntos a la procesión: no era día para que anduviesen solos los niños y se extraviasen entre tanta gente forastera. Pingo no le desobedecía nunca y era curioso este atraso. Rosalba, ya puesto el velo y con el rosario enrollado a la

muñeca, seguía ordenando el cuarto para burlar con su actividad la impaciencia e inquietud. El abuelo le explicaba a Rosita lo que representaban las estampas que llenaban las paredes y que mil veces habíale oído, siempre con renovado interés. Ahora, sin embargo, se distraía preguntando continuamente, ya por Pingo, ya por la procesión, sin importarle los hermosos bigotes del presidente Balmaceda, ni las punzantes espinas que herían la cabeza del Cristo, cuyas imágenes fraternizaban en la pared renegrida de humo. Rosalba cambiaba y volvía a cambiar el orden de los objetos sobre los tablones de la alacena.

Al fin, un golpe de viento —esto parecía— abrió la puerta, y Pingo, rojo, chorreando sudor, el mirar extraño, entró como un náufrago que pide auxilio. De pronto, palideciendo bruscamente, dio un grito ronco y cayó al suelo sin conocimiento. Rosalba se precipitó, junto al abuelo, para ayudar a recogerlo: creyendo que estaba muerto, retrocedió, y apenas si se atrevía a mirarlo. Los músculos de la cara y del cuello se habían contraído, apretándole las mandíbulas y un poco de espuma burbujeaba en sus labios. El color había vuelto a su rostro, congestionado, ahora; y los miembros, rígidos un momento, eran lanzados con violentos movimientos que agitaban también la cabeza; de la boca espumosa salía una respiración acezante y fuerte: parecía como si hubiera tragado fuego y le hirviera todo el cuerpo a borbotones.

—No te asustes —le dijo a Rosalba su padre—, ya viene la procesión, ha de ampararnos la Virgen. Baja con Rosita y récenle.

Rosita, que se había metido en un rincón tapándose la vista y gritando, se acercó, de pronto, al oír las palabras de su abuelo.

—Abuelito —rogaba, con ansia—, llevémoslo, mejor.

La procesión adelantaba por la playita del astillero. Rosalba trató entonces de tomar a Pingo y el abuelo le ayudó, mientras Rosita le gritaba con fervor:

—¡Pingo, que viene a salvarte la Virgen! ¡Despierta!

Y Pingo, como si la oyera en medio de su pesadilla —porque debía ser pesadilla—, fue aquietándose, abrió los ojos y se puso de pie como si nada hubiera sucedido. No se acordaba más que de su ansia de llegar a la casa para asistir juntos, los cuatro, al desfile de la procesión.

—¿Qué esperan para bajar? —pregunta, entonces, extrañado de

tanta tardanza, cuando se oyen casi al pie de la casa los cantos. Suben como una marea sutil de sonidos y palabras fervorosas que inundan suavemente sus oídos, embriagándole el alma:

> *«Virgen de los marineros, sálvanos… Amén… Guía de los navegantes, acórrenos… Amén».*

Todo había sido un milagro, sin duda. Estaba el anda en descanso, allá abajo, y Rosita la había visto, por la ventana, cuando se había detenido en el momento en que ella le gritara a Pingo que venía a salvarlo la Virgen. Habrá que contárselo todo al señor cura, después de la ceremonia. Por ahora precisa bajar luego y unirse a los fieles del convoy, que ya se pone en marcha. Pingo se estremece al ver que la Virgen le ha hecho un saludo, al ser levantada el anda para seguir adelante, y exclama arrodillándose en la arena:

> *«¡Santa Patrona, bendita seas!».*

Su voz chillona de niño en exaltación mística ha hecho volver el rostro a todos los del «Cabildo»: los «Supremos», el «Fiscal», los dos «Abanderados», que van detrás del anda inmediatamente después de la «Suprema» rodeada de sus acompañantes. Las niñitas de la corte, entre las que, además de la «Suprema», figuran dos compañeras de clase de Pingo, se codean disimuladamente y apenas si se atreven a señalárselo unas a otras con la punta de la barba y el rabillo del ojo: no olvidan la importancia del papel que desempeñan en el cortejo, y no estaría bien perder la dignidad y compostura requeridas, sin contar el respeto al acto religioso que obliga a todos a reprimir la curiosidad despertada: la «Suprema» va aún más tiesa que las otras, pues su traje, blanco cual el de todas, lleva delicados adornos de espejuelos, que amenazan desprenderse. El estallido de la música pone orden en las filas, magnetizando el arrastre de los pies al son de los tambores, flautas, violines, que toca un grupo de aficionados; dos indios ayudan con sus rabeles, y un viejo de blancas barbas se esfuerza soplando una corneta. Rosita no ha perdido un detalle y le señala a Pingo, en cuanto se levanta, al llamado del abuelo, que el anda siguiente es la de San Lorenzo, favorecedor de las buenas brisas; luego vienen, entre grupo y grupo de pescadores y labradores, San Miguel, San Antonio, San Francisco de Asís, San Juan Bautista…

El abuelo optó por que se incorporaran a las filas detrás de San Juan; y así fueron caminando, entre cantos y oraciones, hasta llegar a Chonchi, al santuario mismo de la Virgen Candelaria. Las cien campanas del archipiélago sonaban con saludos celestiales a la imagen.

Un chiquillo grandote, apodado «El Chucao», y que había asistido a la escena de la mañana entre «la señorita» y Pingo, le había contado a su padre cómo la «Cara de pan de minga» le llamara huacho y que aseguraba, después, que lo era, porque Rosalba no tenía más hija que Rosita, según datos de la comadre que la asistiera en el trance de su alumbramiento. El padre de «El Chucao», amigo del abuelo y al corriente de los hechos, había creído necesario darle aviso de estas habladurías, aconsejándole tomar sus medidas para hacer callar a la señorita. Pero ya estaba hecho el mal y sería vano negar la verdad que, por otra parte, no debería aparecerle afrentosa a nadie, y menos al niño. Al pensar de esta manera, el abuelo se proponía que Pingo cobrara ante los demás el carácter misterioso con que se le presentaba ahora a Rosalba y, para este fin, venía como mandado de Dios, y lo era el milagro acontecido durante la procesión, y hasta la misma enfermedad que el señor cura había llamado «mal sagrado». A Pingo le pasaban cosas extraordinarias, creía el abuelo, y no era posible que fuese cualquiera y común su origen. Así se lo demostraría a él y a todos los niños y comadres del pueblo. A la vuelta de la procesión Pingo le había preguntado distraídamente, y sin referirle lo sucedido, qué quería decir «Huacho», tratándose de una persona. Pensaba haberle dado entonces una explicación bastante satisfactoria; sin embargo, sería conveniente volver por otros caminos sobre el asunto, aunque el niño no parecía preocuparse mayormente.

Así ya que es «la hora de los cuentos» —como llaman los niños a la velada familiar de cada noche—, va a referirles la propia historia de Pingo, que guarda alguna relación con otra, bíblica, muy del gusto de ambos chicos. Pingo, o quizás mejor Rosita, que es más capaz de defenderle sus intereses, sabrá hacer valer ante los compañeros el ejemplo del pequeño Moisés.

Del modo más imprevisto se ha levantado al atardecer una tormenta que, por lo recia, le trae al abuelo el recuerdo de aquella famosa noche en que la bajamar dejara en la playita del astillero un

bongo que era una cuna. El viento que silba y parece darles de latigazos a las olas fustiga sus remembranzas de entonces, y a los niños atemorizados que creen va a volarse la casa, puede garantizarles su firmeza.

—¿No es verdad, Rosalba? —pregunta—. Si no salió de sus pilotes la noche en que nacieron nuestros chicos, es porque nunca podrá desprenderse.

—Se me quitó, esa vez, para siempre, el miedo a las tormentas —contestó ella. Había dejado de hilar y se acercó al brasero para cebar el mate.

—En una noche como esta, Pingo —decía el abuelo—, y de extraña manera, llegaste a nuestro hogar. Si tanto te agrada la historia del pequeño Moisés de la Biblia, habrá de interesarte más, todavía, la tuya misma, tan curiosa.

Rosalba intervino, disgustada, diciendo que no había para qué contarle eso al niño, que más se entretendrían con cuentos del Caleuche o de Peucho. Pero él tenía sus motivos y ya los conocería. Además, Pingo insistía en saber pronto lo que le despertaba la más viva curiosidad, y a pesar de que Rosita pedía «El Caleuche», el abuelo comenzó por darle justa satisfacción a Pingo. Sentó al niño sobre sus rodillas, deseoso de marcarle una preferencia, y a Rosita la dejó en un escañito a sus pies. Rosalba le había pasado el mate, y a los niños un pedazo de milcao[11]; luego se había puesto a hilar nuevamente. Entre chupada y chupada, salían las frases del abuelo como un exorcismo, que al espantar, por medio de la curiosidad despierta, el miedo a la tormenta, mantenía a Pingo y a Rosita atentos tan solo al relato.

—… ¿Entonces?

—No me dejan ni chupar un poquito. Entonces, levanté el bulto…

—¿Entonces?

—Creí, primero, que sería un montón de cochayuyo, pero me encontré con un bongo.

—¡Un bongo!

—¡Calla, Rosita, déjalo que cuente!

El abuelo sorbió largamente, dos y tres veces, con maña, haciéndose desear.

—¿Entonces? ¿Entonces?

—Del bongo salió un maullido de gato…

Los niños se miraron con desilusión. Si el abuelo les había hablado antes del pequeño Moisés para salirse ahora en esto de un gato, no valía la pena de escucharse esta historia. Pingo, que se desencantaba con la misma facilidad que se encendía en interés, dijo con desgano:

—No me gusta el cuento. Cuente otro, abuelo.

El abuelo contestó que no podía dejarse sin terminar y que si no le interesaba no lo escuchase; lo contaría para Rosita. Y prosiguió:

—¡Oh, sorpresa!

—¿Qué… qué? —interrumpieron a una voz Pingo y Rosita.

—No me interrumpan si quieren saberlo. Pues, como saben ustedes, los recién nacidos lloran como los gatos y…

—¡Era un niño! —exclamó Rosita.

—En efecto, era un niño.

—¿Un niño?

Rosita miró a Pingo con recelo, y luego, dirigiéndose al abuelito:

—Apuesto a que era Pingo.

—Era Pingo.

Entonces no lo había traído una cigüeña, comentaba la chica. Y el abuelo contestaba que, si bien no lo había traído, como a Rosita, una cigüeña, debió hacerlo un albatros, y por ser pájaro marino venía volando sobre las aguas; la fuerza del viento le arrebató el bulto que salió flotando sobre las olas de la bajamar.

Pingo echaba de menos lo que debía haber comenzado el cuento, esto es, de dónde venía el albatros; y hacía varias suposiciones que entretenían, ahora, al abuelo y a la misma Rosalba.

—¿Vendría del Caleuche el albatros? —preguntó de pronto.

Y como le contestara el abuelo que bien pudiera ser, le asedió una curiosidad incontenible de conocer todo lo que se sabe sobre el Barcoiche.

—¿Lo ha visto alguna vez usted, abuelito? —indagó ansioso.

—Nunca he tenido la suerte de verlo —contestó este—, pero no desespero, y algún día —o alguna noche, porque es de noche cuando aparece— yo también he de divisar, como todos, el Caleuche.

Rosalba había llenado de tiestos el suelo, para cada gotera, pero

tenía que vaciarlos a menudo y trapear el entablado, o estrujar los sacos que estancaban el agua en los resquicios de la puerta y de las dos ventanitas golpeadas furiosamente por el viento y la lluvia. El trueno seguía descargando su metralla de bulla infernal y era imposible exigir que los niños se acostaran, porque el ruido, a más del miedo, los mantendría despiertos. Trajo de la cocinita las últimas brasas y las echó en el brasero, donde hervía en la tetera un concho de agua. Ella también se servía ahora un mate y les daría a los niños. No estaban acostumbrados a velar tan tarde y hacía frío, como si fuera pleno invierno. Pingo no parecía cansado, sin embargo, a pesar del ataque que tanto había asustado a Rosalba, y esto era para ella casi una confirmación de que había librado con vida y salud por milagro solamente.

—¡Por favor, por favor, abuelo! —insistía Pingo para que le contara del Caleuche, y ni caso hacía del mate ofrecido por mamita Rosalba.

—No cuento sino a una condición: que no me interrumpa nadie.

Prometieron quedar bien callados, pero el abuelo no debía saltarse nada. Querían completa la historia que solo conocían a medias.

Era, en verdad, como para cuentos del Caleuche, esta negra noche de tempestad.

Y comenzó el abuelo:

«Conozco bien su historia, por haberla oído mil veces, y como me la contaron, se las cuento: ¡El Caleuche… —su voz se hizo misteriosa como convenía a tal revelación— es Buque de Arte!»

Pingo sintió un escalofrío: oía un cuchicheo de voces que, desde los rincones de la pieza, y afuera en el viento, repetían como un eco:

«¡El Caleuche es Buque de Arte!»

Y lo decían de un modo aún más misterioso que el del abuelo.

«Lo llaman el Caleuche, o Barcoiche, o Buque de Arte —continuaba—, y se parece a un enorme pez que fuera barco. No es una ballena, pero como ellas emerge a respirar desde el fondo de las aguas y se complace en voltear las embarcaciones para que se ahoguen los pescadores que zarpan en la noche».

¡El Caleuche es Buque de Arte! —oía Pingo, a las voces que amenazaban en la sombra.

«Viaja de contrabando y nadie sabe hacia qué rumbos. Por eso se esconde bajo las aguas e hizo pacto con el mar que lo protege, alzando sus olas en tempestades».

¡El Caleuche es Buque de Arte! —ulula el viento.

«Es un pirata chilote —seguía el abuelo— y rara vez aflora en costas que no sean las australes de la Isla y Magallanes. Lo conduce el Alto Comando del Arte desde la Cueva de Quicaví[12], donde ordena el Macho Cabrío los destinos de la isla».

A Pingo se le ponen los pelos de punta. Le parece que las voces se acercan a su mismo oído para confiarle el terrible secreto:

¡El Caleuche es Buque de Arte!

«Navega con la velocidad del rayo —oía Pingo—, y como este, fosforece en cuanto asoma al aire, porque es forjado en sutil material de fuego».

¡El Caleuche es Buque de Arte!

«Logran divisarlo —asegura el abuelo— tan solo los que trasnochan: pescadores que van mar adentro, guardianes de faro, y novedosos fervientes que lo esperan desde las adentradas peñas, a altas horas, poco antes de la madrugada».

¡El Caleuche es Buque de Arte!

El abuelo pone unos ojos severos y levanta un dedo amenazante, al decir:

«Pero ¡ay! de quiénes pretenden violar su secreto: ni ballenera, ni goleta, ni lancha, ni bongo ágil consiguen darle alcance. Cuando algún barco perseguidor se le acerca, ¡huiche! Se chinga: el buque luminoso para en seco, sopla sus luces, se hunde, y solo queda como rastre un tronco apagado que flota, para chasco de los porfiantes audaces; o bien, se convierte en una roca y sus hombres en pájaros o lobos de mar».

¡El Caleuche es Buque de Arte! —gritan afuera las olas.

«Es terrible y hermoso —comenta el abuelo— haber divisado el Caleuche: parece que su cubierta pulula de Demonios y Brujos que arman a bordo la gran fiesta, al son de acordeones y guitarras; y, a veces, hasta se oye el sordo rumor de sus cantares diabólicos, aunque generalmente pasa rápido el buque, y sin ruido, como un ánima luminosa que pena por los mares».

Pingo se estremece de pies a cabeza: el mar, la lluvia, el viento, los truenos, repiten, sin que parezcan oírlo mamita Rosalba, el

abuelo, Rosita:

¡El Caleuche es Buque de Arte!

Ha prometido no interrumpir y solo se acurruca en los brazos del abuelo, que prosigue sin descanso:

«Recorre infinitamente el tiempo, de manera que no mueren ni envejecen sus tripulantes: los Demonios patronos y los Brujos serviles. Tampoco se casan, ni el Caleuche, ni los Caleuchones. De los Demonios, solo se sabe su índole contrángeles; y de los Brujos, que llevan el rostro vuelto hacia la espalda, y así también, y encogida, la pierna izquierda: recorren el puente saltando en un pie y se llaman Trocados o Mudados».

Ahora no se habían oído las voces, pero unas sombras muy extrañas se agitaban alrededor del brasero. Pingo hubiera querido aferrarse al cuello del abuelo. Rosita estaba, en cambio, muy tranquila; hasta se había reído ante la descripción de los «Trocados». De nuevo amenazaba con un dedo el abuelo:

«Si, por casualidad, un intrépido mortal hace el propósito de conocerlo y salta a su cubierta embrujada, es hombre perdido, como lo son los que suele raptar por propio gusto el Barcoiche: al término del viaje bajará a tierra vuelto del revés, como los "Trocados", pero trayendo perdida la memoria. —El dedo del abuelo se movía enérgicamente, puntualizando—: Porque no ha de permitir, la Gente del Arte, que nadie divulgue el secreto del monstruo-barco misterioso».

¡El Caleuche es Buque de Arte!

Eran las sombras las que lo habían dicho, apenas en un susurro. ¿Pero dónde estaban los cuerpos que las proyectaban?

«Una vez, sin embargo —explicaba ahora el abuelo—, fue compasivo con el hombre el Caleuche. Queriendo recompensar la valentía de un pescador que arriesgara abordarlo, lo devolvió a la Isla, años después, permitiéndole proveerse en las calas del oro que quisiera, y hasta lo desembarcó frente a su misma choza, con solo la obligación del silencio acerca de lo que había visto durante su larga excursión. Forzado a ser discreto, apenas si sonreía el chilote ladino, cuando le averiguaban el origen de sus cuantiosas riquezas. Así, continuamos ignorando la verdad absoluta sobre el Barcoiche».

—¡El Caleuche es Buque de Arte! —murmuraba para sí Pingo, y

cabeceaba sin percibir lo que seguía diciendo el abuelo. Tampoco escuchaba ya Rosita, que se había dormido, y solo Rosalba oía:

«Lo que sabemos, sí, es que sigue y seguirá navegando en su recorrido de los siglos. Y porque su luz, como la luz de las estrellas, nos llega desde antaño, está sucediendo lo anterior histórico conjuntamente en nuestro presente. Que no ha muerto el pasado fenecido, nos lo dice la luz eterna del Caleuche, que recorre, incansable, el círculo del tiempo. Un día, quizás, cumplido su castigo de errante, huracanes violentos levantarán su quilla y, fuera de la órbita del océano, seguirá disparado el Caleuche hasta anclar en las playas del cielo».

¡El Caleuche es Buque de Arte!

Ahora lo gritan a voz en cuello todos los Demonios que han desembarcado para invadir la pieza y repetírselo, cantando, a Pingo. Se han tomado de la mano los «Trocados» y forman una ronda bailando en un solo pie. Luego desaparecen y se siente solamente una música desenfrenada. Cesa, a ratos, y entonces durante ese intervalo un grupo de gigantes guitarras bailan, saludando a un grupo de gigantescos acordeones que se contorsionan estirando sus fuelles, en el mayor silencio.

—Se han dormido los niños —dijo Rosalba— y ya no silba el viento.

# 3

LEn medio de los botes tumbados, hasta una balandra ha venido a parar al pequeño astillero. Hay que repararle los daños causados por el choque contra unos riscos que casi la echan a pique. Ahí está su dueño ayudando también a calafatear, mientras martillea el muchacho que el abuelo emplea en sus trabajos, además de su nieto Pingo, que no bastaría, «porque no está bien en estas cosas», según piensa, pero no confiesa: sueña para él grandes destinos y no critica la falta de capacidad para el martilleo. Siempre desean los viejos, y esperan, que algún descendiente logre cumplir la hazaña que ellos no han podido, o no han sabido llevar a cabo. Y es que es difícil no solo cumplir hazañas, sino saber ganarse escasamente el pan. Por meterse a aventurar, quedan pobres unos, y otros, porque no se mueven de la Isla y esperan su sustento de unas pocas papas que cultivan o de menos peces que salen a coger peligrosamente y sin gloria. Y por esto es tan arriesgado aconsejar a la juventud, cree el abuelo. Él lo ha hecho todo: se ha movido y se ha quedado; ha cortado árboles en los bosques de alerces; ha ido de pesca y de caza a la ballena; ha sembrado con papas un terrenito propio; y, de muchacho, navegó por las Guaitecas y Magallanes, al sur, y llegó por el norte hasta las playas de California: en esta proeza hubo de salir en la cala de un buque, de pavo. Un amor lo ha hecho anclar en su tierra, y muerta la esposa, su hija lo ha retenido y luego sus nietos, que aún lo necesitan: y si no, las fuerzas y la curiosidad no le faltarían para salir nuevamente de aventuras marinas. Se frustran estas, hay que ver, cómo sucedió en la expedición a las Guaitecas, donde debía encontrar la ruta a lo de César. ¡Ah, esa ciudad misteriosa de los Césares, tierra prometida a la que nunca arribaría ahora! Ya ni creía en ella, pero convenía que la siguiesen buscando, «por si acaso», los jóvenes. Se embellece la vida con estas invisibles metas, y, a veces, como le sucedió a Colón, por buscar una ruta se encuentra un mundo. ¿Que es fantástico Pingo? Lo ha sido desde

que nació, ¡y que lo sea! Entre martilleo y martilleo, recuerda su pasado, compara diferentes destinos entre amigos o extranjeros que ha conocido, y le parece que no debe inquietarle el porvenir de Pingo: que corra su suerte, como todos; la fatalidad guía al hombre, para bien o mal suyo. «El Chucao», no porque sea mayor, es tan distinto de Pingo. Vive muy en la tierra, aquel, así como el otro demasiado en las nubes, sencillamente porque así los hizo Dios, que necesita quién coseche y quién respire el perfume de las flores: se come la papa, pero estaría mal que fuese perdido el aroma de su flor. Canta «El Chucao» mientras aserrucha:

*«En la mar de Calbuco*
*¡manamanamay!,*
*perdía mi bote…».*

—Déjate de gorgoreos y ven a darme una manito —dice el dueño de la balandra, que no puede, solo, sujetar los tablones y embutir el palo.

Se acerca «El Chucao» canturreando: «con una sarta de piures, manamanamay, cuatro chilotes»… pero el esfuerzo lo obliga a callar.

—Oiga, abuelo, esto necesita cuatro manitos.

—¿No será cuestión de maña, que no de manos?

El dueño de la balandra opinó, entonces, que nadie las utilizaría mejor, por lo habilidoso.

—Vengo, vengo, no necesito que me halague.

—No es halago, si hasta de brujo le corren.

Pareció no gustarle la broma, y preguntó de dónde sacaba tal ocurrencia.

—Es este chiquillo quien lo dice —confesó, señalando a «El Chucao».

Pero el muchacho, todo azorado, porfió que no era suyo el chisme, sino de Antonio, el de Lemuy, que había llegado entre los que venían para las faenas.

—Precisamente lo vi ayer en el bar del muelle. No dejé que la Rosa bailara con él; por eso habrá exclamado despechado: ¡Viejo brujo maldito!

—Ahí tienes —exclamó el dueño de la balandra.

Insistía «El Chucao» en que no era tan simple el hecho, y que

Antonio quería hacerle mala atmósfera al hogar del abuelo, porque estaba celoso de Pingo.

—Lo llama «Caleuchón»[13] —dijo— y pretende que lo tiene a usted embrujado, y todo para que doña Rosalba le tome ojeriza, temiendo traiga la desgracia a su casa.

—Sí, dile a él y a los que se interesen, que Pingo nos tiene embrujados, porque es hermoso, bueno, y sabio, y loco, como son los hombres mejores.

Sin duda, Antonio trataba de perjudicar a Pingo en la opinión de los demás muchachos para que se formara en torno a él una atmosfera de sospechas. Pingo conservaba cierta ingenuidad, a pesar de estar próximo a los dieciocho años. Y porque no se metía con mujeres ni le gustaba el trago, buscaba ponerlo en ridículo Antonio. El abuelo veía en ello la envidia de un desleal pretendiente, y no titubeó en defender a su nieto como este merecía: era por hombría, decía, que Pingo se dejaba de malas juergas.

—Bueno, abuelo. Usted quiere a Pingo casi más que a Rosita. Y él, en cambio, no es mucho lo que le ayuda; si no, para qué me emplearía usted.

No quiso enfadarse, ni tampoco despreciar de contestarle.

—Amigo —dijo, aunque sospechaba que poco entendería. Cada cual trabaja a su modo. Pingo sueña, y los sueños traen también sus consecuencias provechosas. En cambio, nosotros, los que tanto nos afanamos… Vaya, nadie sabe para quién trabaja.

Explicó, entonces, cómo un pobre tipo se había empeñado en colocar boletos de la gran lotería, y el último, a fuerza de insistencia, lo vendiera a un señor que lo tomó con desgano y así se quedaba con el gordo. ¡Nadie sabe para quién trabaja! Uno cava para sembrar papas o trigo, y rebota sobre el filón de una mina su piqueta. Otro, al contrario, cava para buscar tesoros, y en la tierra removida donde no aparecen; siembra, entonces, y obtiene la mejor cosecha. Se pasma, a veces, la semilla plantada con esfuerzo, y, en cambio, brota la que cayó por descuido de una mano que jugaba con ella, y aprovecha el árbol frondoso, crecido sin saber cómo, algún forastero que pasa.

—Un día —concluyó—, a fuerza de soñar, irá Pingo en busca de lo imposible a través de los mares, y no sabemos qué es lo que

traerá de las tierras o aguas lejanas.

Pero «El Chucao» no se daba por vencido:

—Tiempo hace —dijo— que está listo el lanchón de Pingo; y, en tanto ni se mueve ni se va, aquí le cantan coplas. Mi padre me mandó que se lo avisara a usted.

Esto era ya demasiado, y nada le disgustaba tanto como verse implicado en los comentarios de los del pueblo. Vivía tranquilo, con su hija y sus dos nietos, alejado en su casucha solitaria, y dale a la gente con meterse en lo de ellos: hubieran querido que echase a Pingo, como si les doliera la protección y el cariño que daba al huérfano. Ignoraban, los pobres, que la sola presencia de Pingo en el hogar era una felicidad que no se paga. O quizás lo adivinaban y por esta razón actuaba la malevolencia de la envidia. Estaba así preparado el terreno para acoger las intrigas del celoso Antonio. Pero tendría que vérselas con el abuelo, y quizás mejor, con el mismo Pingo cuando le abriera los ojos sobre esta triste situación.

—¿Qué dicen esas coplas? —preguntó. Dilas, si las sabes, y has de saberlas, de seguro.

«El Chucao» se excusó, arguyendo que mejor las oiría en la taberna del «Gringo», donde las cantaban. Si gustaba, lo acompañaría.

Sonó la campanada del Angelus desde los distintos puntos donde erguían su flecha las capillas. El abuelo inclinó la cabeza y se signó, y también «El Chucao» hizo la señal de la cruz sobre el pecho; el hombre de la balandra, como a una indicación, simplemente, de la hora, se había marchado.

—Anda también —dijo a «El Chucao» el abuelo—, ya no te necesito; terminaré solo y enseguida te alcanzaré a la taberna, con Pingo, cuando regrese.

Debiera haber regresado desde hacía rato para ayudarlos a calafatear. No precisaba tanta demora el ir hasta el aserradero próximo, a la entrada del bosque, para traer unos cuantos tablones que necesitaban. Así era el muchacho, no conocía el valor del tiempo, porque no se daba cuenta del paso de las horas. Algunos lo creían, por esto, perezoso, aunque no lo era. A lo mejor llegaba ahora con alguna nueva estatuita tallada a punta de cuchillo en cualquier trozo de madera. De niño, pretendía que iba a dedicarse a ser santero: había fabricado un diminuto San Antonio, que había

recibido el elogio del señor cura y también su consejo de seguir dedicándose a esta afición. Sin embargo, no había continuado, aunque alguna que otra vez llegaba del bosque con alguna figurita terminada, o a medio hacer y que, entonces, nunca concluía.

Allá venía: lo divisó cruzándose con «El Chucao». Se hicieron un gesto con la mano, pero sin detenerse. Tendría prisa «El Chucao», por juntarse con la Juana, su prenda, antes de que se reunieran en la taberna: Ah, este «Chucao» no se la dejaría quitar por ninguno de los de Lemuy, que aprovechaban esta época de las faenas para conquistarse a las chicas del pueblo. Debiera andar alerta igualmente Pingo, aunque Rosita no necesitaba de esto para serle fiel. No cabía duda de que se querían los dos más que como simples hermanos. ¡Mil veces Pingo, para novio de la nieta! Ese Antonio le era profundamente antipático con sus aires de matón.

—¡Ya se pone el sol! —exclamó Pingo, cohibido, comprendiendo su demora.

—¿No será que está saliendo? —preguntó de modo ambiguo el abuelo.

Gustaba de embromarlo sobre su dificultad de percibir el tiempo. Sabía que era inútil reñirlo por esto y que solo habría conseguido entristecerlo. Era tal, en efecto, su distracción, que miró hacia el horizonte, como para cerciorarse.

El abuelo estalló en franca carcajada.

—No estás muy seguro, ¿verdad? Así y todo —exclamó rodeándole los hombros en afectuoso abrazo—, te prefiero a ti.

Pingo no se atrevía a comprender y bajaba, indeciso, la vista.

—¡Amigo mío, nadie sabe para quién trabaja! Una noche te llevé desde las olas a mi hogar, sin imaginarme que traía, quizás, un novio para mi nieta.

Lo tomó de la barbilla, levantándole el rostro. Pingo había palidecido.

—No diga esas cosas —murmuró con una voz que parecía tan pálida como su cara.

—¿Por qué?

—Mamita Rosalba no lo permitiría —exclamó, fatalista.

Mamita Rosalba permitiría lo que el abuelo quisiera, y quería a Pingo y no al Antonio para novio de su nieta.

—Sí —explicó—, el Antonio ronda y hace malas coplas contra ti;

por eso te digo, sin esperar, estas cosas. No pienso en casamientos, por ahora, falta mucho para que seas un esposo; desde luego, que te hagas más hombre y puedas responder con tu trabajo. Pero te lo pido: déjate llevar por tu impulso, hijo, que si amas a Rosita, con algún fin pone en tu corazón ese amor la Providencia.

Pingo nada respondía. Se había puesto a recoger los utensilios del trabajo: serruchos, martillos, un tarro con brea, cordajes que yacían aquí y allá como serpientes muertas; iba metiéndolo todo adentro de uno de los botes. Quedaron sobre la arena un ancla mohosa y unas velas inservibles.

—Bueno —dijo el abuelo—, yo quería llevarte a la taberna para que nos vieran alguna vez, y no digan que somos tan huraños.

Pingo lo miró, suplicante.

—Bueno, hijo, si no quieres no vengas. Yo voy de todos modos; podrías pasar a buscarme después.

—Iré, después, si no le importa —contestó Pingo.

Cuando hubo desaparecido el abuelo por el camino que llevaba al muellecito, Pingo se quedó un momento, de pie, desconcertado. Esta conversación significaba que el abuelo estaba muy al corriente de todas sus preocupaciones. Una vez más había venido con el bálsamo de sus palabras a confortarlo sin esperar confidencias o quejas que él no habría hecho. Siempre era así, tierno y delicado adivino de su espíritu o de su corazón. Si no fuera por él, habría llegado a ser un niño triste. En su infancia había sido naturalmente feliz, sin sospechar que se pudiera no serlo: se sentía dueño del mundo, como un rey, y amaba a todas las cosas, el aire, el sol, el mar, las montañas, el bosque, las flores, todo, todo, y a todas las personas, a la misma «Cara de pan de minga» que lo retaba. Después del «milagro» había cambiado. Seguía queriendo a las personas y las cosas, pero ya no las miraba del mismo modo; sabía que podían hacerlo sufrir, y antes no lo comprendía y no sufría entonces. Ser un «huacho» tampoco le importó, en tanto no hubo medido lo que significaba para los demás: se valía menos, ante ellos, al serlo. Era seguramente una torpeza: ¿pero qué se puede hacer contra las torpezas? Se sentía como envuelto por una sombra cuando lo miraban: no lo afectaba este mirar a él mismo, que se sentía ser siempre su persona, pero sí a esos que lo veían a través de ese velo ennegrecedor y no reparaban, así, en lo que era

verdaderamente. En cambio, en el hogar, aquella sombra no solo desaparecía, sino que la sustituían las miradas del abuelo y de Rosita por una aureola de luz; a Rosalba le infundía esa aureola cierto temor, como si dudara entre el origen santo o diabólico de su luz, y también le miraban, como Rosalba, algunos niños y ciertas viejas del pueblo. Ahora le decían «Caleuchón», en esas coplas, y comenzaba a recelar de sí mismo: ¿quién era, de dónde venía? Había pasado la tarde haciéndose estas preguntas, angustiado, y se había internado en el bosque, entre la espesura de los árboles, fuera de los senderos, como un animal acorralado. De repente lo había removido en su cuerpo y en su alma una fuerza hecha de esa terrible e inefable felicidad que había sentido, cuando niño, el día del «milagro», cual si la voz de Dios dijese con fuego, en su misma sangre: «No temas, estoy contigo». Y después, el abuelo decía en su abrazo lo mismo. Sin embargo, revoloteaba en su oído como negra mariposa de mal presagio el recuerdo de las coplas y a su pesar escuchaba el aleteo:

*«Pingo que viniste en bongo*
*a buscar una mujer,*
*¿no te hallaste en el Caleuche*
*alguna a quién merecer?*
*Caleuchón, a nadie hallaste,*
*y con nadie casarás:*
*en el Caleuche de niebla*
*no hay más hembra que la mar…*
*Ni las mujeres ni el vino*
*son para ti, Caleuchón:*
*para beberlo y tomarlas*
*hay que ser de otra nación…».*

—¡Pingo!

Se estremeció al oír su nombre: Rosalba estaba junto a él envolviéndolo todo con su recelosa mirada de miedo, o de respeto —estas dos impresiones daba— y había retrocedido un poco, preguntándole:

—¿Qué te pasa?

La mariposa revoloteaba: Caleuchón, Caleuchón, Caleuchón… y después de un segundo, Pingo contestó, sonriendo:

—Nada, mamita Rosalba.

—¿De dónde vienes tan tarde? —preguntó entonces Rosalba.

Pingo señaló, a su lado, la carretilla llena de tablas. A qué insistir, ella quería decirle otra cosa y para eso había estado esperándolo. El sol ya se había «entrado» y llegaría atrasada a entregar los choapinos[14] que le habían encargado unos turistas; sin embargo, precisaba que le hablase dos palabras antes de que regresara de la iglesia Rosita.

—Se traen y llevan cuentos en la aldea —dijo entonces, sin otros preámbulos—. Acuérdate, Pingo, de que te criaste con Rosa como un hermano, y ay de ti si lo olvidaras. ¡Cuidado con que se llegue a murmurar de mi hija!

Pingo contestó sin turbarse, con valiente timidez:

—Por qué habrían de murmurar, si yo nunca a Rosita por mal me acercaría…

—Bien sabes que un hermano no se casa con su hermana —dijo con firmeza ella, y él se atrevió a insistir:

—Un hermano carnal, pero…

Entonces Rosalba argumentó, severa, que para el caso debía considerarse como si lo fuese. Y para cortar toda objeción terminó diciendo:

—No me obligues a mayores aclaraciones que pudieran dolerte.

—¡De manera que para usted soy «El huacho Pingo»!

El mar, el cielo, la playa, se mezclaban dando vueltas, como el destino a través del vidrio mágico, «el Chayanco»[15], cuando leen la suerte los brujos. Las negras mariposas revoloteaban nuevamente en sus oídos.

—Te crie con mi leche —dijo entonces mamita Rosalba, con tono más suave— y te considero mi hijo, y, por lo tanto, el hermano de Rosa: eso es todo, y no lo olvides nunca.

Lo besó, y se fue con sus choapinos sobre el brazo.

La arena se afirma bajo las plantas de Pingo y están en su sitio el mar y el cielo. Se oye todavía, sin embargo: «¡Caleuchón, Caleuchón, Caleuchón!»… pero sordamente y mezclado al ruido mareador de las caracolas que se colocan junto a la oreja y traen un llamado del mar. Quisiera irse lejos de aquí, y para eso están las olas incitantes de los viajes. Cuando se hace inhospitalaria nuestra tierra, ¿quién no piensa en lo de César? Mientras más lejana e inalcanzable sea la ciudad misteriosa, más tiempo queda antes de la

desilusión…

No, no quisiera llegar nunca a ninguna tierra. Preferible sería bogar, bogar sin que terminara jamás el viaje.

Ya estaba oscuro. Pero de pronto, como si volviera a salir el sol, una raya de luz brotó desde el mar, en el horizonte nocturno.

¡Era el Caleuche!

Nunca lo había visto, sino en sueños, y se le aparecía ahora como al conjuro de ocultos y vagos deseos que al fin se precisaban.

No sintió miedo. Hallaba natural verlo como tantas veces lo soñara. Parecía acercarse, rumbo a la playa, y Pingo no se atrevía ni a pestañear, atento a que no se esfumase, y abría desmesuradamente sus párpados. Sintió encandiladas las pupilas; y es que ahora, al bailar los brujos, se proyectaba la llama del chaleco de fuego que usan, el famoso «macuñg» [16], como si mil reflectores enfocasen la playa. Hubo de taparse con la mano los ojos deslumbrados que le ardían, y entonces no fue perdida la presencia del Barcoiche, porque oyó unos sones elásticos acezando sarcásticamente en los fuelles de los acordeones. El rumor de las olas acompañaba los ecos de la extraña y fantástica fiesta. ¿Qué pasaba realmente a bordo? Volvió a mirar Pingo, en espera de la revelación anhelada, pero cesaron de inmediato las músicas y arrancó el Barcoiche, fantasmal, intangible, como una fría luz, un ánima que pena encendida. Luego, se sumergió allá en el horizonte donde había aparecido.

Cuando se recobró al oír la voz de Rosita, trémula de insistencia, no podía darse cuenta de si había durado un segundo o una hora su contemplación maravillada.

—¿Por qué no contestaste? Te llamé varias veces desde la casa, y ahora al acercarme —decía, y sin esperar la respuesta le atrajo la cabeza y lo besó en la frente.

Ha retrocedido, horrorizado, Pingo.

—¡No me beses, no me beses nunca, sería mi perdición!

—¡Pingo!

—Si me quieres y deseas que no me aleje, júrame que no has de besarme ni acariciarme nunca.

Eso era imposible, y, sin embargo, Pingo insistía en que jurase y la miraba con dureza, asegurando que si no juraba no volvería a verlo nunca más. Él era de los que cumplen lo que dicen y se sentía

espantada de su extraña exigencia.

—Pingo, Dios mío… lo juro —exclamó, entonces, y quedaron ambos en silencio.

Pingo se preguntaba si le revelaría la voluntad contraria a sus amores de mamita Rosalba, y su visión del Caleuche que le sabía a enigmático aviso, como si su llamado —porque llamado era, seguramente— le confirmase que había de ser torcido el rumbo de su destino.

Al fin explicó que Antonio lo apodaba «Caleuchón», como si dijera «El maldito», para afrentarlo a los ojos de la gente y, sobre todo, de mamita Rosalba, y lo había conseguido: mamita Rosalba no lo quería para novio de Rosita; debía considerarse como su hermano, solamente, decía. Y todo, porque no tenía Pingo padre y madre a la vista, aunque el haber nacido significara que los tenía como todo humano ser, como los mismos animales los tienen. ¡Ah, si pudiera conocer su origen, saber de dónde venía! ¿Quién era él, quién?

Se retorcía las manos con angustia y su mirada tenía fulgores de extravío. De pronto, exclamó dándose golpes en el pecho, y como si se fustigara con la palabra misma: «¡Caleuchón, Caleuchón, Caleuchón!».

—¡Me das miedo, Pingo! —gritó Rosita.

Entonces pareció volver en sí. Se pasó los dedos por la frente y luego se apretó las sienes entornando los párpados un instante. Después miró a Rosita y le preguntó, resuelto:

—¿Con miedo y todo, me quieres?

—Sí, te quiero —contestó ella sin vacilar.

—¿Te condenarías por mí?

—Me condenaría.

—¿Te casarías conmigo, aunque fuera yo un brujo, un Demonio, el hijo mismo del Caleuche?

—Me casaría contigo. Dios habría de perdonármelo y salvarte por mi amor. Su secreto sería el beso invisible que los uniría inefablemente.

# 4

No había ido en busca del abuelo a la taberna. Pingo, aquella tarde en que debían ajustársele cuentas al Antonio por las coplas. Después de las palabras de mamita Rosalba, no quería levantar escándalo, y la rebeldía puesta en su sangre por un desprecio, no merecido, del supuesto rival, había sido apaciguada por la firme demostración de cariño de la que se consideraba su prometida. Sería él todo lo manso que se quisiera, y amaba al prójimo, aun al prójimo que se tenía por enemigo suyo, pero había límites hasta para la mansedumbre y quizás también para ese amor mandado por Cristo: sobre este punto había hecho en sí mismo descubrimientos de maneras de sentir ignoradas por su naturaleza, ingenua, sencilla, generosa, cualidades estas que a la gente le parecían de tonto y que él apreciaba ahora que temía haberlas perdido. Es el hecho que a la mañana siguiente, después de concienzudas meditaciones nocturnas, había llegado hasta las lanchas ancladas donde los de Lemuy tenían su vivienda, y cuando salía Antonio de su casucha de lona para dirigirse con su cuadrilla a «tirar del mango», lo atajó.

—Ven —le había dicho—, no necesito que nadie se entere de que soy capaz de darte algunas bofetadas. Me basta para mi satisfacción el aprecio de «mi gente», y lo tengo. Pero es preciso de que tú comprendas, para el futuro, que no te será posible burlarte de mí.

Sin más le había plantado tales cachetadas al que se las daba siempre de matón, que no le había sido posible presentarse a su trabajo a arriesgar preguntas indiscretas sobre el mal estado de su nariz y de sus dientes.

De todas maneras había trascendido lo de la pelea y victoria de Pingo, ganándole la buena voluntad de los que miden el mérito por la fuerza de los puños. Pero así, también, se había comentado la razón de ella, que no era únicamente el haberse ofendido por las coplas, aunque bastaba para ello este insulto y sobraba, sino que

algo más fuerte que una ofensa tenía que haber movido al manso Pingo: debía estar enamorado de Rosita. No podía llegar Rosalba a misa o a vender sus choapinos, sin que se recibiera insinuación al respecto de las personas que forzosamente encontraba a su paso por el pueblo. Por otra parte, era demasiado lista para no comprender que «los niños» se amaban en silencio y estaban dispuestos a resistirle su sorda negativa. El abuelo había intervenido, al fin, y las cosas habían sido habladas claramente: los comentarios cesarían cuando fuese bien definida la situación, había manifestado a Rosalba su padre, y desde el momento que «los niños» se querían, el contrariarlos enervaría su cariño y decisión de esperarse, y era preferible declararlos novios; Pingo sentiría pesar la responsabilidad de un compromiso más formal y se empeñaría en buscarse la manera de ganarse adecuadamente la vida. Así, habían quedado comprometidos, aunque sin celebrarse un noviazgo oficial, al que daría su venia Rosalba solo cuando Pingo hubiese comenzado a reunir algún dinero. Mamita Rosalba ha obrado con astucia, y Pingo se da cuenta de que pretende obligarlo a alejarse de Rosita, porque ¿de qué otra manera, sino tentando suerte en otras tierras, más remuneradoras del trabajo, conseguirá juntar dinero?

En tanto va remando, medita sobre todas estas cosas y recuerda las palabras con que el abuelo incitaba su imaginación, de niño, al trabajo y la aventura:

«Si quieres alcanzar riquezas —le había dicho una tarde llevándole de la mano por el bosque—, debes irte lejos por los mares o las montañas, luchar contra los elementos afrontando mil veces la muerte, porque no es cosa fácil encontrar un tesoro. Y, si no mueres buscándolo, si logras apoderarte de él y traerlo hasta tu Isla, no podrás disfrutarlo solo, porque al verte tan poderoso como ellos, te echarían sus maldiciones los Brujos y los Demonios. Así, para aplacar sus iras, habrás de abandonar una porción de tus riquezas, conservando la parte que necesitas para una vida bien llevada, ya que mereciste buen descanso. Entonces elegirás un rincón olvidado y allí enterrarás aquella porción cedida, para que le sea dado encontrarla, alguna vez, al hombre emprendedor que llegue a remover ese pedazo de tierra estéril: bien cavado, soltará el suelo su tesoro de una u otra manera; pues, a veces, buscando una cosa se encuentra otra, porque nunca se busca en vano».

Casi ha largado los remos, creyendo que va de la mano del abuelo, tan vivo es el recuerdo de este paseo durante el cual se encendía en proyectos de buscar un tesoro. Siempre decía el abuelo palabras que parecían significar algo más y dejaban imaginando o cavilando. Y ahora, niño crecido, cavila e imagina todavía alrededor de consejos que le parecen oportunos en ese instante en que se ha propuesto tomar decisiones. ¡Cómo quisiera volver a la infancia!

Esa era su verdadera patria, él no estaba hecho para estas realidades que, al golpearse en ellas, magullan el espíritu. Hay que enjaularse el alma, para que no sueñe, y él no puede vivir sin soñar. Sabe, también, por qué cree en ciertas cosas: él las ve y otros no las ven, y por eso las niegan. Además, hay hechos o cosas que no se verán con la vista, pero se sienten. Por ejemplo, él «siente» todo lo que piensa a su respecto mamita Rosalba. Hay ciegos, y hay los que no ven sino de lejos, y los que necesitan apegarse a lo que miran. Igualmente para oír. «El Chucao» ve y oye de otra manera que Pingo: a veces los llaman y oye solamente «El Chucao»; en cambio, si van a pescar, no oye ni ve mil cosas que a Pingo no se le escapan: los colores del mar y del aire y cómo suenan de diversas maneras las olas. En cuanto al Caleuche, es porque debe quedar deslumbrado que no se da cuenta cuando pasa; y a veces va de mala fe y prefiere decir que son fogatas a bordo de alguna lancha, o el reflejo de la luna. ¡Pero «El Chucao»! Apenas si cree un poco en una que otra brujería. Y sabe Dios que cada día puede comprobar Pingo que no hay que reírse con las cosas del Arte. Desde que lo pasa intranquilo y sin dormir por la actitud de mamita Rosalba que, pareciendo acceder a darle a Rosita, no piensa sino en librarse de él, oye a menudo los avisos de la «Voladora»: lo espera, generalmente, al dar vuelta el camino y luego suelta la carcajada diciendo: «¡Cuidado con la suegra, cuidado!» En cuanto al Caleuche, lo ve casi noche a noche, y esto va cobrando apariencia de un «llamado». Pero, entonces, si lo llama, ¿por qué desaparece cuando se lanza para alcanzarlo con su bongo? Cualquiera creería que «alguien» sopla la llama inmaterial que lo señalaba existente, o que se ha esfumado, consumido por sí mismo como el rayo. Pero se ha sumergido, solamente, para mejor navegar. ¡Ah, quién pudiera seguirlo hasta las profundidades del mar!

Cuentan que llega donde duermen las «Pincoyas»[17]

cautivadoras de los marinos extraviados, y que bajan sus tripulantes y se acercan, silenciosos, al cofre en que sepulta Davy Jones a los grumetes: los despiertan, entonces, y los transforman engañadoramente para llenar con ellos sus calas de blancos pájaros; ahí esconden también las perlas y tesoros que extraen del fondo de los océanos, y vuelven a tierra para disfrutar, disfrazados de hombres, de aquellas maravillosas riquezas. Son mentiras, dice «El Chucao». El abuelo y Rosita ni niegan ni aseguran, y mamita Rosalba tiene su poco de miedo cuando oye de estas cosas; entonces mira a Pingo de reojo, como si temiera que, de verdad, hubiese un Caleuchón en su propia casa; y este miedo se lo comunica a Pingo y empieza a desconfiar de sí mismo o a confiar demasiado. El Caleuche se escabulle si lo persigue Pingo; pero si se queda quieto contemplándolo, permite que oiga la música a bordo y que divise el baile de los «Trocados», y es un suplicio esta fiesta enloquecedora que solo se divisa, se divisa, y no se puede alcanzar.

¡Qué diría mamita Rosalba, si supiera que, en vez de estar en el bosque, aserrando, boga lejos de la costa, gozoso de estar solo entre el mar y el cielo! ¡Y qué diría Rosita, que no sabe pasarse sin su compañía! Mamita Rosalba no puede comprender que él necesita escaparse del trabajo y de la casa y de ellos y de la gente; Rosita no se da cuenta de que, cerca o distante, está siempre con ella: el abuelo es el que sabe todo esto sin que Pingo tenga que decirlo. El sol brillaba y la mar parecía un espejo: tenía unas conversaciones, metidas adentro, que querían salir y no podían, en medio del ruido de los serruchos y las máquinas: entonces se deslizó entre los árboles, escaló cercos, bajó lomas, y desató un bote amarrado en punta Yal. Hay días en que quisiera ser pez para estarse horas y horas zambullido, sintiendo el frío agradable y salado. Y ser pájaro, ¿quién no ha deseado serlo, alguna vez, cuando niño? Pues, él lo desea todavía. Por eso, tal vez, le gusta tanto bogar: se siente como embutido entre el mar y el cielo: los remos son casi aletas, el bote prolonga su cuerpo hasta el agua, es como si nadara él mismo sin cansancio y pudiendo mirar en torno y hacia adentro el agua que se quiebra o queda lisa, según esté rodeando el bote o más lejos reflejando la estridente luminosidad del sol. ¿No es un hombre feliz? Rosita está tendida, la cabeza a proa, mirándolo: así se pone en el bote cuando lo acompaña; y, aunque no esté, él la contempla;

en cambio, si viene, a veces ni la mira y ella se queja, y es que la está viendo, siempre, dentro de sí mismo. Comienza a bajar el sol, pero no: es una nube que pasa lentamente como un cisne que nadara por el cielo. ¿Viste, Rosita? Menos luz, y uno cree que se está poniendo el sol, y resulta ser una nube ocultadora; y si no se presta mucha atención, un cisne, y si menos atención, no vuela junto al mar, nada sobre el cielo. Pero no son mentiras. Rosita. O si lo son, tienen su instante de verdad, el momento en que aún no hemos notado el engaño. ¡Por qué me dices siempre que sueño despierto! ¿Qué sabes tú, si sueño solamente?…

Ahora sí, se está poniendo el sol. Quizás ya viene el Caleuche. Pingo boga hacia el horizonte. Es la hora en que los Brujos-serviles lanzan desde los ocultos mástiles ramos blancos que se despliegan y se acercan, volando: son los albatros, los pájaros-grumetes, las almas de los muertos, llevadas por todo ese batir de alas. Pingo rema y rema a su encuentro, les habla: entonces se arremolina su nube y se disuelve en el cielo, como si se dispersara por el viento un montón desparramado de plumas o de pétalos. Esperará la noche para verlo; está seguro de que el invisible Caleuche ha anclado sin bulla por ahí cerca de la costa.

Mamita Rosalba atizó las cenizas y el «thropón»[18] comenzó a bailar y chisporrotear como un pequeño demonio. Debía haberle echado demasiada sal a la masa de la bola, porque no era natural que saltase tanto, no siendo la noche de San Juan. El abuelo y Rosita estaban en silencio, a la espera de que se asara la masa del «thropón». Sus ojos miraban las brasas, pero el oído, al acecho del silbido o cantar de Pingo, fijaba en sus rostros una imperceptible expresión de alerta, que en Rosita, más impaciente, se traducía al menor ruido de afuera en el ligero levantamiento de la cabeza que hace decir de las personas que «paran el oído». Los gestos bruscos de Rosalba, al hurgar en el fuego y, en su trajín, al preparar café, tendían a manifestar su mal humor, que repercutió como un eco en su padre y su hija, poniéndoles a su vez la misma máscara de «cara larga» ostentada por ella. Al fin estalló:

—¡Si habrá paciencia! ¿Y ustedes se imaginan que voy a seguir

soportando todo esto? Si sucediera a las perdidas, bien, podría disculpársele; pero ahora continuamente está pasando. Hoy, nadie lo ha divisado: no estaba tampoco en Chonchi a la llegada del «Valparaíso», que es donde pudo tentarse de ir, ni en la taberna del Gringo, a la que mandé a «El Chucao» para buscarlo.

—Bien sabe, mamita, que nunca va a la taberna, o por casualidad. Cuando se pierde es porque anda en sus vagancias por el bosque o la playa. Habrá ido a bogar aprovechando que estaba lindo el día.

—Hace rato que se acabó el día y el sol. Será que a la luna le está viendo cara de sol. Desde niño fue un poco chiflado, pero ahora está loco, y así le dicen con razón en el pueblo: «El loco Pingo». Antes le decían «Pingo, el Huacho», después lo llamaron «Caleuchón»; ¿y a un hombre con estos apodos —dijo, mirando irritada a su padre— quieres que le entregue mi hija?

Rosita se puso a llorar, descargándose de las lágrimas que desde hacía rato le oprimían el corazón; todo se juntaba para aumentarle la pena: la ausencia y abandono de Pingo, la inquina de su madre contra él, el recuerdo de los desprecios que traía Rosalba, al soltarle en su propia cara los tres apodos, como si los insultase a ella y a Pingo a un tiempo.

El abuelo no contestó. Señalaba con la barbilla el «thropón» que debía estarse quemando. Rosalba lo sacó del fuego y comenzó a deshollejarlo de la primera capa, llena de cenizas y demasiado tostada, que tiró a las brasas, como lo hacía de todas maneras, siempre; porque tenía, entre otras muchas, esta superstición de que el que come «la capa del pobre», como la llaman, queda pobre.

Rosita había dominado su llanto imprudente y buscaba las tazas en la alacena. Sacó tres, como de costumbre, ya que el abuelo era el único que seguía siempre, a «la hora de los cuentos», con su hábito de tomar mate. Después de poner las tres tazas sobre la mesita, quitó una que volvió a meter en la alacena: ya él no vendría; en todo caso, que viera, si es que era capaz de notarlo, que no lo esperaban. Llenó luego con yerba la calabaza, hasta la mitad, humedeciéndola con un poquito de agua fría, justo la necesaria para que esponjara en tanto terminaba de hervir la tetera. Buscó entonces entre los cubiertos la bombilla y dos cucharitas. Parecía querer darse tiempo ejecutando minuciosamente cada una de las

pequeñas tareas a su cargo en la hora de la habitual cena.

La descarga en palabras del mal humor de Rosalba, y en lágrimas de las penas de Rosita, parecían haber aligerado un poco la atmósfera de malestar y de espera. Madre e hija se sentaron a tomar su café y el abuelo desde su sillón las acompañaba chupando la bombilla.

La luz de la luna se filtraba por los resquicios de las dos ventanillas en el cuarto casi en penumbras, donde alumbraba apenas en la mesa el candil humoso. Debía estar bogando Pingo. De chica, recordaba Rosita, ella lo seguía en sus vagancias, aun cuando ni la invitaba; pero ahora que era su novia se sentía justamente ofendida si partía solo y sin decirle siquiera; entonces no lo buscaba como antes hasta encontrarlo, sino que se quedaba en la casa o en la playita del astillero; a veces iba sola a pescar jaibas o a buscar yerbas: pero en estos casos, bien sabía ella que una vaga esperanza de hallarlo en las rocas o en el bosque la guiaba hasta ahí. Hubiera querido tenerlo cerca, siempre, cogido a su brazo, y Pingo se le escurría, huidizo, inalcanzable en su persona como era en sus pensares: «Pingo, quédate conmigo; Pingo, llévame; Pingo, háblame». Si alguna vez, dejando a un lado su amor propio, le decía frases como estas, Pingo contestaba inmediatamente, animoso: «Pero estoy contigo; vamos». «¿Que no me sigues?» «Todo lo que pienso te lo digo a ti»; y a veces, en efecto, se lanzaba en largos monólogos, diciendo cosas curiosas, con tan hermosa voz, que lo escuchaba embelesada sin desear, siquiera, intervenir para que no se interrumpiera esa especie de encanto que surgía de las evocaciones o inventos de Pingo, de su manera de mostrarle cómo veía él las cosas de este mundo y el otro. Sus cuentos eran tanto más interesantes que todos los conocidos que el abuelo les había contado o leído, desde pequeños, en las veladas. Ni Blanca Flor, ni Delgadina, La Dama y el Pastor, Mambrú, el Conde Alarco, Doña Juana de Rosa, Luis Ortiz —romances que tanto les gustaban a todos—, ni la misma historia de Carlomagno y sus doce pares, o la de Bertoldo, le parecían a Rosita comparables a los «inventos» de Pingo. ¡Ah, si pudiera ser ella una misma y sola persona con él; su sombra, como cuando era chica! Pues, se dejaría de tontos orgullos, y en adelante lo seguiría adonde fuere, iría a buscarlo al mismo aserradero, a la llegada de los botes cuando saliera de pesca o en las

rocas donde solía mariscar.

El abuelo proponía leerles algo de la Biblia o lo que prefiriesen; Rosalba dijo entonces que no estaba para lecturas, le dolía la cabeza y se iría a acostar. Rosita no quiso darse por vencida, y acogió la proposición como lo hacía cada noche, pero pidiendo que contase o recitase, más bien, y así apagarían la candela, cuya luz estaba hedionda y humeaba más que otras veces. Entonces comenzó él a buscar en la memoria alguno de tantos cuentos y luego, prefiriendo las recitaciones de romances, eligió «La Devota». En la penumbra que apenas clareaba la luz de la luna, al penetrar por los dos pequeños rectángulos en los que había alzado Rosita las tapas corredizas de las ventanas, se oyó la voz noble, notable por su limpieza, como lo era por su seguridad la memoria del anciano:

*«El rey tenía una hija,*
*Echaba mil maravillas,*
*De oro andaba calzada*
*Y de plata bien vestida».*

Rosita lo interrumpió pidiéndole que cambiara por otro, pero cuando comenzó:

*«De la más noble matrona*
*Que ha celebrado la fama*
*Referir quiero la vida…».*

—Tampoco «Doña Juana de Rosa», abuelo —imploró, como si nada pudiese entretenerla esta noche. Su mirar vagaba hacia el mar, entre los barrotes de las ventanas, y su espíritu estaba allá con Pingo. Sin embargo, precisaba que continuase la velada para esperarlo lo más tarde posible, y también para que Rosalba no se imaginara que la había desconcertado con sus malas palabras.

—Si te parece —consultó el abuelo—, diré «La Quema de Chacao».

Vaciló un instante, pero comprendiendo que tendría que decidirse por alguno, insinuó que prefería algo más alegre, y terminó pidiendo aquella pieza que era una de las preferidas de Pingo, quizás porque le recordaba su sabrosa descripción el inolvidable día del «milagro», en la procesión de la Virgen. Entonces comenzó a recitar en tono festivo el abuelo «La Fiesta de la

Candelaria», uno de sus éxitos sonados, las pocas veces que la dijera en público:

*«Ya se prepara la gente*
*De Calbuco y Puerto Montt,*
*Lo mesmo en Castro y Achao*
*Y en Ancud pa la junción».*

*«Ya levantan sus banderas*
*Balandra, bote y vapor,*
*Y en los despachos se vende*
*Aguardiente del mejor».*

Tantas veces le habían oído estos versos al abuelo, que sabía Rosita en qué partes debía estar meneando la cabeza o agitando las manos, ayudando con la mímica al color de la descripción. Al decir: «La gente gran *tripulina*, arma con esta ocasión, se embarca con mucho gusto, para ir a la junción», se ponía de pie, si es que había comenzado sentado la recitación, y se movía como los que se están embarcando jubilosos, metiendo a las lanchas mujeres, niños, paquetes, guitarras; luego ponía la voz de mando para ordenar como el patrono de la barca: «Surge tú pronto la vela, marcha, vete al portalón»; y seguía la partida de las lanchas tumbadas, la llegada a la *junción* «por ver la Candelaria vestida con gran primor», las ofrendas formando «un gran montón», y los fieles, algunos «una vela en cada mano», otros «besando el suelo con gran aflicción», luego la salida en andas de la Virgen que va «más brillante que el sol».

*«Y aquí concluye la fiesta*
*y viene otra diversión».*

La otra diversión era la de los bailes, jaranas y borracheras, topeaduras que seguían a las devociones para celebrar aquel día del dos de febrero, y los versos pintaban cada detalle: que «chilla el *acordión*», que las *fritangas* de empanadas «se las comen de un tirón».

Pero lo que más gustaba, por su filosófica ironía, era el reembarque y la vuelta, «las guitarras sin sus cuerdas, resollando el *acordión*», con las pipas y botellas vacías de licor, el fuerte

ventarrón *mariando* a la gente que viene «sin cobre en el bolsillo». Todo allá se fundió:

*«Las mesas vienen sin patas*
*Y la artesa se quebró.*
*El sartén sin pizca'e mango.*
*Todito se agujereó».*

Aquí hacía siempre una pausa el abuelo, y Rosita, que había logrado distraerse un momento, sentía que fuera ya a terminar, sin contar con que el final de los versos la ponía triste, también, como a estos que volvían, de los que decía, continuando, el abuelo:

*«Muy tristes y pensativos*
*Llegan al muelle en montón.*
*"De la fiesta ahora vengo",*
*Contestan a media voz*
*Aquellos que antes gritaban*
*Tan fuertes como un cañón.*

Se inclinaba con un saludo el abuelo, y terminaba, mohíno:

*Y así concluye la fiesta*
*Hasta próusima ocasión».*

Entraba frío por las ventanas y se paró Rosita a cerrarlas: no quería, tampoco, saber de la luna y del mar. Se sentía llena de melancolía. Todas las fiestas concluían tristemente, y algunas ni siquiera empezaban. Mejor irse a dormir.

Encendió el candil, pero cuando se acercó al abuelo para besarlo, este la retuvo y, sentándola sobre sus rodillas como cuando la consolaba de chica, empezó a acariciarle la cabeza. No se hablaban. Él la veía pestañear, de tiempo en tiempo, y luego, con un dedo, apartar una lágrima gruesa, lenta, que rodaba sobre la mejilla. La luz vacilante desplazaba las sombras tenuemente. Afuera se oía subir la marea: una ola rompía, se extendía, se retiraba con un susurro; un instante silenciaba, y luego, como un trueno de aguas, volvía más potente y rompía más cerca de la playa, deshaciéndose en bulliciosas espumas.

—¿Oyes la voz del mar? —dijo el abuelo, escuchando. A ti quizás no te dice nada, porque eres mujer. Pero a nosotros, los

hombres, nos llama a pescar; nos llama a viajar; nos llama, a veces, a soñar. No hay hombre joven en la isla que le resista. Tal es la fuerza de su llamado, que hemos llegado a creer en las «Pincoyas» y en el Caleuche, por esa necesidad de representarse la imaginación, de modo más vivo, lo que se siente. Pingo es más feliz que tú, porque es fantástico y sabe explicarse vistosamente dentro de sí mismo sus deseos. Dormidos anhelos de navegar lo trabajan, y se le aparece el Caleuche. Pero no se engaña, como tú lo crees a veces, porque nadie está bien seguro de nada, al fin, y nuestra misma vida se parece al Caleuche: existe y no existe, se divisa, tal vez, solamente.

Se sucedían las olas en una angustia de alcanzar algo inalcanzable, y cargaban y volvían a cargar contra el invisible obstáculo: era un porfiado juntarse y reforzarse de las fuerzas del agua, como las de la sangre que bulle de un animal indomable. Y subía el bramido desesperado, llenando el espacio.

¡La voz del mar! Para Rosa no era un llamado, sino una amenaza. Mucho le decía esta voz del monstruo; removía en su corazón, como los tambores de trueno, el espanto de las vagas angustias que son maneras de presentimientos. A las mujeres de la isla les hablaba de otro modo que a los hombres, pero les hablaba, también, el mar. Qué le importaba que fuese del Caleuche o del mar el llamado, si Pingo había de escucharlo y partir. Sin haber hablado todavía de viajes, cuántas veces no la dejaba por ir simplemente a bogar. Y las noches de pesca, y esa caza de la ballena, una vez, en que se quedaba sin su necesitada presencia, sin saber si su ansiedad se prolongaría indefinidamente, si al ausente se lo arrebataría el mar y nunca más volvería.

—Vaya —dijo el abuelo, al romper aún con más fuerza la ola—, se está poniendo brava la mar. —Seguía acariciándole los cabellos, sin sospechar que la nerviosidad de las mujeres pone infundados temores en sus corazones de enamoradas. Sin embargo, la comprendía mejor de lo que pensaba ella.

—Eres una mujercita celosa del mar —le dijo palmoteándole la mejilla, revelando que había seguido, por instinto, el curso de sus callados pensamientos. Y ahora le oía Rosita abordar más directamente estos asuntos de su amor, del porvenir de Pingo, de los actuales contratiempos. Era natural que Pingo pretendiese ir en

busca de la riqueza que hacía falta para mover la voluntad de mamita Rosalba. Había de rescatar con dinero este su desconocido origen. A las madres, por desinteresadas que sean, se las ganan con dinero los yernos, porque ven así asegurado el porvenir de su hija: Mamita Rosalba era precavida y hacía la guerra sorda únicamente para estimular a Pingo al trabajo. Pensaría, también, que el dinero es una compensación a los ojos de la gente, y así era. Bien podía ser Pingo el descendiente de un cacique, de un príncipe extranjero, de un desconocido rico y potente: así lo creía el abuelo; ¿pero cómo convencer a los demás de lo que solo presentía un viejo? Había que estimular a Pingo, al contrario, a que escuchase el llamado del mar, porque suele recompensar con riquezas a quien a él responde. Pero Rosa no quería saber de estos hombres que buscan tesoros: no servían para el amor, se lo pasan afrontando peligros, y no llegan a los brazos de la mujer que los espera. Vaya —decía el abuelo—, eran los únicos que las mujeres aman, aun las que llegaban a casarse con los otros. Y si una vida había que esperarlos, pues una vida se les esperaba. Rosa se sentía desfallecer ante la perspectiva de tal posibilidad. Pero el abuelo aseguraba que se podía amar a un ausente, a un muerto, y eran estos amores los que daban más goce, porque se parecían al más grande amor, que es el de Dios. El amor anidaba en el espíritu, en el corazón, y para estos no existían distancias ni de tiempo ni de espacio. La voz, la mirada, no pasaban de ser una ilusión que reforzaba apenas la realidad del amor.

—¡No, no! —exclamó con violencia Rosita. La voz de Pingo, la mirada de Pingo, usted no puede saber, abuelo, lo que son para mí. Vivo como envuelta en ellas.

—¡Lo ves! Es lo mismo que digo.

¡Qué inesperada revelación! No comprendía muy bien todavía, pero le parecía sentir que decía la verdad el abuelo. Sin embargo, no quería saber más, por ahora; la vencía una especie de cansancio del alma. Deseaba olvidarlo todo, esta noche, siquiera. Después tendría fuerzas para lo que viniera.

¡Y ese mar que seguía bramando!

Se puso de pie, bruscamente.

—Disculpe, abuelo —dijo—, voy a acostarme. —Y salió, empecinada, desafiante, hacia el cuarto que compartía con su madre. Al pasar junto al estrado, no pudo reprimirse de dar una

mirada a la cama de Pingo, tendida al lado de la del abuelo, y que ella misma había preparado, antes de la cena, como lo hacía cada noche, extendiendo los colchones que durante el día quedaban enrollados sobre la alfombra del estrado. Hubiera querido echarse a llorar ahí sobre esa almohada donde recostaba Pingo su adorada cabeza de inverosímil cabellera. Una tarde que nadie estaba en la casa, así lo había hecho. Pero aquella vez sus lágrimas eran de felicidad: Pingo la había besado en el bosque diciéndole: «Vas a ser mi novia, ahora. Lo sabíamos desde siempre, pero alguna vez debe decirse». Y la había apretado largo rato contra sí. Ella estaba sorprendida, como si le anunciara una novedad, y se había dejado besar sin devolver, siquiera, el beso. Entonces, al llegar a la casa, y como Pingo se había quedado en el astillero con el abuelo, y su madre estaba en el pueblo, se había echado llorando sobre la cama de Pingo y le había devuelto el beso a la almohada, cual si fuese la idolatrada cabeza de oro con olor a yerbas silvestres y a brisas de mar. Al entornar los párpados, le había parecido entonces estar viendo otra vez balancearse las blancas inflorescencias del «muermo» sobre el que Pingo se había afirmado, como desfallecido, después de besarla. Y ahora, en este instante brevísimo, con solo mirar la cama, se levantaban en su recuerdo, vivas, conjuntamente, las dos escenas pasadas —del beso en el bosque, del beso a la almohada—, contenidas en este deseo de llorar sobre la cama de Pingo, contenidas en estas lágrimas amargas retenidas, que envolvían, al parecer, las dulces lágrimas de entonces.

Un estremecimiento la sacudió: tenían razón Pingo y el abuelo, llevamos en nosotros mismos a los que amamos.

Se sentía, de pronto, apaciguada. Y volvió sobre sus pasos a besar al abuelo. Afuera, el mar improvisaba oscuramente desconocidos cantos.

# 5

Un repentino repiqueteo, que arreciaba y arreciaba, llenó de bulla el silencio: llovía con la fuerza casi de una granizada.

Salió Pingo a examinar el cielo, en tanto Rosita echaba unas miradas a través de los barrotes de la ventana.

Pingo cerró tras sí la puerta por donde ya se había colado el agua:

—Es un aguacero, no va a durar la lluvia —dijo.

—Así parece —confirmó Rosita—, pero iremos de todas maneras, siga o no la lluvia. Llévale el paraguas al abuelo, y que entre, mejor, si es cosa de un momento. Pero no me metas aquí a «El Chucao» —agregó—, a sus años bien puede mojarse.

—No puedo no decirle que pase.

Pingo había descolgado el paraguas y esperaba que opinara Rosita. No comprendía su mala voluntad con el pobre «El Chucao», que nada le había hecho. ¿Era quizás porque salían juntos a pescar? Trabajaban juntos en el astillero y era natural que se acompañasen para las largas horas de la pesca en las noches.

El agua repiqueteaba y repiqueteaba con el tamboreo de millones de gotas. La puerta se abrió y apareció el abuelo con «El Chucao».

—¡Así me imaginaba, que llegaría antes de que llevaras el paraguas!

Pingo, desconcertado, lo colgó nuevamente de la percha. Rosita había traído una toalla con la que enjugaba la cabeza y los hombros mojados del abuelo; a «El Chucao» ni le ofrecía asiento, siquiera, pero le miraba los pies como reprochándole el pequeño charco que se iba formando en derredor, por causa del agua chorreada de sus ojotas.

—¡Mamita! —le gritó a Rosalba, que estaba en la cocina—, traiga el estropajo, por favor.

—¡Bueno con el chaparrón! —exclamó Rosalba que venía con la

escoba envuelta en un trapo, y fue trapeando el suelo—. Pero parece que amaina la lluvia —dijo, y fue comentando que sería una lástima para la fiesta si continuase.

A la «Minga de Aserradura» no irían sino «los niños», aunque estaban invitados también el abuelo y ella, contestó Rosalba a «El Chucao», que se quejaba de que nada le había dicho a él don Aurelio, el que armaba la fiesta, y le ofreció entonces los acompañase a almorzar.

Rosita y Pingo habían pasado a la cocina a preparar un paquete con vituallas, en tanto Rosalba se sentaba un momento a hacerle compañía a su amiguito. Pasarían todo el día afuera, hasta entrada la noche, quizás, y necesitaban llevar alimentos, pues no iban a la «Minga», como se creía, ni podían decir, sino a la vuelta, cuál era esta escapada que se tramitaba misteriosamente a espaldas de los que se quedarían imaginándolos en los trabajos y la fiesta de la «Minga». Ya que no era posible alcanzar hasta Quicaví, habían decidido consultar a la bruja que estaba haciéndole la gran competencia al mismo Macho Cabrío de la Cueva. Les quedaba más cerca llegar al cerro que estaba detrás de la laguna de Tarahuín, después de pasar el río Melilebo. Ahí vivía, en casa del alemán Kurt, la india Palmira, que desempeñaba las funciones de cocinera cuando su amo no andaba en viajes, y quedaba de cuidadora durante sus ausencias casi continuas. «Don Kurt», como le decían, tenía negociados con Chile, adonde llevaba las maderas que compraba a los dueños de aserraderos; así, podía la india entregarse a sus aficiones de curandera y tenía gran renombre como machi, y lo iba teniendo mayor de bruja, por haber predicho un incendio famoso y unos robos de animales, como también el naufragio de la goleta «María de los Mares», a cuyo dueño le había aconsejado no salir de viaje, sin que este hiciera caso. Era «bruja de verdad», aunque disfrazada de cocinera para mejor meterse entre la gente y lograr más fácilmente sus propósitos. Esto lo decían los indios mismos y uno de ellos podía asegurarlo, porque la había oído, una noche, exclamando: «¡Airealhué!», que es la invocación con que piden los brujos el auxilio del Demonio. Se sabía, también, que nunca probaba la sal, y evitaba en lo posible pronunciar la palabra Dios. A su paso, callaban los perros, si decía despacito su nombre. Además, un vecino le había disparado con su escopeta en todo el

pecho, sin que la hiriera la bala. Que si lo hace con sal, otra cosa sucediera. En fin, eran muchas las pruebas de que Palmira Llanquilef pertenecía a la Gente del Arte. Todas estas noticias se las había dado a Rosa la dueña de la tienda de choapinos de Castro, cuando había ido a ofrecerle algunos de los que deseaba venderle su madre. Y se las comunicaba a Pingo, al que había decidido, repentinamente, la acompañase a consultar a la india, adonde irían en vez de asistir a la «Minga». Se le había ocurrido la idea al levantarse, en la mañana, después de cavilar en la noche al recordar su visita a Castro, la tarde anterior: y como no había querido hacer comentarios sobre la conversación habida entre ella y la dueña de la tienda, después de volver a casa, se apresuraba, ahora, a decírselo todo a Pingo y cómo y por qué se le viniera esta ocurrencia, cuando poco tiempo antes no había querido acceder a que se metiera en brujerías, a pesar de la insistencia de Pingo por que viesen su destino en el «Chayanco». En fin, ya le daría mayores detalles durante el trayecto. Había cesado la lluvia y era preciso marcharse.

Volvían a la sala en el preciso momento en que Rosalba los llamaba, diciendo que llegarían atrasados a las faenas y no era propio hacerse esperar cuando se va a hacerles un servicio a las personas.

—No ha de ser mucha la ayuda de los invitados —dijo Rosita— esta «Minga» es más bien pretexto de divertirse. Se sabe que no faltan los trabajadores en el aserradero de los Bórquez. Pero estamos listos y nos vamos. ¿Ya bajaron?

—Sí, bajaron —contestó Rosalba—. El abuelo quiere concluir hoy la lancha, y como Pingo hará falta, tratan de que les cunda el tiempo. Aunque ya se ha recuperado del descanso forzado de la lluvia, puesto que se evita «El Chucao» el ir y venir de la hora de almuerzo quedándose con nosotros.

Rosita llevaba escondido su paquete de víveres debajo del rebozo. Se despidió de su madre con un beso, y esta volvió a la cocina, donde Pingo había entrado a buscar la hachita que siempre llevaba consigo cuando salía por los bosques.

—Bueno, chiquillo —le dijo, cuando él la besó—. Sé que Rosita va segura bajo tu protección, y también lo sabe la gente. Por eso los dejo ir solos.

Al alcanzar a Rosita, que se había adelantado por el camino.

Pingo iba preguntándose a sí mismo, extrañado, por qué diría eso mamita Rosalba, cuando era lo habitual que salieran solos; desde chicos los había visto juntos, como hermanos, la gente, y aunque mamita Rosalba había puesto algunos reparos cuando quedaron como novios, el abuelo había declarado que sería ridículo cambiar esta costumbre, pareciendo así recelar de los «niños», que eran un ejemplo para todos los del pueblo, en cuanto a educación y buenos modales. Pingo merecía toda su confianza y no se le haría la ofensa de estarlo vigilando como a un malcriado. Pingo se sentía orgulloso de esta estimación, y no solo por ello no hubiera defraudado nunca al abuelo, sino porque era naturalmente limpio en sus intenciones y conducta, al punto de no comprender cuando los demás no lo eran igualmente. Sin embargo, había enrojecido un poco al hacerle aquella advertencia mamita Rosalba, pues tenía sobre la conciencia esto de no haber dicho a lo que iban con Rosita. Y aunque nada malo cometían y pensaban decirlo a la vuelta, ya que es costumbre callar, si se va de consulta a los brujos, sentía escrúpulos como si estuviese engañando la confianza depositada en él por mamita Rosalba. Y así se lo decía a Rosita al contarle lo de la despedida con su madre.

—¡Te sobran escrúpulos, amor mío! —rio ella—. ¿No parece que me hubieras raptado? —agregó, con cierta coquetería, aferrándose a su brazo, como si imaginara sucedido el hecho y agradable. Estaba encantada, más que de la consulta a la bruja, de esta perspectiva de pasar todo el día junto a Pingo, necesitándose algunas horas de marcha por cerros para llegar a la laguna de Tarahuín; de manera que entre ir, almorzar en el bosque, la demora en casa de Palmira, la vuelta, solo a la noche se hallarían de regreso. Antes de tomar camino del bosque, pasaron a un despacho para proveerse de una botella de licor: «No se olvide, si va —le había recomendado la señora de la tienda—, que es preciso regalarle una botella de licor, en compensación de las cosas que va a ofrecerles ella». En efecto, sabían que era de rigor beberse varias copas de un brebaje ofrecido por todo brujo que otorgase audiencia, medida sin la cual no permitían mirar el destino en el «Chayanco». Todos estos preparativos los regocijaban, y se miraban de reojo, desde la mañana, a cada instante, por cualquier motivo, como dos cómplices que se alegran ante la perspectiva de una próxima fechoría.

—Apenas si está un poco húmedo el sendero —hizo notar Rosita, cuando subían la cuesta hacia el bosque.

El agua había corrido por el declive de las laderas, absorbiéndola, además, el terreno poroso. El cielo lucía su azul, despejado, con una que otra nube amontonada como un adorno de ramos blancos. Pingo se lo señalaba a Rosita, diciendo que solo las gotas que caían de los alerces recordaban ahora el fuerte chaparrón de la mañana. Sus conos —decía— le recordaban, así vestidos de lluvia detenida, los árboles de Pascua en los que se enredan leves hilos de plata.

Desde aquella noche en que se prometiera a sí misma Rosita dejarse de tontos orgullos, en los que Pingo no reparaba, había vuelto a seguirlo sin esperar su invitación, a mirarlo, a contemplarlo, a acariciarle el pelo, o las manos, las mejillas, cual lo había hecho desde pequeña. Pingo carecía de vanidad, y se dejaba contemplar o acariciar, casi sin parecer notarlo, o a veces, como un animal regalón, solía cerrar los ojos voluptuosamente o daba un leve beso a la mano que rozaba sus labios. Pingo parecía siempre estar en otra parte que donde se hallaba, y estas manifestaciones casi inconscientes de su presencia las agradecía Rosita como si fuesen voluntarias atenciones de su novio para ella. Ahora venía con la mano de él apretada entre sus dos manos. Habían dejado de conversar y Pingo se paraba por momentos a mirar algún árbol que, por cualquier ignorado motivo, le llamaba la atención: se detenía entonces un instante y, a veces, largo rato. Rosita no chistaba; si no daba con la razón que movía a Pingo a encontrarle belleza o forma curiosa, volvía la vista hacia su amigo para contemplarlo a él y, de pronto, creía comprender: le gustaba, sencillamente, el árbol, como Pingo le gustaba a ella. ¿Por qué había de criticarlo, no hacía ella lo mismo con él? Y si a Pingo se le iba decir en voz alta sus observaciones, como, por ejemplo, en este momento: «Este color de verde me da calorcito a los ojos y se me entra quemándome hasta el alma», ella pensaba que sentía exactamente lo mismo ante el color del pelo de Pingo, al que había llegado a descubrirle muchos matices dentro de su tono general rojizo. Recordaba que el abuelo le había dicho aquella noche de revelaciones y nuevos propósitos: «Eres una mujercita celosa del mar». Lo había sido, en verdad, del mar, del bosque, de la arena, de cada árbol, de cada nube, de cada

objeto que retenía la atención, la admiración de Pingo. Pero también en este punto había conseguido reformarse. En solo una cosa se mantenía igual: en la imperiosa necesidad de estar junto a Pingo. De nada le había servido penetrar en aquella verdad señalada por el abuelo, de que no importa la presencia de los que amamos, porque los llevamos en nuestro espíritu, en nuestro corazón, y aun cuando están ante nosotros, es ahí donde los estamos contemplando inconscientemente. Recordaba a la perfección aquella explicación, pero no la entendía ahora; la había iluminado unos breves instantes, como una súbita luz que de inmediato se apaga. Ella sabía y entendía solo esto: quería estar al lado de Pingo lo más que pudiese, y mirarlo, y tocarlo. Si por un milagro lograra traspasar en ella la persona de él y ser el mismo Pingo, sería conocer la gloria celestial. Ya que esto no era posible, su papel de «sombra» de él le parecía el más envidiable. Sentía, al mirarlo, como si lo estuviese besando continuamente con los ojos. Quitárselo sería aniquilarla, concluir con su razón de ser. ¿Puede existir una sombra si suprimen lo que esta refleja? Como si temiera verlo desaparecer, se abrazó de Pingo con apasionada violencia.

—Eres yo misma, eres mi propia persona, ¿verdad, amor mío? —decía, jadeando.

Entonces sucedió lo inesperado, lo que no había cómo agradecer: Pingo, el manso Pingo, la zamarreaba, indignado, cual si fuese a golpearla y decía:

—¡Cómo has podido dudarlo, cómo! ¿No me sentías ser tú?

Pero cuando ella quiso besarlo, la rechazó con mucha dulzura. Estaba pálido y se apoyó contra un tronco, tal como la vez en que parecía desfallecer respaldándose sobre el muermo de blancas flores. Esta escena se ligaba ahora misteriosamente a la otra, en su recuerdo, que resucitaba, a su vez, la del beso a la almohada: Rosita estaba comprendiendo la revelación olvidada. No insistió en besar a Pingo, porque le parecía que lo estaba besando de todas maneras. Se sentía envuelta en la voz, en la mirada de Pingo. Estaban confundidas, abrazadas, sus almas.

Pasado el mediodía, llegaron a un claro que separaba el bosque de cipreses de uno de «hualles», donde los roces habían dejado un extenso espacio de mutilados troncos renegridos por las llamas y que daban la impresión del tosco símbolo de una cruz, señalando:

«aquí ha muerto un árbol» y, así, se levantaba, desolado, el camposanto de la selva.

No, no era posible que almorzaran ahí. Un alto roble no había sido derribado y se alzaba como una protesta. Penaba como un fantasma salido de su tumba. Otros, desde la quebrada, más lejos, habían trepado la montaña para huir del incendio, pero al alcanzarlos las llamas, los habían inmovilizado, cual implacable otoño de infierno, en un color seco rojizo que no reverdecería. El todo era una especie de natural museo de momias para ilustración del turista curioso de lo que yace bajo una lápida.

Pingo no tenía el coraje de soportar la vista de tanta desolación en un día en que la primavera agitaba de alegría la isla y savias de vida penetraban de amor su corazón. Habían caminado quizás unas dos horas desde el instante en que palabras decisivas habían sellado el más íntimo de los pactos, dejándolos sumidos en el profundo mutismo de un religioso recogimiento. Ni siquiera le había cogido la mano Rosita. Pero ahora Pingo la atraía con su brazo y apresuraban el paso, deseosos del bosque vivo. Sabían, por lo que había dicho la señora de la tienda, que un fácil sendero trazado entre los hualles llevaba hasta la misma laguna, y de ahí se atravesaba el río por un puentecito de cimbra. Ya estaban en el sendero y entonces no era mucho lo que faltaba. Descansarían en la ribera de la laguna. Pero al internarse entre los frescos y verdes árboles, persistía en Pingo la sensación de ese miedo indefinible a la muerte, a la soledad, al vacío, al frío, como si una insalvable niebla amortajara el paisaje y nunca más fuese a salir, con su luz y calor, el sol. Y aquella niebla se cernía en su propia alma, invadiéndola de angustia.

—Es el «anchi»**[19]**, que te oprime —dijo Rosita, al verlo demudado, respirando con dificultad. El abuelo lo había sentido una vez y había explicado este terror de la soledad en la selva. Le quitó la botella que asomaba en su bolsillo y le dio un poco de licor. Se reanimaba, pero sin recuperar su alegría, aunque ya parecía sereno.

—¡Qué me ha pasado! —repetía como si saliera de una insoportable pesadilla.

—Es el «anchi», Pingo. No te preocupes. Ya estás bien. Corramos, se divisa, allá, la laguna. El espacio libre te va a mejorar:

ahoga, apresa, este techo de hojas tupidas que cierran la vista del cielo.

Brillaba como un vidrio oscuro el agua, y una cabaña, en la ribera, de la que salieron tres chicos, dio vida al paisaje todo iluminado de sol.

Había caído del todo la tristeza de Pingo. Cortaba, silbando, unas quilas para formar con ellas una alfombra sobre la que pudieran sentarse a almorzar. La carrera había traído a sus mejillas de tostada piel un ligero sonrojo, como el que incendiaba su rostro cuando una emoción sacudía su sangre de tímido. Rosita lo miraba blandir la pequeña hacha y dejarla caer sobre los menudos tallos resistentes. Todo Pingo le parecía perfecto, lo adoraba en su cuerpo de buena estatura, de duros músculos, en su rostro de ojos un poco hundidos, en sus movimientos, en su quietud, en aquella irradiación impalpable que despedía su persona, como las piedras preciosas al apoderarse de la luz.

Pingo había juntado las quilas, y después de esparcirlas se tendió, largo a largo, midiendo con su cuerpo aquella alfombra improvisada. Luego, viendo que Rosita no se había movido, se levantó y cogiéndola en sus brazos la depositó delicadamente sobre las quilas.

—Ahora tengo hambre —dijo entonces Pingo.

Rosita quedó estupefacta: solo en este instante se daba cuenta de que había perdido el paquete de los sandwiches y otras cositas que venían.

Le propuso que fueran a la cabaña en busca de lo que pudieran darles. Los tres chicos ya no estaban en la orilla. Los divisaron en un botecito con un hombre y una mujer, sus padres, naturalmente. Se alejaban hacia la otra ribera y era vano pretender que volviesen a procurarles un alimento que tal vez ni tenían. La cabaña había quedado cerrada.

—Regístrate los bolsillos —se le ocurrió a ella decirle a Pingo, ya que más de una vez le había encontrado al lavarle la ropa algún pedazo de milcao o aun el paquetito intacto de lo que se llevaba cuando trabajaba afuera. Y sin esperar, ella misma buscó en la chaqueta. Precisamente, en el lado donde había embutido la botella, el bolsillo estaba roto y, en el forro, algo se corría.

—¡Un pan! —dijo triunfante.

Se rio Pingo. Era bien poca cosa para los dos, que venían hambrientos, con fuerzas que reparar para seguir donde la bruja y volver a caminar el mismo largo trayecto hacia la casa. Quería obligarla a comérselo todo ella, pero Rosita porfió y compartieron el pedazo.

Unos cisnes salieron de un pangal y se echaron al agua, majestuosos e indiferentes, dejando una leve estela; parecían naves pigmeas de mástil caprichosamente retorcido. Donde uno se movía, el otro le seguía el rumbo exactamente, como si un invisible mecanismo presidiera a la conjunción de este sabio navegar deslizado.

—Ahí vamos nosotros —observó Pingo. Y él, que nunca la miraba, empezó a fijar la vista en ella, con curiosidad y ternura, como si la descubriera. Luego tomándola nuevamente, la tendió y recostó a su lado. ¡Al fin la miraba como a los árboles, al mar, al cielo! Había acercado su rostro al de ella, y después de posarse sus pupilas en cada una de las facciones, las clavaba ahora en sus ojos, tan profundamente, como si buscara algo más que la transparente materia
verde-gris.

Sin embargo, se detuvo un segundo a decirle: «¿Sabes?, son casi grises y con unas manchas como puntitos perdidos, dorados». Se acercaba más todavía, y como si no estuviera cómodo, se puso tranquilamente encima de ella cubriéndola con todo el cuerpo y, cara a cara, casi tocándose las frentes, mezclaba ahora su mirada a la de los amorosos ojos que lo reflejaban, extrañamente diminuto, como si apareciera en las dos hojas de un medallón abierto la palpitante imagen de su persona. Oprimida de emoción, Rosa respiraba con ligera dificultad.

—¿Soy demasiado pesado? —preguntó él, levantando un poco la cabeza.

—Quisiera que lo fueras más —murmulló ella—, para acordarme mejor. Y él se inclinó hasta juntarse completamente sus caras. Permanecían sin besarse, apenas confundidos por el aliento, suave anticipo del calor de los labios. Como el leve contacto de una mariposa al posarse sobre la flor, ya le rozaba su boca. Los besos comenzaban, breves, susurro de sus tímidas contestaciones. Luego los trémulos labios se enredaron, húmedos y carnosos, buscándose y

soltándose. Parecía un juego, y se sonreían. De pronto, se inmovilizó la boca de Pingo sobre la boca de ella, que se ofrecía sin sospechar la tentación prohibida. ¿Un segundo, un minuto, vaciló Pingo? Parecía estar en lucha consigo mismo. Ella esperaba, sin saber qué. Una resolución crecía, lenta, en el mirar de Pingo, realizando el florecimiento desconocido de algún nuevo beso que no daba. Un segundo, todavía, flotó la indecisión al borde de sus labios, y luego se posaron sobre la mejilla, tiernamente fraternales.

—Te estoy aplastando, pobrecita —dijo Pingo, y se corrió a su lado, aunque una muda súplica buscaba retenerlo. Pero no protestaba ella, temerosa de que se alejase más. De repente, ahí se escurriría, con un salto, a vagar solo como un animal suelto. Nunca había permanecido tanto rato únicamente preocupado de ella y tan cerca, casi confundido con su persona. Le tomó la mano, temerosa, queriendo asegurarlo. Pero invisibles lazos lo tenían atado, ahora, desde sus ojos a los de ella, desde sus castas bocas que seguían en su juego, revoloteando. Y las horas pasaban, pero no había de advertírselo ella.

Ya no adornaban la laguna los cisnes, ni brillaba el agua oscura. En la ribera opuesta venían a embarcarse los chicos y sus padres, de regreso. Disminuía la luz, en torno, y el sol ya no estaba en el cielo, sino en el bosque, detrás de los árboles como un incendio.

—Pingo, no alcanzaremos a ver a la bruja —dijo al fin Rosita.

—¿Por qué?

—¿No ves que se está poniendo el sol? —y señaló las brasas en el follaje.

Se alzó Pingo de mala gana y la levantó.

—¡Por qué pasará el tiempo siempre! —exclamó, casi colérico, él, que nunca se encolerizaba. Y como si se hablara a sí mismo, dijo, con resignada melancolía—: ¿Qué importará la bruja, no habrán de cumplirse de todos modos los destinos? —Sacó la botella y tomó, con sed, un largo trago—. ¡A tu salud, Rosita! —rio, sarcásticamente, pasándole el licor, y luego, escondiendo la cara con sus manos, repitió varias veces—: ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Familiarizada con sus rarezas, no hizo caso Rosita; quería llegar a la cabaña para conseguir algo de comer, porque no solo lo necesitaban, sino que temía le hiciera daño a Pingo el licor, no

estando acostumbrado y con el estómago vacío.

Eran indios los que habitaban ahí, buena gente, acogedora. La mujer les procuró pan y un poco de harina tostada. Los niños los miraban con la curiosidad propia de su edad, aumentada por la de una vida solitaria, casi salvaje, sin nunca ver a nadie. Rosita no se conformaba de no consultar a la bruja, y, pensando en volver otro día, averiguó con el indio si la conocían y cómo se podría venir desde Yal sin que saliera tan largo el camino. La Palmira era famosa, confirmaba el indio, y volvía a contar lo de la goleta «María de los Mares», agregando que al menorcito de los niños —el «quepuche»[20], como decía— lo había sanado de un mal «tirado», porque era aún mejor como machi que como bruja; y en cuanto a bruja las hacía malas, cuando quería, y no tenía reparos en «flechar». Refiriéndose a lo del camino, indicó que se podía venir por mar, porque la casa de «Don Kurt» quedaba bastante cerca de la costa, a la entrada misma del bosque. Desde ahí había que andar todavía más de una hora bien caminada. Pero si no alcanzaban y querían volverse a Yal, podían bajar también, derechito, hacia la costa y preguntar por «El Piure», un pescador amigo suyo que les prestaría un bote.

Ahora iban alcanzando el faldeo del cerro que llevaba a la playa. Durante el trayecto Pingo se había tomado todo lo que quedaba en la botella, sin hacer caso de las violentas reprimendas de Rosita. A cada amonestación, Pingo contestaba: «No me riñas. Cada cual sabe lo que hace y por qué». Otras veces decía que tenía que matar una pena, que quería olvidar su destino, que tenía que tomar una resolución y el licor le ayudaría. En fin, lo hallaba incoherente y pensaba que ya estaría obrando en su espíritu la bebida, aunque era muy propio de Pingo decir o hacer cosas raras. Como adelantaba el paso, se le colgó del brazo, temiendo una de tantas escapadas suyas.

Había luz todavía, y pronto saldría la luna facilitándoles la boga. Pingo era un espléndido remero, y pasada su ligera ebriedad al contacto de las brisas marinas, no llegarían demasiado tarde. Por otra parte, no había por qué preocuparse, desde el momento que el abuelo y mamita Rosalba pensaban que asistían a la «Minga» en la que era natural se prolongase la fiesta. ¡Cuánto imprevisto desde la mañana: en primer lugar, la repentina ocurrencia de Rosita de cambiar la «Minga» por una consulta al «Chayanco» en Quicaví, y si

resultara demasiado lejos, a la bruja Palmira; luego, en el trayecto el descanso lleno de sorpresas inefables en la ribera de la laguna, donde habían hecho lo que nunca hacían: besarse, besarse y besarse! Al recuerdo se detuvo Rosita, sujetando a Pingo. Rebosante de amor, lo miraba.

—Pingo —dijo maravillada. ¿Te das cuenta de que hemos estado besándonos durante varias horas, y sin sentir pasar todo ese tiempo?

Él estaba acostumbrado a no sentir que pasaba el tiempo y quizás si también a besarla. ¿Qué importaba si sucedían o no sucedían los hechos tan fugaces?

—Pingo —se atrevió a insinuar, ya que nada contestaba—: ¡Dame un beso!

—¡No! —contestó él casi con dureza—. Se acabaron los besos. —Y de pronto, cambiada la expresión de su rostro, escondiendo con las manos la cara, como la había hecho antes en la ribera de la laguna, volvió a repetir: «¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!» Luego comenzó a divagar, tambaleándose un poco y tomado del cuello de Rosita. Le pedía que rezaran. Decía que la Virgen Candelaria lo protegería. Que mamita Rosalba era la bruja Palmira y detenía su destino. O bien, pretendía, al contrario, que mamita Rosalba lo empujaba. Habían llegado, entre vaivenes, a la playa. Pingo se detuvo y casi la volteaba al arrimarse a ella. Señalaba en la distancia el mar con un gesto flojo del brazo.

—¡Mira! —exclamó, sombrío—. Es el Caleuche. Bien sabía que estaría esperándome. —Parecía estar muy cansado y se le cerraban los párpados.

Había tres botes en la pequeña ensenada, pero no se divisaba a nadie. ¿Cómo podría embarcar sola a Pingo en este estado? Ahora el aire lo despertaba un poco y comenzó a entonar el canto que siempre usaba «El Chucao»: «Manamanamay, manamanamay, cuatro chilotes», repetía. Entonces de uno de los botes salió un hombrecito que estaría ahí tendido o durmiendo. Era «El Piure» y le ayudó a meter a Pingo en el bote, excusándose de no poder acompañarla, porque esperaba a unos pescadores. Conocía al abuelo y al mismo Pingo por haber tenido que hacer una reparación en el astillero. Al día siguiente le devolverían la embarcación, no había cuidado, y hasta podía ir él mismo a buscarla. Rosita había tenido

que quitarse los zapatos y las medias para ayudarle a entrar al agua el bote. En fin, ya estaban instalados y ella remaba bastante bien, como que se había criado sobre el mismo mar, en una casa que parecía un barco cuando subía la marea. Pingo comenzaba a dormirse, recostado de espaldas, en el sitio que de costumbre ocupaba ella cuando salían a bogar. Esperaba Rosita que ya estaría repuesto cuando llegaran, y si no, ¿cómo explicar lo ocurrido? No quería, no podía decir que Pingo se había embriagado. Sería una vergüenza que, si tal vez supiera disculparla el abuelo, no la perdonaría mamita Rosalba. O nunca más la dejaría salir sola con Pingo. Por otra parte, tendrían que confesar que no habían alcanzado hasta donde la bruja y la razón de esto. En cambio, si Pingo se mejoraba, no faltaría cómo ponerse de acuerdo para contar una supuesta visita a la Palmira, ya que nunca se había tratado de engañar ni a su madre ni a su abuelo en lo de faltar a la «Minga» por ir a consultar a la bruja; no solo porque no acostumbraban a mentirles, sino porque en este caso de todas maneras corrían el riesgo de que por alguno de los asistentes se supiese la ausencia de ellos. Lo peor es que parecía que Pingo se había tomado el licor de propósito para embriagarse y no solamente por sed. ¿Por qué? ¿Qué significaban las palabras que dijera? ¿Qué pena quería olvidar? ¿Qué resolución debía tomar? ¿Eran estas frases dichas al azar y por efecto de la bebida; o bien, tenían algún sentido que no vislumbraba? ¡Qué tristeza en medio de tanta alegría procurada por los besos de Pingo! ¡Cuánto lo amaba, y más ahora, y a pesar de este último incidente que ella debía disculpar! Remaría lentamente para conservar sus fuerzas, previendo que Pingo continuara en ese estado. Un fuego blanquecino prendió sobre la ondulación de una ola y el aire se tiñó de leve claridad. La luna había asomado tras las cordilleras, casi redonda, dorada como un sol. Rosita hundía los remos acompasadamente, cargando sobre la resistencia del agua y luego levantándolos, y cada vez que quedaban un segundo en alto chorreaban gotas «mojadas de luna», como había observado Pingo una vez. No había la menor niebla y se destacaban nítidamente las montañas nevadas de Chile. ¡Era una lástima que perdiera Pingo este espectáculo! Las neblinas y nubes no siempre permitían gozar de una noche como esta, y a Pingo le encantaban estas noches. Lo miraba a él, ahora, dormido profundamente. Respiraba fuerte, casi

roncando, con los labios entreabiertos. En un movimiento como si se debatiera, soñando, se desabrochó la camisa y apareció su piel bronceada, en la que empezaba a florecer un vello dorado. La luz que daba sobre el bote, oblicuamente, alcanzaba a iluminar justo el torso de Pingo, quedando su cabeza en la sombra. Sentía ella el dulce contacto de las piernas largas, tendidas contra sus pies. Había dicho: «Se acabaron los besos», pero no se hallaba en su sano juicio en aquel momento. Si lo pensaba seriamente, mejor hubiera sido que nunca la besara. Si no tuviera que remar, ¡cómo lo besaría, así dormido, y qué dulce sería! Su respiración le llenaba de cantos los oídos. Hoy le había dicho cosas inolvidables con sus palabras y sus besos y sus miradas, y lo amaba como nunca lo había amado. Rosita se estremeció: un pitazo estridente agitaba el espacio. Era un vaporcito que venía por el canal. Había sentido el pitazo como si, para hacerle una broma, lo hubieran dado de sorpresa en su mismo oído. Estaba nerviosa, sin duda. Y también cansada. Pingo se movía, medio despierto. Entonces le habló. Tal vez convenía que se incorporara un poco.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, y como parecía no entenderla fue recordándole lo ocurrido. Negaba Pingo, y, en cambio, hablaba de lo que les había predicho la bruja Palmira. Debía confundir con lo que habría soñado durmiendo, porque ya no parecía estar ebrio. Se había sentado y luego poniéndose de pie, en perfecto equilibrio, le pedía los remos. Cambiaron sus puestos y comenzó a remar con ritmo y fuerza. Entonces Rosita pensó que sería oportuno no contradecirlo, y aprovechando lo que pretendía de la visita a la bruja, darlo por cierto y así la mentira, en casa, resultaría con aspecto de verdad.

—¿Ves? —le decía Pingo—, ella te dijo lo mismo que pienso yo: «No te enamores, Rosa, de hombres que buscan tesoros, porque no sirven para el amor: se pasan afrontando peligros y nunca llegan a los brazos de la mujer que los espera».

—No recuerdo qué le contesté —dijo Rosita, entrando en su papel.

—Si fuiste sincera, ¿cómo no has de acordarte? Quieres hacérmelo repetir para ver si me fijé en palabras que tienen que llenarme de consuelo.

—Eso es, Pingo mío. Repite, me dará gusto.

—Dijiste: «Una vida he de esperarlo, si es preciso esperar una vida».

—Tú sabes que es así: —Lo miraba intensamente, arrobada de ver qué bien conocía su amor, si era capaz de suponerle estas palabras, que por, otra parte, alguna vez había dicho.

—¡Y la tonta pretendió que estabas embrujada, y que solo un hijo desembruja a las mujeres! Y yo me reí y dije que ya vendría a ser tu esposo. Sí, volveré, Rosita. Tú sabes que no es cierto lo que dijo de mí: yo estoy enamorado de ti, mi anhelo de obtener riquezas es para conseguirte. ¿Verdad que no es un pretexto para buscar el peligro, el misterio? En eso ha mentido la vieja, no es por eso, como pretende, que escucho el llamado del Caleuche.

Había dejado de remar, y el botecito flotaba a la deriva. Parecían dos náufragos en espera de socorro: por distintos motivos, se miraban con angustiado asombro. Y ella lo oía exclamar, como si se refiriera al destino aparecido en el cristal del supuesto «Chayanco»: «Un viaje, dos viajes, tres viajes, diez viajes, mil viajes…».

—¡Calla, Pingo —le gritó—, estás soñando o estás loco!

Hubiera deseado que lo estuviese. Pero estas divagaciones la aterraban, precisamente porque leía a través de ellas cosas que no quería saber.

—Sigue remando —ordenó—; lleguemos pronto, es poco lo que falta. Mira, Pingo, no quiero que contemos en casa lo que dijo la bruja. Es decir, que daremos como pretexto, si nos preguntan por sus predicciones, de que puso por condición, para hacerlas, callar sobre todo lo dicho.

Pingo no se oponía y comenzaba a recordar su sueño, como sueño, pero sin una completa seguridad de que no hubiera sucedido también. Había dormido, porque había tomado licor y le había caído mal. Rosita debía sufrir por todo esto. Él sabía, sin embargo, por qué había deseado emborracharse. No todo debía ser explicado, y Rosita demostraba comprenderlo y disculparlo. Un vivo agradecimiento le nacía hacia ella desde lo mejor de su alma.

—Perdóname, Rosita —dijo con calor—. Perdóname, hemos sido tan felices hoy, que no debe terminar triste este día.

Sin embargo, una nube había pasado, o quizás, se cernía sobre la felicidad entrevista.

# 6

El día es húmedo, gris, color de invierno. El sol que regocijó toda la tarde, ayer, después del aguacero, no saldrá a despejar las nubes que forman una sola masa compacta, extendida la bóveda de un techo circular tapando la vista del cielo. Mejor se secará la ropa en la cocina, piensa Rosita, y ha bajado a recogerla de los cordeles en que se tiende entre estacas, que parecen pilotes extraviados de los que sostienen en alto la casa. Entre el ruido de los martillos se oye el silbar de «El Chucao» con la entonación de sus eternas estrofas, que si no las canta, las silba. Y sigue Rosita, en el curso de la melodía, las palabras significadas por el silbido: «… con una sarta de piures, ¡manamanamay!…». Ah, sí, Pingo no está ahí con su abuelo y el maldito «El Chucao», porque fue a dejar la barca del «Piure» seguramente. Nada le ha dicho, pero el bote no está en la amarra. Estos pañuelos son los de Pingo: también ha perdido el de listas azules, quedan cuatro solamente de la docena que le regaló en la pasada Navidad, y hay que estarlos lavando; menos mal que le gusta lavar todo lo de Pingo; para las próximas Pascuas le volverá a dar pañuelos: en lo poco que falta del año ya habrá perdido los que quedan. Ha dejado de silbar «El Chucao», el abuelo interrumpe su martilleo para oír lo que le dice. Están hablando de la lancha de Pingo. Hace tiempo que está concluida y solo le faltaba la última capa de pintura. La pintaron esta semana, y «El Chucao» dice que está seca. La barca es grande, resistente, estará más tranquila cuando salga Pingo de pesca: en esos botecitos le daba miedo y prefería siempre que fuese en los barcos de otros pescadores; ahora será dueño en su lancha, y el que invite. La próxima Navidad… no, no quiere pensar en nada desagradable; basta con este cielo encapotado, sucio, con el mal humor de su madre, la actitud de Pingo, reservada: no ha logrado cruzar palabra con él desde anoche. Lo ha sentido levantarse al alba, salir.

*«Cuatro chilotes, síii…*
*¡Manamanamay!*
*vamos y vamos…*
*Y al puerto que lleguemos*
*¡manamanamay!*
*desembarcamos…».*

Ahora canta con todas sus palabras la canción, y a toda boca, ese maldito muchacho. ¡Dios mío, cuántos clavos se necesitan para construir barcos! Debería estar acostumbrada al martilleo tanto como al ruido de las olas. Generalmente lo está y ni le llama la atención, pero hoy todo la molesta. Y su madre la está aguaitando detrás de los barrotes: esto no más faltaba para acabar con su paciencia. ¿No ve, acaso, que está descolgando la ropa? Virgen Santa, se le está descomponiendo el genio y habrá de confesarse de sus malintencionados juicios. No es por molestarlos a ella y a Pingo que regaña su madre, es que teme las maledicencias de la gente. No le gustó nada lo de faltar a la «Minga», y parece no haber creído en la visita a Palmira. No han mentido del todo, ellos tenían ese propósito, y si no resultó y ya que no lo sabe, no tiene derecho a pensar que todo fue pretexto para pasar juntos y solos el día de ayer. Eso es lo que cree, sin duda, y la escudriña como si le estuviera viendo en la cara, pintados, todos los besos que le dio Pingo. ¡Ay, esa voz!

—¿No has terminado de descolgar la ropa?

—Pero si voy…

Carga el canasto y sube. Rosalba la está esperando; quiere hablarle aprovechando de que están solas. Anoche no pudo hacerlo, y, además, quería pensar antes en lo que le diría. Sabe que su hija y Pingo son los mejores chiquillos, pero la soledad y la primavera tienen sus astucias, y siente en el aire una mentira que flota. Pingo le ha parecido preocupado, pero su mirada era como siempre, franca; en cambio, Rosita esconde algo. Por otra parte, ¿de qué podría ser culpable sola? Su abuelo la defiende con esta razón, y no tolera la menor sospecha contra ellos. Bien, lo natural es que una madre salga de dudas obligando a que se explique su hija. Si es cierto, como dice su padre, que «la gente mayor» ve el pecado en actos inocentes, porque juzgan con la experiencia que no tienen los jóvenes, y menos los niños, ahí saldrá la verdad. Todos los

enamorados, ha dicho, buscan estar juntos y solos, sin que sea para mal: depende de los caracteres, de la educación, de la sangre, que se deje o no arrastrar el amor a actos prohibidos para los novios que se respetan. Rosita y Pingo son tranquilos, piadosos, saben que su noviazgo será largo, y no hay como esta idea para alejar toda tentación de lo que no puede hacerse sino casados. Rosalba no piensa en lo peor, naturalmente; pero como exige de Rosita una irreprochable conducta, le parecerían mal aun esos besuqueos en que se entretiene ahora cualquier pareja.

—Siéntate ahí, Rosita —le dice en tono conciliador—, tengo que hablar contigo, y exijo que me contestes con toda franqueza. Tú no eres una mentirosa y, sin embargo, me parece que no has dicho la verdad sobre el paseo de ayer.

Rosita se siente horriblemente culpable. Ha inventado haber estado donde la bruja. Ahora comprende todo lo feo que es mentirle a su madre y lo que más le duele es haberlo hecho con tanta naturalidad. Le ha quitado la vista, es cierto, en la mesa, cuando ella la miraba comer. Pero sin tener el menor remordimiento. En cuanto a lo de haberse besado con Pingo, ni puede arrepentirse, ni se arrepentirá nunca. No ve qué mal hay en eso. Lo malo es desobedecer y ha desobedecido, ya que su madre le dijo, cuando permitió el compromiso con Pingo, que no quería se besaran, fuera del acostumbrado beso en la mañana y la tarde, como a la madre y al abuelo al dar los buenos días y las buenas noches. Tampoco le impedía lo hiciera, como sucede entre hermanos, y había sucedido entre ellos desde chicos, en los casos corrientes en que lo hacen las personas de una misma familia. Y nada decía si la veía colgarse del cuello de Pingo para agradecerle un regalo; o porque estaba contenta, sencillamente, y después de manifestar su alegría besando al abuelo o a su madre, si también besaba a Pingo.

Pero, sin duda, ayer se había sobrepasado. Rosita no ignoraba que su madre comprendía que algo se besarían en sus paseos, pero si hacía «la vista gorda», razón de más para no abusar. En fin, no veía ahora escapatoria posible, ni cómo disculparse y lo confesaría todo. Y comenzó el interrogatorio como podría hacerlo el señor cura. Mientras más decía la verdad, más parecía su madre entrar en sospechas de que disimulaba algo. Preguntaba de modo raro, hallaba Rosita, exigiendo que explicara de qué manera se habían

besado.

—¿De qué manera? Como se besa, pues —contestó desconcertada.

—¡Y han estado tres o cuatro horas en besos, vamos!

—Todo ha pasado tal como se lo digo, se lo juro.

—¿No conversaban? Te diría palabras de cariño, en fin…

Rosalba no podía convencerse de que solo se hubieran besado, castamente, sin hablar, siquiera. Que se miraban y se besaban, eso no más —porfiaba Rosita—, apenas habían dicho tres o cuatro frases, después, de regreso. Entonces, como notaba ciertas reticencias, Rosalba quiso obligarla a repetir esas frases. Rosita no se decidía a contar que Pingo se había embriagado y que ella lo había regañado y eran estas las frases que se negaba a decir. La situación se volvía intolerable: Rosita se negaba absolutamente a hablar ni una palabra más, asegurando que su madre podía tener fe en ella, que había confesado todo lo que pudiera interesarla; y Rosalba entraba más y más en sospechas de que en ese momento del regreso había sucedido lo importante, lo único, por lo tanto, que callaba su hija. Se daba cuenta de lo inútil que sería conseguir nada más con ella, y prefirió no insistir, resuelta ahora a interrogar al mismo Pingo. Lo haría con sigilo, sin que se enterase tampoco su padre, al que le causaría mucho disgusto todo esto, y más aún verle cara larga a Rosita.

—Serénate —le dijo entonces a su hija, con el fin de tranquilizarla y disimularle sus intenciones—, me doy por satisfecha con lo que contaste. Y que no se comente el asunto ni con el abuelo ni con Pingo; no tiene mayor importancia.

Podía volver a sus quehaceres —le decía— como si nada hubiera pasado.

Rosita se alegró del giro inesperado que le daba su madre a una cuestión que amenazaba tornarse en violento disgusto: no tenía mayor importancia, eso era lo cierto, y por fin convenía en ello. Su conciencia se aligeraba del peso desagradable que la oprimía anoche, amargándole el recuerdo de aquella tarde inolvidable. Sin embargo, persistía, para entristecerla, la actitud de Pingo con su extraña negativa de besarla y sus enigmáticos propósitos. No le contaría la conversación con su madre, pero era absolutamente necesario aclarar pronto sus verdaderas intenciones, ya que no pudo

hacerlo ayer mismo, dado el estado en que se encontraba y que tal vez era la única causa de su antojadiza conducta.

Cavilosa, había quedado de pie junto a su canasta, al decirle su madre que volviera a sus quehaceres; y la oía trajinar, en cambio, como si en efecto hubiera dado por terminado el incidente. ¿Qué diría ella si volviera y la encontrase ahí todavía? ¡Qué pocas ganas tenía de continuar en sus tareas! Estaba ansiosa de ver regresar a Pingo, de salir a su encuentro. Habría que esperar hasta la noche, quizás, antes de conseguir hablarle. Tomó con desgano la canasta y se metió a la cocina.

El cielo ha permanecido gris, espeso, cubriendo el mundo con su tapa algodonada —un poco más oscura que en el día— y ni deja transparentarse la luna. Ha desaparecido la montaña que levantaba anoche su cumbre blanca, como un altar esperando la consagración de la hostia. No canta el mar; agoniza en opacos estertores de oscuras aguas. No soplan frescas brisas, sino el hálito húmedo y lento del viento moribundo. Ni un pitazo estridente para romper el sopor de tristeza que envuelve la costa. Solo se oye el graznido de la «Voladora» que cruza el espacio trayendo su fúnebre mensaje.

El «Duam»[21] es para ella. Lo ha presentido toda la tarde en el tedio de agonía que manchaba el rostro hermoso y triste de Pingo. Él le sonreía en la mesa, adivinando su inquietud. Después salió sin mirarla hacia la noche. ¡Qué importan las iras de su madre! Ha de ir en busca de Pingo y tomarse de su brazo y besarle su buena mano y preguntarle qué pasa. Hay un gesto implacable en la amenaza gris circundante, y dan ganas de llorar sin saber aún por qué. Algo está matándole en el pecho que sangra involuntarias lágrimas. ¡Oh Pingo; oh amor! ¿Por qué?… Esa sombra tiene sus movimientos. Lo tapa la noche, pero el corazón conoce a oscuras.

—¡Pingo!

—¿Por qué viniste?

Habla desde el agua, su barca flota removida entre nieblas y misterios.

—¿Ves? Mi barca está concluida, quiero probarla.

Su voz, y sombras: parece su propio fantasma. Se cuela el frío hasta el alma.

—Rosa, quiero decírtelo ahora. Mi amor está hecho de un fuego

que arde sin leñas, sin consumirse nunca.

En la barca desplaza un bulto, y luego su bongo que ha embarcado.

—¡Pingo, esos bultos!

—No puede ser desobedecido un llamado. No quise abrazarte para no estorbar el destino, no hubiera podido arrancarme de tu beso.

Hasta la voz está perdiéndose, llevando sus palabras.

No puede ser real. Es una pesadilla. Una mala visión que levantan esta bruma y la tristeza gris. La oprime con garras el «Anchi», el «Anchi» del mar.

# Segunda Parte



# 7

Aquella noche de la partida de Pingo, había bajado Rosalba en busca de su hija; y en la caleta, al término del astillero, la había encontrado desmoronada sobre la arena húmeda, inerte, al parecer sin vida. Después de transportarla, con la ayuda de su padre, lograron, por fin, a fuerza de fricciones, reanimarla. Toda la noche había sido, enseguida, de fiebres y delirios que levantaban su cuerpo como el mar trabajado de tempestad. Hubo que llamar médico a Castro, y durante más de un mes fiebre y delirio parecían llevarla al seguro naufragio de la muerte. Hasta que amaneció mejor, una mañana, y preguntando por Pingo recordó su partida; se puso a llorar desconsoladamente, entonces, al medir lo que le significaba la ausencia de Pingo, sin saber sus exactos proyectos, o si no los tenía; y el peligro de aventuras al azar, con el carácter de Pingo, era de más riesgos que para cualquier otro muchacho. Había aceptado la idea de que algún día saliera en busca de mejor trabajo, pero nunca imaginaba que esto se efectuaría sin aviso y sin rumbo, aunque así lo hacían a menudo los más esforzados mozos de la Isla. Y siempre veía en un porvenir lejano aquel proyecto de irse. El golpe había sido demasiado rudo, y por demás cruel al dárselo el destino justo en los momentos en que su noviazgo se sellaba tácitamente con los primeros besos de amor, los que prometían continuar, como una cadena, ese otro beso, el primero entre los que contaban como besos de novios, cuando Pingo, bajo el muermo florecido, la había apretado estrechamente contra su pecho. Todo parecía un sueño ahora, y lo único real era esta pesadilla de la ausencia que se continuaría quizás hasta toda la vida. Hubiera deseado morir, y sentía haber vuelto a la salud y a la conciencia.

Mientras convalecía, el abuelo y su madre estaban pendientes de ella como de una criatura; le habían comprado una cabrita para que bebiera su leche, y para lograr que pusiera atención y gusto en las lecturas habían encargado la compra de varios libros al capitán de

un vapor que iba a Puerto Montt y conocía al abuelo: creían que se distraía, porque ya se sabía de memoria los cuentos y relatos de las cotidianas veladas; pero cuando llegaron los libros nuevos fue peor, no parecía sentir el menor interés por aventuras o historias que no le recordaban las veladas de antes, y pidió lo de siempre, los romances y relatos que habían sido escuchados por Pingo y que él mismo a menudo recitaba o leía reemplazando al abuelo. Comprendía ahora el amor de Pingo por la soledad, porque a todo prefería su propia compañía poblada de recuerdos. En cuanto pudo salir, nada le agradaba más que caminar sola por la ribera o por el bosque, imaginándose que iba a la zaga de Pingo, que luego lo alcanzaría; entonces podía hallar un poco de felicidad y tomar gusto en el espectáculo de los árboles, del mar, de las puestas de sol, de todo lo que le había hecho apreciar y admirar al ausente. La enfermedad había afinado en ella el poder de imaginar y también la sensibilidad de la memoria que le permitía evocar continuamente su infancia y su adolescencia vividas con Pingo, de manera que se sentía rodeada por su persona fantasmal, como si lo estuviera oyendo y viendo de cuerpo presente. Esa verdad que dos veces había divisado cual luz que se enciende y, fugaz, se apaga, ardía ahora con la continuidad de una lamparilla que vela la noche revelando que siguen existiendo las cosas y no son aniquiladas por las sombras: como lo había dicho el abuelo, llevamos en nosotros a los seres que amamos. Ya estaba segura del amor de Pingo, del que había dudado, porque no la mirara o estuviera con ella: Pingo la miraba en sí mismo. Pingo la llevaba consigo. A la distancia debía hacerlo igualmente, y el tiempo de ausencia no los separaba. Ya le parecía verlo llegar efectivamente, tal como imaginaba que llegaría cualquier tarde, cualquier noche, y cada día sus pasos la llevaban hasta la caleta y lo esperaba, horas, a veces. Su vista se había acostumbrado a sondear las lejanías y divisaba los vapores, los veleros, las mismas barcas, desde enormes distancias. Ella que era práctica y activa se había vuelto soñadora. Cumplía, sin embargo, con sus tareas y deberes, como antes, ayudando a Rosalba en las labores domésticas, y aún hilaba y reemplazaba a menudo a su madre en el manejo del pequeño telar; pero al desempeñar estas actividades, lo hacía un poco a la manera de esas sonámbulas, tan diestras o más que la gente despierta, pero que solo están presentes

con su cuerpo que camina y se mueve sin que se inquiete el espíritu. Aunque en el tejido de choapinos ponía paciente atención no solo porque era novedad para ella, sino porque le interesaba buscar combinaciones de dibujos y colores; y cuando uno de estos trabajos le había resultado a su gusto, sentía una alegre satisfacción y lo mostraba con orgullo al mismo «El Chucao», que le contaba a su novia, y a veces venía la Juana a pedirle que le permitiera copiar uno de estos «inventos». Llegaba entonces esta a la hora en que «El Chucao» terminaba de trabajar en el astillero, y después de ver el choapino y conversar unos segundos con Rosita, se iban los dos del brazo. Rosita se asomaba a la ventanita mirándolos alejarse, y pensaba en los tiempos en que ella y Pingo formaban como ellos una pareja, es decir, una especie de ser completo al que ahora, un mal brujo o un invisible poder, el destino había separado en dos partes, dejándola como un alma en pena en el mundo desolado donde busca, a tientas, el reino perdido que no halla. En estos casos ya no sabía encontrar en sí misma la imagen que siempre la acompañaba; se le escurrían sus visiones de Pingo, y se desesperaba de no verlo ahí tangible, de no oír su carcajada franca, su silbido, de no sentir sorpresivamente unas manos, taparle la vista y oír la voz desfigurada que preguntaba: «¿Quién es?», como cuando llegaba inesperadamente y silencioso y con este juego revelaba su presencia. Recordaba que, al tomarle las manos, separándolas de sus ojos, las llevaba ella a su boca y les daba un beso suave a cada una. Una vez se había llevado un chasco: el duro roce de las manos en sus labios le había hecho levantar los ojos y se había encontrado con el abuelo; Pingo se reía, desde un rincón, y ella, sin desconcertarse, había continuado besando las manos del abuelo, como si le agradara más el cambio y lo agradeciera. ¡Oh las buenas manos de Pingo, un poco grandes, como si hubiesen alcanzado su completo desarrollo antes que el cuerpo! Hábiles para tallar, firmes si tomaban los remos, pero torpes para levantar algún objeto, y que a su madre y a ella las obligaba a estar atentas a impedir que quebraran un plato o una copa. ¡Pingo querido, que rompía un florero con la misma inconciencia que perdía pañuelos! Debía, ahora, estar haciendo tiras alguna camisa vieja para reemplazarlos o, si ganaba dinero, compraría demasiados y cualquier compañero se surtiría, dejándolo nuevamente desprovisto.

¿Adonde estaría? La eterna pregunta, desde que había partido, hallaba cinco o seis suposiciones de respuesta, aquellas que el abuelo indicaba como posibles. Era más propio de Pingo, sin embargo, querer navegar y alcanzar hasta lejanas tierras, de manera que tal vez hubiera vendido su lancha y obtenido embarcarse en uno de los grandes vapores que cruzan por el sur de Magallanes, o en los que van al norte, por Valparaíso, y viajan en todas las costas del Atlántico o del Pacífico; y así podía haber alcanzado hasta California, como el abuelo, o a otras tierras aún más distantes, a Holanda, a países en donde todos los hombres tienen ojos claros y pelo color de lino, y celebran la Navidad en invierno, rodeadas sus casas de bosques de pinos cubiertos de nieve y que parecen los árboles pascueros con que celebra afuera su fiesta la misma naturaleza. Pingo había soñado muchas veces con estas Navidades de invierno descritas en unos cuentos noruegos encontrados entre otros libros viejos en una papelería de Castro. ¿Pero podía haberse alejado tanto Pingo? ¿No era preferible pensar que hubiese ido tan solo con su propia barca a la caza de lobos para volver pronto y venderlos aquí en Chonchi mismo? Mas habría vuelto ya; hacía casi año y medio que se había ido. Si estuviera en Argentina, seguramente habría escrito, como otros que mandan noticias desde alguna hacienda de la Patagonia o desde Rivadavia. No, Pingo no debía haberse alistado entre los «braceros» que van a las grandes estancias en las pampas o con los trabajadores del petróleo; prefería los riesgos del mar, la caza de la ballena, la pesca, el embarque de mercadería o carbón que podía efectuar con su espaciosa lancha. O no se le ocurría, sencillamente, escribir, pensando que acababa de partir y que pronto volvería: nunca sabía en qué tiempo y en qué hora estaba viviendo; solía medir el año por las estaciones y el día por la luz del sol, de manera que en esta tierra de nublados y lluvias confundía a veces la tarde y la mañana, y ni la hora del almuerzo servía para orientarlo cuando no trabajaba en el astillero y que se iba, muy de madrugada, con solo unos sandwiches en el bolsillo, que se comería quién sabe en qué momento en el bosque o en el mar, después de dar hachazos o esperar que «pique» el pez. Quizás no estuviese demasiado lejos y se habría conchabado en la ballenera de Guafo, o bien, estaba lavando oro en Cucao. El tesoro que le tentaba encontrar, así se encontraba: buscando bochitas amarillas

en el agua. De todas las suposiciones, esta le parecía a Rosita la más ajustada a la razón. ¡Pero, ay!, si se le hubiera dado al «loco Pingo» por los proyectos fabulosos en los que gente más cuerda se había chasqueado: Rosita no creía mucho en lo de «César». Contaban que misioneros franciscanos, en el siglo pasado, habían hecho varias expediciones al sur de las Guaitecas, con el propósito de descubrir la famosa ciudad, y después, el Padre Méndez, y no hacía muchos años, toda una expedición partía desde el Archipiélago, auspiciada por las personas más conocidas. Y esto, a pesar de que se sabe que «César» es una ciudad encantada, y que ningún viajero puede descubrirla, «aun cuando la ande pisando», como aseguran: está envuelta en una niebla espesa que la oculta, y sus ríos refluyen para impedir la entrada de las embarcaciones; solo al fin del mundo se dejará ver para mostrarles a los que dudaron de que existe realmente. De niño, y aún después, Pingo se desvivía en el ansioso deseo de llegar hasta la inalcanzable «César» y se refería a la ciudad describiéndola como si la hubiera visto. Lo que de ella se contaba cobraba en su boca un aspecto de realidad y creían ver todos aquel pavimento de oro macizo, y la cruz del mismo metal señalando la iglesia, y la enorme campana bajo la cual podrían caber «dos mesas de zapatería con todos sus útiles y herramientas», y cuyo tañido se oirá por el mundo entero cuando llegue a tocar moviendo su gigantesco badajo. De todos modos, cualquier rumbo que hubiera seguido Pingo era interesante figurárselo en sus andanzas y luchas, aunque casi más bien padecía Rosita ante la perspectiva de los peligros que amenazan al viajero, ya en la navegación misma que los expone a los naufragios, ya en las tierras extrañas adonde llegan y en las que acechan enfermedades traicioneras y mordeduras de venenosos animales, sin contar el ataque de las bestias feroces. Consultaba entonces un mapa y una geografía guardados desde el tiempo del colegio en Ancud, donde había cursado hasta segundo año de humanidades. Y no había seguido más adelante por no estar separada de su casa, de Pingo, que prefería los trabajos en el bosque y en el mar al estudio en salas cerradas. Pero el abuelo se había portado firme hasta que hubieron terminado ese segundo año que les exigía; y había hecho, para proporcionarles esta instrucción, sacrificios de dinero que los niños habían pagado con el buen aprovechamiento de las lecciones recibidas. Durante esos dos años

en Ancud, vivieron en casa de la madrina de Rosita, cuñada del abuelo, cuyo marido tenía un pequeño molino y una casita bastante confortable con su respectivo huerto; gozaban de cierto bienestar y los niños habían conservado mejor recuerdo de esta estada en el puerto. Cuando llegaban vapores de Valparaíso y bajaban los marinos que iban en viaje de instrucción a Magallanes y los canales, entonces Pingo se entusiasmaba y decía que tal vez seguiría estudiando si lo enviaran a Valparaíso de cadete, pero ya no era posible afrontar tantos gastos y con dolor había renunciado el abuelo a este posible brillante porvenir de Pingo; sin embargo, se conformaba al comprender que su chico prefería a todo esta vida de aquí, y hubiera sufrido de una disciplina a la que difícilmente se ajustaría su naturaleza. Además, eso era para personas de una condición superior a la de ellos y no sería conveniente el dar saltos que a veces repercuten desfavorablemente, creando situaciones falsas entre el muchacho que surgió y su familia y amistades: ya le parecía bastante que sus nietos supieran tanta cosa aprendida en las clases del colegio. Ahora se entretenía Rosita en las noches enseñándole al abuelo a mirar en los mapas, porque le servía de pretexto para conversar sobre Pingo y las posibles rutas que estuviera siguiendo. El abuelo había aprovechado para conocer, puerto por puerto, la línea de los vapores del Pacífico hasta California, y se encantaba recordando las etapas de su viaje, a la vuelta de la aventura de muchacho, cuando se había metido de «pavo» en el «Orduña»: en medio de planchas de cobre y salitre, después de Antofagasta e Iquique, poco espacio le quedaba para moverse; uno de los marineros, chilote de Carelmapu, se había encargado de traerle comida, y a veces en la noche lo hacía salir un instante a cubierta. Al volver a oír el conocido relato se imaginaba Rosita que pudiera hallarse Pingo en trance parecido y no se cansaba de preguntar detalles.

Cosas que antes no se le había ocurrido averiguar, las indagaba ahora; quería saber, por ejemplo, si había ratones en la cala, y al contestarle el abuelo que, «por supuesto, y grandes, unos pericotes del tamaño de un gato», se le helaba la sangre al recordar la repulsión que le inspiraban a Pingo, quien pudiera tener que soportar aquella desagradable compañía; entonces prefería imaginar lo de la venta de la lancha, con cuyo producto habría conseguido el

pasaje. De pronto, una idea la atormentaba: Pingo era muy capaz de dar la vuelta al mundo en su propia lancha, como contaban de un viajero de los Estados Unidos, u otra parte —ya no recordaba—, que en un simple barquito de vela había afrontado el peligro de los océanos dando la vuelta al mundo. Cuando habían traído la noticia, desde Argentina, unos isleños que habían visto allá la pequeña embarcación con su dueño, Pingo había dicho que le gustaría repetir la hazaña, que no le parecía cosa tan difícil, que cualquier chilote la haría, si, en vez de llevarse de Ancud o Castro a Puerto Montt o a Magallanes —donde se corrían peligros tal vez mayores que en pleno mar—, continuaran por una sola línea. ¡Dios mío, si se le habría ocurrido esto a Pingo! Cada vez que lo suponía, estallaba en llanto, diciendo que sería el naufragio seguro, que dos veces no acompaña la suerte. El abuelo trataba de calmarla recordándole que Pingo había salido en busca de trabajo para juntar el dinero que necesitaban para casarse, y no se iba a meter en aventuras que son buenas para gente desocupada. No siempre la tranquilizaba aquel argumento, conocía demasiado el carácter fantástico de Pingo, que se distraía por los más fútiles motivos, el vuelo de un pájaro, el movimiento de una hoja, el color un poco extraño de una yerba, la forma cambiante de una nube: cómo concederle la constancia que se necesitaba para hacer fortuna, aún aguijoneado por el amor y la ausencia que debían hablarle de esfuerzo perseverante. Si, por fin, en los días de mejor ánimo, aceptaba que estuviera trabajando en condiciones más o menos normales, de todas maneras se preocupaba con inquietudes menores: su salud, pensaba, podía quebrantarse por la influencia de un clima distinto: la soledad acabaría por desanimarlo y quizás probara adormecer su tedio con la bebida, ¿no había intentado ya embriagarse aquel día de la frustrada visita a la bruja? Sabe Dios que bien había comprendido desde entonces Rosita el cruel propósito que formara él en esos momentos y que lo había impulsado a buscar un instante de ebriedad para aturdirse; pero precisamente el hecho de haber probado este medio de desechar lo que molesta, olvidándolo, o bien, de envalentonarse buscando con fuerzas ficticias el afronte de una situación, hacía muy posible que se repitiera la tentación de ensayarlo nuevamente. Además, ¡qué amarrado debía encontrarse ante las menudencias del cotidiano vivir! Aquí, había que estar

diciéndoselo todo: «Pingo, abrígate, hace frío»; «llévate los sandwiches para tu almuerzo»; y mil cosas por el estilo: si no hubiera tenido una especie de horror a la suciedad, seguramente habría sido capaz de olvidar de lavarse; pero en esto era casi mañoso, y así también para su ropa que ensuciaba y rompía en sus correrías por el bosque o los campos, en cuyos potreros de «gualputra» le encantaba tenderse, o revolcarse, también, como los caballos nuevos. Era un vacío más en la existencia diaria esta falta de lavar, aplanchar y remendar la ropa de Pingo. Las horas, por todo y en todo lo que recordaba a Pingo, se hacían tediosas, como si se estiraran flojos los minutos, y parecía bañado en un color distinto el tiempo, pues esta atmósfera gris de una ausencia prolongada indefinidamente, no guardaba la menor semejanza con aquellas cristalinas de las pequeñas ausencias, durante las cuales, aunque no estaba en la casa Pingo, se sabía que para el almuerzo o en la tarde, si trabajaba lejos, volvería; los quehaceres eran más o menos los mismos: barrer, limpiar, poner la mesa, regar las plantitas del balcón, las costuras, el lavado; sin embargo, el efectuar todas esas tareas, iguales en su desempeño, ahora como antes, producía en Rosita impresiones tan distintas que la hacían pensar y cavilar preguntándose si se trataba realmente de lo mismo. Entonces solo hallaba para explicarse esa divergencia en su sentir la observación que le hiciera un día Pingo al referirse al paisaje: «¿Ves?, le había dicho, estamos en el mismo suelo de la Isla, con bosque y playa, y montañas al frente, y hay cielo y mar, pero hoy ha muerto ahogado en la niebla el paisaje de ayer, luminoso de sol». Y luego había agregado: «No hay dos días que se parezcan, porque no hay dos luces iguales: es el tono de luz que hace existir las cosas y hay días muertos, porque de ellos se ha ido la luz».

Eso era; la labor diaria tenía color distinto, en los mismos actos, ahora que antes, porque hacía falta aquella presencia de Pingo: sol de su vida. Ella no sabía aún acomodarse a la tristeza y encontrar, como él, que la niebla, la lluvia, la desolación, tenían también su especial encanto: el de esa alegría severa que es la tristeza —decía con su manera rara de apreciar— y pretendía que un velorio le procuraba esa especie de alegría, diferente de la que le daba una boda, porque en la cara sombría de la muerte y de las penas le parecía divisar el existir oculto de cosas desconocidas que le

agitaban con extraña emoción el alma; y de ahí nacía «eso» que no sabía llamar, sino «severa alegría», al recordar la explicación de la palabra «severo» que le había dado el profesor de castellano un día que, dictando un párrafo sobre la descripción de una iglesia en la que aparecía una frase con esa palabra refiriéndose al «estilo sobrio y severo» de la fachada, le había preguntado Pingo qué significaba; porque solo de las personas había oído decir que eran «severas» —a la «Señorita», la «Cara de pan de minga», la había llamado «demasiado severa» el abuelo, y se le había quedado la palabra, y más con su nuevo significado. Ese mismo profesor —le había contado Pingo— tenía la mejor voluntad para contestar a las mil preguntas que le hacía y «no me encuentra tonto, como el de aritmética —decía—, quisiera que siga estudiando». Aquel profesor no se conformaba con que Pingo prefiriera volver a su casa, al bosque y al mar, que continuar estudiando. Para animar al abuelo a dejárselo, le insistía sobre «el instinto poético que manifestaba el niño y su sentido de la lengua», palabras que los habían halagado a todos, aunque no entendían bien que es lo que quería decir con esto el amable maestro. Sin embargo, más había aprendido Rosita de Pingo desde que estaba ausente, que cuando lo miraba vivir a su lado, y hasta esta alegría de la tristeza, la estaba comenzando a entender, así como había aprendido a soñar que él no había partido y ya volvería del bosque, o a buscarlo en sí misma por la evocación de los recuerdos o la imaginación de sus actuales andanzas a lo lejos. Pero nada de esto sucedía de una manera constante, y había los días, las horas, las noches, los instantes en que se conformaba, porque «sentía en sí misma», viviéndola, aquella verdad de que llevamos en nosotros a los que amamos; y había los otros días, noches, horas, o momentos, en que se apagaba la luz de la revelación, y venía la desesperada angustia, el inconsolable llanto, el desconsuelo de una soledad tan espantosa como la muerte.

# 8

Una tarde, aprovechando que no llovía, había ido Rosita con sus costuras a las rocas de la Caleta. Ahora lo hacía así, cuando el tiempo se lo permitía, e instalada frente a las olas cosía o tejía encajes de miriñaque. Brisas tibias anunciaban la primavera y removían en su corazón los recuerdos que creía adormecidos este último invierno, porque había sentido mitigada su pena, o por lo menos cierta resignación ante la ausencia de Pingo, que ya se prolongaba más de lo que nunca hubiera supuesto. ¡Y sin que una carta, una noticia dada por los que regresaban de afuera viniera a informarla sobre él! Cuando pensaba que la causa de tal silencio pudiera significar que Pingo había muerto, y posiblemente desde los primeros días de su partida, sentía como si, cumplido lo irremediable, ya no tenía motivos para seguir ella existiendo: su vida consistía en la espera de Pingo, y si nunca había de llegar, esta vana espera se convertía en el gesto inútil, vacío, de alguien que pretendiese remar en el aire. Entonces salía hacia la iglesia, y llorando le rogaba a la Virgen que se compadeciera y no la dejara en esta tierra si Pingo había muerto. Le pedía que la iluminara y con algún milagro le revelara si debía seguir con la esperanza de volver a verse aquí con Pingo, o si solo la muerte había de reunirlos. Pero ningún signo anunciaba nada; la Virgen parecía querer ponerla a prueba con sufrimientos que la hicieran merecedora de aquella mejor vida prometida, de la que ya gozaba tal vez Pingo, porque en verdad siempre le había parecido ser uno de esos privilegiados en los que Dios ha puesto la vista. Sin embargo, no faltan personas para insinuar que pudiera haberse quedado en alguna parte, en enredos con mujeres, que esto les sucede siempre a los mozos muy serios, ignorantes de las tentaciones de la vida. Rechaza indignada esta malévola suposición; pero, sin quererlo, a veces la muerden los celos, y en esos breves instantes de martirio llega a repudiar a Pingo, al imaginar que sea

posible. Después, se odia a sí misma por haberse atrevido a dudar de quien le ha dado pruebas de un amor que no es comparable a ninguno, que los une, sin duda, desde la cuna como a mellizos del corazón: Pingo es ella, y ella es Pingo, y por eso duele tanto esta ausencia, y a un mismo tiempo puede ser soportada. Ahora comprende que su resignación no es sino una especie de espera más paciente. Su pena no está mitigada: arde más silenciosa, como brasas que cubre la ceniza desprendida de ellas mismas, resguardándolas. Algo nuevo está aprendiendo todavía de Pingo: como le sucedía a él, no sabe ahora darse cuenta del transcurso del tiempo. Es esta la quinta primavera que florece desde que partió Pingo. ¡Quién lo creyera! La espera ha sido como un rezo continuado, y se desgranaron, uno a uno, los días, como cuentas iguales que los dedos pasan, sin sentir, hasta que termina el rosario. ¡Solo cinco rosarios se le ocurren estos años pasados! Oye, en este momento, el martilleo de siempre, a su espalda: el abuelo y «El Chucao» están construyendo otro bote, y ya lo pintarán, se echará al mar a probarlo, vendrá algún pescador que lo compre; y nuevos troncos serán cortados en la montaña de Tarahuín, o se traerán los tablones directamente del aserradero donde solía trabajar Pingo, y comenzará a tomar forma la nueva lancha a la que seguirá otra, y otra, como si fueran días de madera que pretendieran hacer visibles los otros: pero siendo iguales, también, pasan y pasan dando la impresión de que siempre es el mismo día o la misma lancha. Sin embargo, esto es aquí, donde nada sucede y solo existen recuerdos: más allá, cerca del pueblo, dos niños han nacido ya en el hogar que formó con la Juana «El Chucao». A su eterno «¡Manamanamay, cuatro chilotes!» entremezcla a veces un canto de cuna. Acaba de comenzar a cantarlo y viene la melodía disuelta suavemente en estas brisas primaverales que han removido las emociones en rescoldo. También ha aprendido en este nuevo silbido a repetir, mentalmente, las palabras que no dice «El Chucao»: «Duérmete, Cuicito [22]; duérmete, mi amor». Dos pequeñuelos, dos «Cuicitos», tenía la Juana. ¡Cómo se habría aligerado la espera si, en vez de ser la novia, hubiera sido la esposa de Pingo y la hubiera dejado con un hijo suyo, que se le pareciera, que pudiera arrullar, cantándole como lo hacía la Juana con sus niños, mientras «El Chucao» cumplía su trabajo en el astillero! Ahora era socio del abuelo, y les iba tan

bien, que a menudo pensaban en la inútil partida de Pingo, que se habría ganado la vida con más seguridad y menos riesgos que en las tierras extranjeras. ¡Ah, cómo haber adivinado que iba a instalarse ahí cerca una sociedad pesquera que se surtía de lanchones y botes en el pequeño astillero! Hacía falta Pingo también para el trabajo. Había tenido que buscar tres muchachos que ayudaban a manejar serrucho, martillos y pinceles. Todo este progreso se había efectuado poco a poco y Rosita, al acostumbrarse a la mayor agitación que reinaba en el pequeño astillero, no había notado que aquí también cambiaba la vida no solo por el aumento del trabajo que traía la presencia de tres muchachos y convertía la playita en un verdadero arsenal que lucía sobre las arenas toda clase de piezas: bancadas, palmerajes, timones, quillas, remos, chumaceras; venían, además, los compradores de barcas a ver lo que había en plaza o a mandar construir al gusto propio. Era muy raro que hubiera alguna disponible, pues generalmente la que se estaba terminando ya estaba vendida. Un pequeño desembarcadero, muy primitivo, construido con unas cuantas estacas de «luma» facilitaba el acceso de las embarcaciones. Las rocas donde acostumbraba a sentarse Rosita quedaban más distantes y formaban un recodo que la aislaba completamente, permitiéndole la vista al mar. No sabía del astillero, sino por el ruido que hasta allí llegaba. Entre puntada y puntada, este canto a un «Cuicito», que a menudo le oye ahora a «El Chucao», la conmueve por primera vez. No se explica por qué nunca había pensado antes sino en Pingo solo, sin imaginar o desear un hijo suyo. Tal vez llenaba tan completamente su corazón, que no había lugar para ese posible rival. No había deseado la maternidad, no se le había ocurrido, siquiera, pensar en ella, cuando imaginaba una vida de esposa al lado de Pingo. Y, de pronto, el malestar de esta extraña ausencia se sumaba al de la ausencia de Pingo, o más bien parecía sustituirse al de ella. Añoraba al niño, y sentía los martillazos de «El Chucao», que seguía cantando con las palabras, como si se las golpeara en el mismo corazón. Se preguntaba con supersticiosa angustia si este desconocido sentimiento no significaría que ya le importaba menos Pingo. Pero luego pensó que, por el contrario, un niño se le aparecía como un inapreciable regalo, sangre y carne de sí misma, que le hubiese podido entregar Pingo como una prenda de su amor para consuelo y paciencia en la

espera. Sabía ahora, por la Juana, que hay besos peligrosos de los cuales nacen los niños, y solo en este momento, al pensar con nostalgia en un hijo, venía a caer en la cuenta de que la víspera de su partida, cuando pasaron la tarde en la ribera del lago, sobre la alfombra de quilas, besándose durante varias horas. Pingo se había detenido al borde de sus labios resistiendo la tentación de ese beso misterioso que no le había dado. No sabía si debía agradecerle, o maldecirlo por haberla defraudado. No se daba cuenta, en su vehemencia nostálgica, de su pecaminosa manera de pensar al creerse defraudada, porque su novio la había respetado: no veía sino su amor menoscabado y el hijo perdido. De pronto, las campanadas del Angelus repitiéndose de una a otra iglesia, la llamaron a la realidad. Al hacer la señal de la cruz y pensar en la oración, se le presentó nítidamente la obligación de confesárselo todo al señor cura. ¿Qué le diría? Se sentía casi tan culpable como si hubiese cometido de hecho un acto que solo el sacramento del matrimonio consagra. Tampoco había pensado antes en los hijos como fin preciso del matrimonio: el matrimonio le presentaba la feliz imagen de una vida entera al lado de Pingo, de una contemplación constante de su adorada persona: y así vagamente concebida esta imagen, ni siquiera se había detenido a pensar, entonces, en ciertas intimidades del trato de los esposos, de las que, por otra parte, estaba bien poco enterada, y muy poco más ahora.

Se estaba retirando el sol. Rosita dobló su costura y la puso en el cestito de totora, un llole[23] que había forrado de género y le servía de costurero; prendió con cuidado en la misma camisa doblada la aguja, metió el dedal en una cajita, junto a los hilos, y cruzando los brazos se puso a mirar la reverberación de los rayos ponientes, sobre las cordilleras que enmarcaban el mar. La luminosidad iba absorbiéndose en la atmósfera crepuscular, y la montaña se transformaba en una masa azulosa recortada por el dibujo de la nieve. Un aura de rosada luz permanecía como un recuerdo tiñendo los celajes, presagio de buen tiempo. El mar movía sus sedas tornasoladas. Y en la mezcla flexible del gris y rosa, de pronto un punto oscuro que se desplazaba fue dejando su estela en dirección a la playa. Era una lancha, y cada tarde alguna pasaba por ahí o se detenía y atracaba al muellecito. Pero esta venía directamente a encallar en la arena al pie de las rocas. El remero,

hombre fornido, vestía un overol azul marino. Se había arremangado las piernas del pantalón y saltaba al agua para arrastrar su barquito. ¡Era Antonio! Antonio, el de Lemuy, de las coplas contra Pingo, desaparecido desde aquella vez en que recibiera una buena lección de los puños de su rival. De él se había sabido que trabajaba como bracero en Argentina, y nada más durante estos cinco años pasados. Bien le había parecido a Rosita reconocer aquellos ojos del que venía remando y mirándola como una meta de la que no apartaba su vista aguda de cóndor. Estaba trémula y no se atrevía a bajar y volverse a casa. La habría seguido de todas maneras, porque se notaba que quería hablarle. Ya estaba al pie de la roca y la saludaba.

—Señorita Rosa, gusto en verla.

Una valentía se le infiltraba en las venas al recuerdo de Pingo y contestó con entereza, casi duramente:

—No puedo decir lo mismo. ¿Qué se le ofrece?

—Vaya la manera de recibir a un viajero amigo que viene a saludarla. Quería hablar con su abuelito para la construcción de una lancha y tal vez de varias. Era natural saludarla al pasar.

Explicó, entonces, que había traído buenos pesos desde Argentina y se iba a dedicar a la caza de «chungungos» [24] y de lobos marinos, para lo cual se necesita un buen lanchón.

—Debió bajarse en el muellecito —contestó solamente Rosita— y no es seguro que mi abuelo le reciba el trabajo. No es lo que falta ahora, y pueden elegirse los clientes.

Lo decía con un desprecio en el labio, y pensando, efectivamente, que al abuelo no le agradaría entrar en tratos con el que había insultado a su Pingo. Sin embargo, había pasado bastante tiempo desde aquellos disgustos, y, además, Pingo había sabido entrárselos a puñetes en la garganta. Por otra parte, «El Chucao», siendo socio en el astillero y amigo de Antonio, seguramente lo favorecería interviniendo para que se aceptase la construcción de la lancha.

—Vea usted mismo —dijo—, deben estar ahí, todavía, guardando las herramientas.

Antonio se dirigió hacia el astillero, callado, sin volver la vista. Ella observaba su andar un poco pesado, tan diferente del ágil caminar de Pingo; había engrosado, pero no por engorde, sino que

todos sus músculos parecían haberse desarrollado en las duras faenas argentinas. Sus manos color cochayuyo debían estar ásperas y callosas en las palmas. Este hombre la había pretendido y tal vez la pretendía todavía. Un calofrío de asco la recorrió de la nuca a los pies. Sin embargo, Antonio era un buen mozo, muy buscado por las mujeres; y ahora estaba quizás mejor, con un aire de seriedad que no tenía entonces. Pero lo odiaba, lo odiaba aunque eso fuera pecado. Ya se confesaría de todo por junto. Era curioso que solo ahora se le despertase este odio, cuando debió sentirlo en el tiempo de las coplas contra Pingo, y porque la pretendía, no queriéndolo ella. Venía la oscuridad y tomó su llole, encaminándose a la casa. No había nadie al pasar por el astillero. Faltaba que lo hubiera hecho pasar adentro el abuelo. Bien, no tenía ella por qué tenerle miedo a ese Antonio y se lo demostraría llegando a casa, como era lo natural.

Ahí estaba, con sus pies descalzos, tal como venía en bote, sin importarle una presentación más cuidada. Sentado en un escaño, las piernas estiradas y un poco abiertas, recordando la posición del remero. Hablaba tranquilo y desenvuelto, y hasta Rosalba había pasado a saludarlo y lo escuchaba con interés. Rosita cruzó la sala sin chistar, el cesto al brazo, y pasó a su pieza. «El Chucao», que había hecho el ademán de ponerse de pie para cederle su asiento, se volvió a sentar, cohibido. Y continuó la conversación, un segundo interrumpida, sin que nadie aludiera a Rosita.

Nunca habían rezado tanto Rosalba, el abuelo, Rosita, como durante la ausencia de Pingo. A los cortos rezos de antes que precedían la velada de lecturas, habían sustituido las novenas a cada santo, de las que en tiempos de Pingo, y a pesar de su fervor, solo a la Candelaria se le celebraban, sin contar, naturalmente, el mes de Jesús y el de María. Así, a ambos lados del fanal que protegía la estatuita de la Candelaria, sobre la repisa que hacía las veces de altarcito, lucían en la pared las imágenes de San Miguel, San Francisco, San Lorenzo, San Antonio. Los rodeaba un ingenuo marco de escamas de pescado, y al fanal lo adornaba un arco de papel trenzado en varios colores. A los «Poderosos» se les pedía el consuelo por esta tristeza en que la tristeza de Rosita sumía la casa, o que provenía más bien de la misma falta de una presencia que tenía el don raro y especial de levantar los ánimos, de entretener

con su exuberante fantasía, de comunicar al trato una sutil cordialidad, propia esta, igualmente, del abuelo, de quien se hubiera dicho la había heredado a no ser la imposibilidad del hecho; era, en todo caso, la influencia del trato diario en una naturaleza muy sensible y dispuesta a todo elevado contagio del espíritu: así, el abuelo pretendía que Pingo era «verdaderamente» su nieto y señalaba gustos parecidos, maneras de sentir, de comprender, que eran como finos lazos de los que generalmente teje entre miembros de una familia la misma sangre que corre por sus venas. Pero al irse Pingo se habían apagado en el abuelo ocultas alegrías que solo revelaba una sonrisa serena.

A los «Poderosos» se les pedía también, y más que el propio consuelo, la felicidad del ausente, la protección que precisaba en sus peligrosas empresas, el éxito en el trabajo, la asistencia para todas sus necesidades, y, por fin, su pronto retorno al hogar que lo esperaba día a día.

Le había parecido a Rosita una especie de profanación a la memoria de Pingo el haber recibido a Antonio en esta sala, donde el altarcito estaba atestiguando el culto del recuerdo que, a través del fervor a los santos, se le tributaba al ausente. Había creído que se entenderían en el mismo astillero, como se hacía con otros clientes. Al hacer en su mente esta censura, hubo de convenir para sí que las novenas habían sido un poco descartadas este último invierno por lecturas o conversaciones reemplazadas, con frecuencia, a la antigua «hora de los cuentos». Esta observación se juntaba inconscientemente a las de sus meditaciones de la tarde, e invadida de vagos remordimientos se descargaba de todo sobre Antonio, que había impuesto ahí su odiada presencia; y, por su mal humor, demostraba también a su abuelo y a su madre hasta qué punto se sentía ofendida y resentida con ellos.

Estaban ahora en la mesa, terminando de comer. Rosita no había despegado los labios, el abuelo y Rosalba hablaban entre ellos de cualquier cosa sin parecer notarlo; pero, como por un acuerdo tácito, no tocaban el punto de la visita del viajero. La atmósfera de mudo reproche se hacía intolerable y el abuelo decidió poner fin a tan desagradable situación.

—Vas a explicarte, Rosita —dijo—; si es por la venida de Antonio a casa que pones cara larga, me parece bastante injusto: tú

misma le dijiste que pasara a hablar conmigo. Así me lo hizo saber por «El Chucao», que me lo trajo.

Rosita refunfuñó, entre dientes, que bien podían haber tratado de esas cosas en el mismo astillero.

—Yo acababa de subir —contestó el abuelo—, y «El Chucao», del momento que ya habías hablado tú con Antonio, no iba a imaginarse que estaba mal pasarlo a casa. Te advierto que se ha portado con tino. No ha aludido al pasado, sino para lamentar que no tuviéramos noticias de Pingo, de quien dijo que estaba seguro no le habría negado ahora su amistad, porque lo consideraba hombre bueno y franco, que no recordaría unos disgustos provocados por bromas hechas atolondradamente en los años de la inconsciente juventud.

—Así fue —apoyó Rosalba—, y no íbamos a portarnos groseros con una persona que demostraba deseos de hacernos olvidar su anterior conducta. Te mandó saludos, pidiendo que lo excusaras por haberse dejado caer de improviso, sin pensar que eso pudo molestarte. Porque, en efecto, bien se daría cuenta al verte cruzar la sala y encerrarte en la pieza como una chiquilla mal educada. Y ahora —protestó, impaciente ante la amurrada actitud de Rosita, que no parecía querer convencerse— vas a dejarte de esos modos que nada tienen que ver con tus recuerdos y solo se deben al mal genio que te está naciendo y ya he ido notando. Nos hemos pasado de paciencia contigo, esta noche, y te advierto que será la última vez que suceda.

Rosita rompió a llorar con profunda amargura. Sus nervios estaban de punta por sus meditaciones y arrepentimientos de la tarde y por esta inesperada aparición de Antonio, y ahora su madre la reconvenía en forma cortante, sin la menor compasión. En tiempos de Pingo, ni retos, ni penas, ni disgustos, importaban; todo se hacía llevadero. Después, y hoy, sobre todo, la menor contrariedad pesaba, dolía, no hallando su antiguo conjuro: la bendita presencia de Pingo.

—Esto no es simple mal humor —le dijo a Rosalba su padre—, abrázala, dile que la has disculpado. Ahora ella no más nos queda para endulzar el hogar, y hemos de procurar verla, ya que no alegre como antes, apaciguada y conforme. —Y en tanto Rosalba la atraía hacia su pecho, ya compadecida de su verdadero dolor, proseguía el

abuelo—: Ella sabe muy bien cuánto la queremos y cómo quisiéramos tenerla más contenta. Ven a darle un beso también al abuelo —dijo, sentándola sobre las rodillas y secándole con su grueso pañuelo de algodón las lágrimas que aún seguían brotando de su anegado mirar—. No voy a poder besarte —agregó—, me mojaré la cara si sigues llorando. Ya, ya, vamos, se acabó. —Y afirmándole la cabeza sobre su pecho, trataba de apaciguarla dándole golpecitos con la mano.

Rosalba se había parado a buscar el postre, unas «sopaipas» **[25]** pasadas en chancaca que había dejado sobre una olla para que se mantuvieran calientes.

Rosita no podía hacerle a su madre el desprecio de no comerlas y se esforzaba por disimular su falta de apetito. Luego, para probar su buena voluntad, pidió que le contaran lo que había dicho de sus viajes Antonio. Y a medida que le referían distintas peripecias por las que había pasado el viajero, pensaba en que se habría complacido en comunicarlas, esperando, quizás, que lo harían valer ante ella, al probarle su capacidad de trabajo, su valentía; y el buen beneficio que había obtenido debía habérselo señalado ostensiblemente a su madre, ya que esta insistía en lo bien que le había ido en aquellas tierras.

—Ya ves —decía el abuelo, ahora—, en cinco años de trabajo se ha hecho casi rico: ¿cómo no esperar que pueda volver pronto Pingo, enriquecido también? Unos demoran más, otros menos, pero al fin todos llegan nuevamente al hogar.

Con estas palabras del abuelo, la visita de Antonio cobraba un nuevo aspecto, el de un mensaje de esperanza: si Antonio había regresado y con éxito, cualquier día asomaría sobre las olas el punto oscuro de otra barca, y llegaría en la puesta de sol el otro remero, el que esperaba cada tarde, cada noche, perdida la vista en el horizonte.

# 9

Cae la lluvia, cae la lluvia, la eterna lluvia de siempre, que envuelve la Isla en su enrejado gris, invierno y verano, otoño y primavera, goteando, goteando, sobre los villorrios, los campos, las playas, el mar; sin que la detengan las aspas de los molinos, ni las cien flechas de iglesias y capillas, y lustra las hojas de los papales y del follaje de las selvas y el tapiz de pangues de espeso verde oscuro.

Rosita contempla en derredor, desde la puerta de la iglesia, el mojado panorama: de la plaza, baja hacia el mar, con sus casitas en declive, la ciudad. Ha venido a Castro a cumplir aquí una manda, y terminadas sus oraciones, espera que amaine la lluvia. Las franjas del agua van deshilándose, más y más tenues; pronto podrá regresar a Chonchi y, de ahí, a casa. Aún se ve un poco el menudo desflocarse de la lluvia, pero ya no se siente caer, y el silencio la absorbe, luego, disuelta en humedad. Ahora se trata de no demorarse, aunque ha quedado su madre con la madrina. Pobre madrina, no la hubieran hecho venir de Ancud y dejar a su esposo, si no se hubiera tratado de esta enfermedad tan grave. Pero, al fin. Dios se ha compadecido de ellos y así ha venido a pagar su manda de agradecimiento por haber salvado a Rosalba de la muerte. Un ataque de parálisis, ha dicho el médico, porque el abuelo no ha querido consultar a cualquier machi, sino al mismo médico de Castro, el que ya atendió a Rosita, y a pesar de que la comadre creía en un «mal tirado» [26] y decía: «A lo hecho por los brujos, remedios de brujos». Sin brujos, ha recuperado el habla, y comienza a mover el brazo; la cara está un poquito torcida, pero todo pasará, asegura el médico, salvo que se repitiera el ataque. Pero no ha de repetirse; ha rezado con tanto fervor Rosita, que no puede no ser oída del Cielo.

Esta alarma ha venido a remover sus más tiernos sentimientos, que no imaginaba tan profundos, y se da cuenta de que los

disgustos últimos, entre ella y Rosalba, no la han apartado de esta madre que no la comprende como el abuelo, pero que la quiere tanto como él y cree buscar su felicidad en lo que no alcanza a ver sería la desgracia para Rosita. Rosalba entiende la vida de otra manera, piensa que una novia no es como una esposa, quien puede y debe enterrarse en su viudez, y más si tiene el consuelo de la maternidad. Rosita, pretendía ella, era demasiado joven para sacrificarse y negarse los goces de ser madre. Entonces habían venido discusiones, contestaciones agrias, y hasta el empecinamiento en contrariarse una a otra. Su madre aseguraba que, de no haber muerto, habría vuelto ya Pingo, o siquiera se tendrían noticias. Y Rosita, al pensar que su madre lo decía para obligarla a renunciar a una indefinida espera, había contestado categóricamente que, aunque tuviera la seguridad de la muerte de Pingo, nunca se casaría. Rosalba había buscado entonces tomarla por los sentimientos y, alegando que se siente vieja y achacosa, dice que sería para ella una tranquilidad dejarla en manos de un buen marido. El buen marido, naturalmente, es Antonio de Lemuy, quien desde su regreso se la ha trabajado con paciencia, contándole de sus monedas argentinas y de lo que valían en pesos chilenos. Recordaba, ahora, aquella tarde en que le había echado en cara a su madre esta manera de proceder de Antonio, que le parecía una especie de ofrecimiento de compra, el que debiera rechazar, en vez de sentirse halagada por el dinero de Antonio. Rosalba había contestado, con su poco de intención, que Antonio le agradaba, porque lo consideraba todo un hombre, trabajador y capaz de ganarse la vida en cualquier momento y circunstancia, que vivía en la tierra y sabría proteger a su esposa, y que su dinero era para ella lo de menos, aunque el tenerlo probaba precisamente sus aptitudes para conseguirlo.

En aquellas palabras venían críticas indirectas a Pingo y Rosita, y había estallado en violenta indignación, jurando que odiaba a Antonio y que si por casualidad —lo que no sucedería, pero quería ponerse en tal caso— llegara ella a decidirse por casarse, elegiría a cualquier pretendiente, menos al infame Antonio. Pocos días después había caído con el ataque su madre y casi se echaba la culpa de este accidente Rosita, aunque el médico aseguraba que no lo había provocado un disgusto. Por otra parte, el verdadero

disgusto lo había tenido ella y no su madre. En fin, de todos modos, se proponía ahora no discutir más de estas cosas desagradables con la enferma, ni aun cuando estuviera del todo restablecida.

¡Qué arrepentida está, de solo haberla contrariado! Le lleva un regalito comprado en Castro a un santero: es un San José, de yeso pintado y barnizado, que no puede compararse al que tienen en casa, tallado en madera por Pingo: pero ha sido bendecido por el nuevo Obispo de Ancud, y esto ha de aumentar el poder del conseguidor de las cosas imposibles. Se ha surtido también de algunas yerbas donde la india Balbina: necesitaba «ñipe» [27] para teñir negro el nuevo choapino que irá en este color mezclado con blanco, y «mechay» [28] para teñir amarillo, y «culli» para dar color rojo; con estos dos colores hará una manta y se la regalará al médico, o mejor, el choapino; la manta quedará para el abuelo. En Castro, la señora de la tienda quería comprometerla para nuevos trabajos, pero la vida es holgada ahora en casa, y no tiene prisa por entregar tejidos que, de todas maneras, pagan mejor los turistas. Sigue gustándole el manejo del telar y, por afición, cuando no por ganar, continúa combinando dibujos y colores con las lanas que tiñe ella misma, como se lo ha enseñado su madre. Ahora le toca atravesar el pedazo de bosquecito de arrayanes en cuyo camino hay un «planchado»; este «planchado» era el que les servía para orientarse con Pingo cuando de niños venían de Castro; Pingo se ponía a zapatear sobre el tablero y ella tenía miedo que se fuera a hundir. Por senderos y caminos donde vaya, siempre acude naturalmente la evocación de Pingo, con el que ha recorrido la mejor parte de su vida. Y si veinte veces pasa por el sitio que le ha dejado algún recuerdo, las veinte veces se levanta el recuerdo. Parece que Pingo hubiera previsto desde chico su futura ausencia y se propusiera obligarla a no olvidarlo: todo con Pingo adquiría interés o entusiasmaba. Este trayecto, de Yal a Chonchi y a Castro, cuántas veces lo recorrieron; y ahora, sola en estos seis años, sigue acompañada con cien Pingos que le hablan el lenguaje del pasado. Siguieran cantando dulcemente los pájaros del recuerdo, sin este espantajo de Antonio, que ya presente, ya desagradablemente recordado, se le aposta en cada recodo de la playa, en cada sombra de árbol, o bien, llegando en su barca sobre las olas en las que ella está a la espera de otra lancha, que no aparece nunca. Entonces se

perturban los recuerdos, huyen en atolondrado vuelo, sin que logre como antes, con serena y casi alegre tristeza, la tranquila evocación del pasado. La dulce hora de la tarde, en las rocas de la Caleta donde atisba incansablemente, se tiñe de acritud al temor de que sea el remero odiado el que surja sobre el agua. Cuando es él y a la distancia lo ha reconocido, vuelve, rápida, a casa, deja la costura y se va, camino del bosque o del cerro, hasta la hora en que calcula debe haberse ido. Sabe que no le faltan pretextos para pasar a saludar a la «señora Rosalba», y que esta lo recibe y conversa largos momentos. El abuelo mantiene siempre cierto distanciamiento, y solo trata los asuntos de construcción; pero hasta él está cediendo, poco a poco, lo percibe en mínimos detalles. Rosita ya perderá su único aliado, y tendrá que luchar sola en esta defensa contra la profanación de ese conjunto de cosas sagradas que llama «el recuerdo de Pingo». Porque lo que pretende Antonio es precisamente hacerle olvidar al novio querido, al amigo, al hermano idolatrado de toda su vida. Desde luego, es él quien, primero, lo ha dado por muerto, convenciendo a la «señora Rosalba», y ella, a fuerza de probarle al abuelo que no puede ser de otro modo y es preciso, aunque doloroso, resignarse a aceptar esta idea, va creando en el abuelo el mismo convencimiento. Nada dice, sobre este punto, para no apenar a Rosita, pero Rosita lo comprende en la manera de expresarse sobre Pingo. Ya no le oyen, como antes, frases que indican que se refiere a un ausente, sino otras muy distintas en las que lo llama «el pobre Pingo» y no: «Si Pingo hubiera estado con nosotros». «Cuando Pingo no había partido, todo era distinto». «¿Qué diría Pingo si supiera que ya no leemos Mambrú?» Ahora lo que se oye son especies de letanías fúnebres: «Al *pobre* Pingo no le gustaba el "polmay" [29], a causa del arroz, y había que prepararle aparte los mariscos». «El *pobre* Pingo no se parecía a nadie, no era para cualquier destino». «El *pobre* Pingo no es de los que pueden ser olvidados». La misma Rosalba lo había recordado como a un difunto, ayer, al aludir a su triste estado de semiparálisis: «¡Cómo se habría apenado —había dicho— el *pobre* Pingo, que era tan impresionable!» Pingo no podía haber dejado de ser impresionable; lo es siempre, pensaba Rosita, y aunque se suele hablar también en esa forma del pasado para los ausentes, le sabía a entierro, a luto, esta manera de expresarse, y en cada una de

aquellas frases sentía como el sordo caer de las paladas de tierra que se echan sobre las tumbas. En estos días del ataque y enfermedad de su madre, no se había preocupado ya de sus íntimas penas e inquietudes: la amenaza de perderla la trastornaba y solo en su madre tenía puestos los ojos y la atención. Se borraban un poco los días recientes de angustia al levantarse los viejos recuerdos que siempre le salen al encuentro en este camino que solía recorrer con Pingo; los recuerdos, y también las contrariedades que van unidas, ahora, a toda evocación de Pingo. Al rezar, en la iglesia de Castro, acaba de pedirle a Cristo que la libre de la sorda persecución de su madre, la que aprovechará seguramente las nuevas circunstancias de su estado para insinuarse y volver sobre esta cuestión de que no debe permanecer soltera. A la lucha directa contra ella, va a añadirse la lucha con su conciencia, que estará continuamente representándole su deber de evitarle molestias a la enferma. Buen pretexto va a tener también Antonio, cuando sepa lo ocurrido, para dejarse caer a preguntar por la salud de la «señora Rosalba». Hace tiempo que no se aparece, debe estar en pescas de «chungungos». Ha rezado y ha llorado, en la iglesia Rosita, y se siente un poco aligerada el alma, reconfortada, lista para afrontar las pruebas que Dios le imponga, aunque espera que, por el contrario, la libre de ellas: ¿no ha cargado ya la más pesada cruz, esta intolerable ausencia del que representaba la mitad de sí misma? Desde que vive en casa la madrina, ha tenido Rosita una dulce emoción: la cama de Pingo, enrollada y cubierta sobre el estrado, la extiende, cada noche, para la madrina, que la ocupa; una sábana tendida en un cordel hace las veces de biombo para separar en dos partes el estrado y queda al otro lado la cama del abuelo. Pero la sábana no la pone Rosita, sino en el preciso momento de irse a acostar la madrina, y así ve durante el mayor tiempo posible la cama de Pingo, como si lo esperara para el reposo nocturno. Durante los primeros años de la ausencia, siguió Rosita extendiendo la cama de Pingo, «por si llegara» —decía— y un día su madre había declarado que esto era ridículo y la cama había quedado enrollada, en la noche como en el día. Era una suerte que no hubiera dónde guardar el bulto, que por lo menos así continuaba en el rincón hablando de Pingo, o más bien, de su ausencia, lo único por donde parecía seguir existiendo todavía, fantasmal. El abuelo también se había

conmovido la primera noche que vio en el suelo la cama de su perdido compañero, y aunque trataba de disimular, sus ojos humedecidos se lo decían a Rosita. Pero ahora no se comunicaban sus impresiones como antes, parecía que una orden tácita obligaba a reservarse las penas, y solo eran permitidas aquellas frases de oculto significado mortuorio, que lo enterraban y hundían en el olvido. Que sanara su madre, y todo se arreglaría: la llevaría poco a poco a comprender que no debía torturarla pidiéndole lo imposible: ella era de Pingo, ausente o muerto, y no podría ser la esposa de otro, menos de Antonio. Si es su felicidad lo que busca para ella su madre, que sepa ya no existe para Rosita. Solo en la evocación encuentra todavía alguna dicha, y la ausencia le resulta una especie de telar en el que los recuerdos tejen dibujos de la vida pasada. Así se lo explicará a su madre. Muy metida en sus reflexiones, ha pasado por Chonchi, dando apenas una mirada indiferente a las casas de la calle que debe atravesar. Había pensado detenerse donde la Juana, pero ha preferido seguir adelante, sin darse cuenta de que evita, ahora, encontrarla, a ella y sus niños, con el inconsciente instinto de una monja que rehúye la tentación mundana.

Ya se divisaba la casa, alzada y aislada sobre sus pilotes: la casa donde Pingo fue traído en un amanecer de horrible tempestad; la casa de donde salió silenciosamente, una noche neblinosa, y se alejó envuelto, perdido, entre las brumas. Esta tarde se parece a la de entonces. Después de la lluvia han vuelto a juntarse las nubes dispersas en el cielo, y ha quedado oculta la luna detrás de la bóveda acolchada de grises vellones. Algunos ya van cardando suavemente su lana sobre el mar, preparando la niebla de la noche. ¿Por qué se aprieta el corazón que venía con sus claros de azul? Es, acaso, la angustia, el «anchi», de la humedad compacta que se aproxima y cercará todo el paisaje.

Antonio está ahí. ¿Cómo lo habrá sabido? ¿Cuándo ha llegado? Hay hombres que siempre están llegando. Ya la ha divisado al abrirse la puerta. No puede retroceder, se ha puesto de pie y la está saludando. ¡Y que tenga que darle la mano, para no dejarlo en vergüenza delante de la madrina! Rosalba se ha quedado dormida, explica el abuelo, es preferible no entrar a la pieza. Habrá de permanecer aquí, sin saber qué decir. No, no faltará algún pretexto.

—Con el permiso de ustedes, vengo embarrada, tengo que mudarme los zapatos.

—Vas a despertarla si entras.

—Iré a secarme a la cocina, entonces.

Y ahí quedan, un tanto cohibidos. Pero es mucho haberlo saludado, no van a pretender que le haga compañía. Que entienda, si quiere. Pronto será la hora de comer. Si ha venido de Lemuy no tardará en despedirse para regresar a tiempo. Las ollas respiran a borbotones. ¿Qué habrá preparado la madrina? Hay sopa de arroz. Unas papas cociéndose con alguna yerba: es luche, un luchicán. Pobre está la comida. ¿Y qué? ¿No se le ocurrirá, acaso, que puedan invitarlo? El abuelo es tan educado, y la madrina demasiado hospitalaria… sin embargo, la verdadera dueña de casa, la que reemplaza a Rosalba, es ella: Rosita; no lo harían sin consultarla. La llama su madrina. Se hará la que no ha oído, que venga a buscarla.

—Te llamé, hijita. Rosalba despertó y pregunta por ti.

Menos mal. La sala se llena de olor a luchicán. La madrina ha destapado la olla sin cerrar la puerta. Ha envejecido y parece que se economizara voluntariamente los pasos. En el rincón del estrado está enrollado el colchón.

Quisiera poder esconderlo. No saber que está ahí. Y esa voz de Antonio que reanuda la conversación:…«los chungungos, hay que ver»… Cerrar la puerta.

—¿Cómo ha pasado la tarde, mamita?

Rosalba trata de sonreír: se le arrisca levemente la torcida boca. Mueve un poco el brazo como si fuera a hablar. Su cuerpo posa sobre la cama, bien al medio, tal como quedó desde la mañana. Se distingue casi claramente lo que va diciendo. Ha estado mejor; la madrina le hizo compañía, y después el abuelo, cuando tuvo que preparar la comida. «El Chucao» pasó a saludarla. La madrina le ha dicho que Antonio ha venido a preguntar por su salud. Supo en la mañana de su enfermedad, y sin demora vino, aunque estaba recién llegado. Es una atención muy fina, es preciso agradecerla. Rosita palidece, seguramente, pero no ha de verse en esta penumbra, en la que solo clarean los leves tembloteos de la vela destinada a la imagen de San Francisco.

—Mamita, le tengo un regalo comprado en Castro —dice en la esperanza de cambiar el rumbo de la conversación; luego,

recordando que lo ha dejado en la cocina, y como no quiere volver a buscarlo, agrega—: se lo mostraré después.

—Eres una buena hija. Ahora anda y dale las gracias a Antonio de mi parte y le dices que nos acompañe a comer. No te agrada, lo sé, su compañía: pero por una vez puedes darle gusto a tu madre: hay que ser educados y agradecidos.

—Se ha ido.

—¿Cómo lo dejaron marcharse sin invitarlo?

—No sé, yo me vine para acá y quedó con el abuelo.

Una sonora carcajada de Antonio llegaba a través de la puerta, desmintiendo lo que había dicho Rosita. Miró a su madre por si no hubiera oído o confundiera creyendo fuera el abuelo. Mas Rosalba ponía atenta expresión.

—¿No es él el que ríe?

—Sí; no se había ido, entonces. ¡Voy a darle su recado!

Con voz exangüe cumple su deber Rosita. Habrá de tenérselo en cuenta Jesús.

—Dele las gracias a la señora Rosalba. Me esperan la Juana y «El Chucao».

Se levanta de su escaño. La madrina se asoma con un espumador en la mano.

—Usted nos hará el favor de acompañarnos.

Antonio repite lo que acaba de decir. Le pasa la mano, despidiéndose.

Tiene hombros demasiado anchos, y manos de cochayuyo. Se ha puesto zapatos y un traje decente, aunque se ve mejor de overol y descalzo. Cabe mal en estas prendas. Una mano de cochayuyo se extiende hacia Rosita. El olor a «luchicán» esparcido parece emanar de esta mano. El abuelo abre la puerta de afuera. Una brisa fresca y húmeda se cuela y disipa el aire pesado de la sala.

# 10

Hay gran animación en casa de «El Chucao». Van a matar el chancho que regaló Antonio el mes pasado. Está en su máximo punto de engorde, bien alimentado que estuvo con papas cuchipoñis, y sin que se descuidara la Juana de vaciarle momento a momento repletos «concheos». Antonio está muy generoso y quiere que se celebre el «reitimiento»[30] costeado por él: «lo de sentirse compadre, obliga, hombre», le dice a «El Chucao» cada vez que los colma con sus regalos, que no siempre son para el ahijado: este chancho, por ejemplo, cual se lo ha representado la Juana, a la que no llama sino «la comadre». Cuando lo dice delante del abuelo, viene todo un enredo y es preciso explicarse, porque para el abuelo, «la comadre» es la amiga que trajo al mundo a Rosita y a quien apoda así por simple afecto. En estos casos, Antonio mira al abuelo con cierta desconfianza, parece cavilar sobre si es broma o chochez del viejo y confirma: «La comadre», pues; mi comadre la Juana. Y pidiendo la aprobación de las demás personas con una mirada circular a los circunstantes, pregunta:

«¿No soy acaso el padrino de Antonito?» En efecto, ¿quién lo pondría en duda? No hay quien ignore ni en Chonchi, ni en Yal, que el padrino de Antonito es Antonio de Lemuy. Desde el acontecimiento del bautismo se ha afirmado la amistad con «El Chucao» y tiene mil pretextos para venir al pueblo y, de paso, o en la misma casa de la Juana, puede encontrarse con Rosita. Ella no quiso ser madrina, y fue lástima, sin contar el desprecio. Pero con desprecio y todo le gusta y seguirá porfiando. A este «reitimiento» que ha inventado para darse ocasión de verla, no podrá negarse de venir. Y ahí está Rosita que le ayudará a la Juana en la confección de los reglamentarios manjares: chicharrones, sopaipillas y «milcaos». Y afila el cuchillo el indio huilliche que ha traído Antonio, porque es diestro en esta clase de matanzas. El cerdo no ha cesado de berrear desde que le ató con fuertes amarras las patas, y

aumentan sus chillidos ante la concurrencia de los que se acercan en torno a la artesa donde yace. «El Chucao» echa unas leñas en la pira del sacrificio. Antonio y un invitado se cercioran de que embuta bien una barra de fierro que, entre dos fuertes estacas, servirá para colgar el cadáver y descuartizarlo después de pasarlo por el fuego. El abuelo llama a Antonio para presentarle a la que él llama «mi comadre».

—Esta —le dice— es la que trajo al mundo a Rosita, y también a la Juana. No se mueve sino para grandes ocasiones, por eso no la conocía usted.

—No pude asistir al bautismo de Antonio —dice ella— y si no, ya lo conocería.

El indio verifica si no se han soltado las amarras del animal, que no solo berrea con rabia, sino que forcejea como si pretendiera libertarse. El enorme cerdo es forzudo cual un toro, y ha logrado aflojar un poco los nudos de la cuerda que le liga las patas delanteras. Es intolerable el chillido de este bruto lleno de vida que protesta y se defiende. Rosita no resiste la escena y entra a la casa tapándose los oídos. Volverá cuando lo hayan matado. Antonio la ha visto salir y ordena al indio que se desempeñe.

Brilla un relámpago y fulmínase el griterío en la garganta del cerdo. Un estertor que parece un último gruñido sale con el chorro de sangre. Las manos y los brazos del indio quedan barnizados de rojo. Cada persona se ha precipitado con alguna vasija a recibir el líquido que brota de la herida como de una llave abierta que emanara espesa agua teñida. Queda despierto el apetito a las próximas morcillas. Tras un postigo, Rosita acecha pensando que aún no ha sido sacrificado el chancho, tal fue la rapidez y destreza del indio. Juana le hace señas de que venga y llega con Antonito en brazos: había despertado y no lo iban a dejar solo. Los otros niños están en primera fila, al lado de su padre, mirándolo todo, sin perder el menor detalle. Al ver la puñalada dada en plena garganta, ni se impresionaron; al contrario, batían palmas, riendo. «Así son los chicos», dice el padre para disculparlos ante Rosita, que no lo comprende, porque recuerda un «reitimiento» al que asistía con Pingo a esa misma edad del mayorcito, y Pingo había arrancado llorando y gritando: «¡Pobre chancho, qué malos son!» Nunca más lo llevaron a estos espectáculos. Ahora se había imaginado Rosita

que no le importaría, porque era una mujer y valiente. Pero no era cuestión de edad, por lo visto. Antonio no la mira directamente, pero ella se da cuenta de que no le pierde movimiento. Si se le acercara con el pretexto del ahijado, pues se lo entrega Rosita diciendo que está cansada. Se hace el que está muy interesado en los vaivenes del indio que afirma un gancho a la barra y luego con el concurso de uno de los asistentes, un muchacho fornido, cuelgan el cadáver del animal. «El Chucao» ha corrido la lata en la que armaron la pira, debajo, y empieza a salir un olor a cerdas quemadas, un chisporroteo grasoso, que aumenta a medida que suben y se intensifican las llamas. Cuando ya está bien chamuscada la piel y agrietada en partes, empiezan a rasparla con cuchillos y caen las cerdas abrasadas, dejándola poco a poco lisa y blanca. Como si fuera a matarlo nuevamente, el indio ha blandido el cuchillo, y raja el cadáver, medio a medio, desde la garganta hasta el rabo. Ya destripado, lo descuartiza con gran ciencia y rapidez, lo que le vale un aplauso unánime. Pero el indio no se ha inmutado. Rosita observa la expresión taciturna del rostro bronceado que no logra esbozar una sonrisa de satisfacción. Solo ahora, después de comprobar, al partir el dorso, el gran espesor de la pella, muestra un poco los dientes y menea la cabeza en señal de que el producto es de lo mejor. «El Chucao» le dio entonces un abrazo a Antonio, demostrando con alegría su agradecimiento por la feliz noticia. El abuelo comentaba el hecho con el suegro de «El Chucao», quien era labrador y muy entendido en «reitimientos». Iban llegando algunos vecinos, atraídos por el olor, la natural invitación lanzada al aire sutilmente. Cada cual se acercaba a comprobar el espesor de la pella, y entre comentarios y conversaciones, la gente esperaba el momento de la repartición de chicharrones, sopaipas y «milcaos». Ya estaban adentro, la Juana con Rosita, friendo y friendo. La guagua había quedado en brazos de «la comadre» del abuelo, y Antonio aprovechaba para hacer amistad con ella, porque, habiendo «recibido» a Rosita, le parecía que pudiera saber más que otras personas sobre la esquiva muchacha que lo rehuía. Ahí venía, risueña, con una luz trasparentando el agua verde de sus ojos de mar. Hacía años, pensaba Antonio, que no le veía esa mirada con rayito de sol. Sujetaba con sus dos manos la ancha fuente de chicharrones, y cada persona se servía dos o tres. Le llegó el turno a

Antonio, y galantemente quiso descargarla de la fuente para que se sirviera ella; entonces vio que se nublaban los claros ojos y las dos manos resistieron defendiendo la fuente.

—Haga el favor, sírvase —insistió Rosita, disimulando ante los demás el juego de desafío.

Cuando volvió después, con las sopaipillas, se hizo la desentendida al pasar junto a Antonio y le sirvió al vecino, el muchacho que había ayudado a matar el cerdo. Pero este ingenuamente indicó que faltaba Antonio, el regalador del chancho, como decía, y manifestándole con un saludo de broma su respeto, le pasó la porción que él se había servido y sacó una nueva porción. No por eso se remediaba el desaire; Antonio la miró con un relámpago de amenaza en sus negras pupilas, que parecía significarle el término de su paciencia y su buscarla por las buenas. El muchacho alcanzó a percibirlo y quedó de una pieza. Rosita se había alejado. Fue Juana la que apareció enseguida con la bandeja llena de «milcaos».

La recibieron ovacionándola, como se merecía su gentileza de dueña de casa, y en medio de la general animación pasó inadvertido el malhumor de Antonio.

Mas, cuando se retiraron a sus casas los que no estaban especialmente invitados al almuerzo mismo, la nube que pesaba sobre el ánimo del desechado galán fue tupiendo la clara atmósfera de alegría que poco antes iluminaba la fiesta. El primero en dar inconscientemente la alarma de «mal tiempo» había sido el muchacho, que echaba furtivas miradas, ya a Antonio, ya a Rosita; luego, el abuelo había caído en la cuenta de que algo pasaba, y las dos «comadres», y por fin «El Chucao». Era una suerte que no hubiese venido Rosalba: ya estaba bien, pero el temor de cansarse o de molestar con los pequeños achaques de que no estaba libre todavía, la hicieron resolver por quedarse. Lo pensaba así el abuelo y lo pensaba también Rosita, que se sentía, por lo demás, culpable y confundida de ver el desasosiego de sus buenos amigos. Gracias a los dos chicos, que hacían diversas preguntas sobre la matanza en la que sus vivas imaginaciones seguían pensando, poco a poco fueron enlazándose conversaciones y se disipó, siquiera en apariencias, el turbio malestar. El mismo Antonio se puso a relatar una aventura que le había sucedido en Argentina, a propósito de haberle

preguntado el abuelo qué cosa de comer llamaban allá «parrillada». Pero al hablar y reír, cruzaban malas sombras por sus ojos y sentía Rosita el hálito de una venganza soplar solamente hasta ella. Hubiera querido poder hallar un pretexto para irse. Habían terminado la cazuela de cordero, y, ya se le distribuía a cada comensal el plato bien colmado de la ración de chicharrones, sopaipas y «milcaos», que correspondía llevarse.

Juana estaba sirviendo, además, la parte de los ausentes, que eran Rosalba y unas tías de «El Chucao». Entonces Antonio fue a descolgar la guitarra en la pieza de Juana, y sin que nadie se lo hubiera solicitado empezó a rasguear, la vista en alto como quien busca entre las piezas que sabe la que va a tocar.

No era posible irse todavía. De pronto, sintió Rosita como si una mano se le posara sobre el corazón, aplastándoselo. Creyó que iba a gritar, pero hasta la respiración se le había cortado; quedó muda, pálida, esperando: Antonio preludiaba con los acordes que precedían el canto de las antiguas coplas a Pingo. El abuelo no conocía sino la letra, y «El Chucao» parecía recordar aquella música sin ponerle aún el nombre con su memoria; de manera que solo Rosita sabía, y no podía siquiera hacer un gesto para detener al malvado. A aquella maldita música enredaba ahora Antonio nuevas palabras que no significaban nada para nadie. La mano que oprimía a Rosita iba levantándose y permitía la respiración. Tuvo la fuerza suficiente para ponerse de pie y salir a la pieza de Juana. Ahí se echó sobre la cama y se puso a llorar. No percibía las nuevas palabras y en ese canto solo oía las antiguas coplas. Con esto se cerraba Antonio las puertas de su amistad, definitivamente. ¿Pero no se las había cerrado siempre y a pesar del empeño de este en tratar de hacerse perdonar el pasado? ¿No era la actitud cruel de Antonio una venganza de hombre cegado por sordas cóleras reprimidas, que al fin estallan, agotada ya la paciencia? De ella no había recibido sino desprecios, aun cuando demostrara tacto y hasta delicadeza. Comprendiendo que su presencia en casa y, sobre todo, su amistad con su madre la molestaban, había suprimido las visitas, o apenas, de paso, solía ir; y después de la vez en que Rosalba desde su cama de enferma lo había mandado invitar a comer, quiso ella renovar su cortesía en otra ocasión, y también encontró Antonio un pretexto para no imponer su presencia a Rosita. Se valía, para

tratarla o verla, de medios indirectos: ahora, por ejemplo, este «reitimiento» lo había ofrecido Antonio para renovar la fiesta del bautismo en la que, si bien no había aceptado ser madrina —otro desprecio, y a la vista—, no había podido negarse a acompañar a sus amigos, «El Chucao» y la Juana, en un día de tal importancia. Sin consentirle ninguna clase de amistad, pudo portarse ella menos terca, educada, siquiera, como se lo había prometido a su madre. Bien merecía que se vengara. ¡Pero fea y baja venganza era esta! Parecía querer decirle: «Oye, oye lo que pienso del hombre que no olvidas, que lo prefieres, y por el cual me insulta tu mirada y me desprecia. ¡Insúltame con razón, entonces, porque yo te insulto al insultar al que quieres y recuerdas!» Sabía que le había dicho a la Juana con mucha seriedad que Pingo nunca volvería porque era un tripulante del «Caleuche»: los brujos lo habían enviado, disfrazado de hombre, para embrujarla, y ya conseguido el propósito, se lo había llevado el Barcoiche. Pero él, Antonio, la desembrujaría, había asegurado, por bien o por mal. La Juana había insinuado que a lo mejor metía en esto a la Gente del Arte, y era preferible que Rosita pensara en que Antonio era un buen muchacho que la quería desde tantos años; aunque ella no creía en esta tontera de que a Pingo se lo hubiera llevado el Caleuche por ser un Caleuchón, se imaginaba, sí, que podía haber muerto, ya que no daba noticias ni volvía al cabo de tantos años. Le decía entonces que, si se casara, tendría el consuelo de un niño para entretenerla y hacerle llevadera su existencia. Luego le hacía ver que la juventud es pasajera, que los hombres se aburren, al fin, si una mujer se les niega demasiado tiempo. Sin quererlo, había pensado algunas veces en estas palabras de la Juana, pero no les daba mayor importancia a sus advertencias y consejos, del momento que tenía el firme propósito de quedarse soltera. El canto de Antonio se le antojaba ahora el aviso desafiante de que la paciencia y el amor se le habían acabado. Le demostraba, más que su desprecio a la memoria de Pingo, cual suponía hace un instante, su intención de revelarle que si no le importaba herirla, era porque ya no la quería ni esperaba nada de ella. Sí, se cerraba, con este acto, voluntariamente todas las puertas de su posible amistad. ¿De qué se apenaba, entonces? ¿No sucedía todo conforme a sus más íntimos deseos? Quedaba, por cierto, el insulto ante «El Chucao», quien no podía no haber reconocido las coplas; después,

también, la Juana le recordaría que le había predicho el hastío de Antonio. Pero nunca había pretendido Rosita sujetarlo, sino al contrario, bien lo sabía la Juana y por eso mismo le insistía para que no lo dejase aburrirse de cortejarla. Mal terminaba la fiesta, que pudo resultarle un poco entretenida en medio de su vida siempre encerrada y sola.

¡Odiaba, odiaba a Antonio!

Ya no se le oía cantar y vendría el abuelo a buscarla para volverse a casa. Se incorporó y fue a mirarse en un espejito colgado de la pared. Se notaba que había llorado. Esperaría un momento antes de salir. Se sentó, entonces, al lado de la cuna, a mirar dormir el niño que ella misma había recostado con ternura antes del almuerzo. Era una lástima que fuera ahijado de ese hombre, la habría apaciguado besarlo en su frentecita.

# 11

Veinte veces habrá preguntado Rosalba: «¿No encuentras extraño que no hayan mandado el "lloco"?»[31] «El Chucao» había venido como de costumbre a su trabajo y no se había dado por aludido de que no lo hubieran recibido. Tal vez no lo sabía, aunque lo natural era que él mismo hubiera entregado el consabido regalo de morcillas y «milcaos» que se envía a los amigos al día siguiente de un «reitimiento». Además de estar en perfectas relaciones con «El Chucao» y la Juana, decía Rosalba, el abuelo y Rosita habían asistido a la fiesta misma y no era posible, entonces, imaginar que advertían con este procedimiento, cual así se hace, un rompimiento de la amistad. Se preocupaba, conjeturaba —y ayer había hecho lo mismo y también el abuelo—, sin imaginar que Rosita había entrado ya en sospechas de lo que había ocurrido y no se atrevía a comunicarle su oculta suposición. Entonces Rosalba terminó por proponerle que fuera a casa de la Juana y se explicasen, que lo probable sería alguna equivocación en el mandado, si cualquier chiquillo lo había traído. Por lo mismo que debía ser ese el motivo —argumentábase Rosita—, no era propio hacérselo saber y que le ocasionara un disgusto. Rosalba cavilaba, y en esta discusión se hallaban cuando golpearon a la puerta y apareció la Juana, un tanto cohibida de actitud, que venía, como decía, a explicarse por lo del «lloco».

No le había sido posible a Rosita ni atajarla, ni hacerle señas de que tuviese cuidado en sus palabras. En el momento de llegar la Juana, estaban cosiendo las dos, y la misma Rosalba, que parecía estar a la espera o sobre aviso, se había levantado a abrir la puerta.

—Espero, señora Rosalba —iba diciendo la Juana antes de sentarse—, que usted sabrá ponerse en mi lugar y comprender la desagradable situación en que me veo comprometida.

Rosita había optado por no levantar la vista de su costura y recibir la noticia como Dios quisiera mandarla. «Sentía no haberse

adelantado a Juana, yendo a su casa y rogándole que la dejase decirle a su madre que todo había sido por culpa del niño que habían mandado con el "lloco"». Evitando dar pormenores, la Juana contaba que Antonio había estado muy disgustado con Rosita por imaginarse que nunca podría conquistarla, y les había declarado que no quería verla más, y del momento que el «reitimiento» lo ofrecía él, era preciso significárselo no enviando el «lloco». En vano le demostrara que, por haber sido en su casa la fiesta, nadie comprendería, y quedarían mal puestos ante el abuelo y doña Rosalba que no tenían culpa. Había insistido Antonio, amenazando de terminar la amistad con ellos también, si no le daban esa prueba de solidaridad. Quería igualmente obligarlos a elegir entre él y Rosita, porque quien era amigo de uno, decía, no debía serlo de los dos. En fin, que era un verdadero conflicto, y la tenía sin dormir desde dos noches. Se le había ocurrido, entonces, venir a contarlo todo para que se hicieran cargo de que no podían contar con Antonio, padrino del niño, y que era bueno y generoso, y que no se ofendieran si durante algún tiempo, hasta que se arreglaran las cosas, dejaba ella de venir, y solo asistiría al astillero su marido. Después de escucharla con atención y ligeramente desagradada, Rosalba contestó que si, en efecto, apreciaba más la amistad de Antonio que la de ellos, y del momento que él les había puesto por condición que escogiera, se quedara con la amistad del padrino de su hijo y amigo de su marido.

—Ay, señora Rosalba —exclamó, entonces llorando la Juana—, cómo es posible que tome usted las cosas de esta manera. Nosotros no hemos elegido. Sencillamente nos vimos obligados a cederle en vista de lo resentido que estaba con Rosita y por pensar que su cólera lo tenía perturbado y ya cambiaría.

—¿Pero en qué lo ha ofendido tan gravemente Rosita? —inquirió Rosalba, mirando a su hija como si esperase de ella la contestación.

—No lo quiso decir. No lo sé —repuso la Juana.

Rosita, entonces, levantó el rostro, indignada; y, accionando, aguja en mano, dijo:

—La ofendida he sido yo, y no él. Me porté con Antonio tal como lo hago siempre, demostrándole claramente con mis actitudes que no tolero sus atenciones. Esta vez le pareció mal lo que tantas

veces ha soportado. ¿Por qué se empeñaba en esperar de mí lo imposible?

Rosalba miraba a su hija con reproche; luego suspiró como si prefiriera no insistir sobre un asunto que la molestaba. Sin embargo, no pudo reprimirse y le echó en cara el no haber cumplido su promesa de portarse amable con Antonio y de tratar de conocerlo mejor, no rehuyendo de él cuando hubiese alguna oportunidad de encontrarlo.

—Lo que ha pasado —le dijo— es tu culpa, por haberme engañado. Si te hubieras negado, yo no me habría metido en la que me metí. Pero creía en la palabra de mi hija, y como Antonio me pedía mi apoyo y esperaba yo también que pudiera ganarse, poco a poco, tu afecto, convinimos en que yo obtendría de ti, como madre a la que parecías respetar, estos pequeños sacrificios que no dudé me concederías. No has cumplido ni conmigo ni con tu palabra empeñada.

—Hice mal —convino Rosita—, pero no puedo arrepentirme de esta falta sin la cual no hubiera sabido qué clase de hombre es Antonio. —Les refirió entonces lo de la música de las coplas que había tocado él para mortificarla y apenarla, vengándose cobardemente del desaire infligido, que no era mayor a cualquier otro de los que ya le había hecho.

Aunque Rosalba y Juana censuraban como merecía la conducta de Antonio, comprendían que un hombre continuamente rechazado en desagradable forma, y cuando se esmera por ser atento y agradar, tenía que haber sentido colmada la medida de su paciencia y buena voluntad.

—Ha obrado como un exasperado —dijo la Juana—, y su empecinamiento después para obligarnos a cortar con ustedes demuestra que está realmente ofuscado.

—Demuestra únicamente —contestó Rosita— que su cariño por mí no era cariño, sino el deseo de vencerme, de triunfar sobre mi resistencia, de conquistarse a la novia de ese Pingo que supo darle las cachetadas que se merecía. ¡Me odia ese hombre, me odia!

Soltó el llanto, ya cansada de tanta desagradable explicación. Sin embargo, oía entre sus sollozos a la Juana decirle que le constaba lo mucho que Antonio la había querido, que su cariño venía de años atrás, cuando no era aún la novia de Pingo; que había

tratado de olvidarla trabajando afuera, que al volver y encontrarse con la ausencia de Pingo, la esperanza lo había alentado a presentarse de nuevo por estar convencido de la muerte de su antiguo rival.

Que a veces el amor rechazado se convierte en odio, y bien pudiera ser que a estas horas la estuviera odiando Antonio tanto como la había amado, pero que se lo tenía merecido y ojalá no le importara.

—¿Qué puede importarme? —exclamó con vehemencia Rosita, cortado su llanto por la indignación. Lo que sí me importunaba era su pretendido amor. Si se le ha quitado, es una suerte para mí.

La Juana no parecía creerlo, y seguía porfiando que todo se paga en esta vida. Entonces fue Rosalba la que se dio por ofendida de que estuvieran pensando que su hija era la rechazada y lo deploraba con llantos.

—Hijita —le dijo, aunque sus palabras eran destinadas a Juana —, no te aflijas de haber sido mortificada por un grosero: tu resolución era permanecer soltera y yo, como madre, inconsciente de una fidelidad que me parecía absurda, pretendí obligarte a formar un hogar; fue un error mío y nunca más intervendré en esta clase de asuntos. ¡Sabe Dios que no eres una carga ni para el abuelo ni para tu madre!

Rosalba reanudaba su trabajo interrumpido, como significándole a Juana que no había más que decir. Al cabo de unos instantes de silencio, y viendo que también cosía Rosita, sin parecer tomar en cuenta su presencia, se levantó.

—Supongo —dijo— que no van a retirarme su amistad por culpa de estos trastornos. Si tuve la franqueza de venir a contárselo todo, señora Rosalba, es precisamente porque deseo sepa que no hemos variado nosotros con ustedes. Lo del «lloco» fue, como le dije, cosa personal de Antonio.

Rosalba pareció acceder a considerar de esta manera las cosas, y se dejó abrazar. Rosita siguió el ejemplo de su madre y la acompañó hasta la puerta.

Después que hubo partido la Juana, convinieron en no contarle sino a medias al abuelo lo sucedido con Antonio, diciéndole de su disgusto por actitudes de Rosita, pero sin lo de las coplas, hecho que pudo haberlo enardecido en contra suya y creado quién sabe

qué nuevos y desagradables contratiempos. Luego callaron, pues se daban cuenta de que no debían volver más sobre aquel tema de Antonio y, sin embargo, no podían pensar sino en esto. Las agujas tan solo seguían hilvanándolo silenciosamente con sus nerviosas puntadas. Pero este movimiento menudo no lograba desembarazar a Rosita del regolfo de íntimos y atropellados comentarios que, de no fluir en palabras, necesitaban el derivativo de la marcha.

—Está pesado el día —dijo—, me sofoco, quiero respirar un poco de aire fresco. —Dejó la costura y abrió una de las ventanillas. El cielo estaba plomizo de nubes bajas que oprimían. Se le había ocurrido, de pronto, alcanzar a la Juana. No sabía bien qué le diría, pero deseaba hablar con ella a solas.

—Mamita —resolvió—, salgo a caminar un rato, si nada se le ofrece. —Miró con cariño a su madre: estaba bien ahora, pero su cuerpo había conservado el aspecto pesado de una masa inerte que tuviera en la enfermedad. Rosalba aprobaba con su sonrisa cansada.

En el astillero redoblaban los últimos martilleos del día de trabajo que terminaba. Ya subiría el abuelo.

Seguramente, en el espíritu debía haber también una especie de cielo que a veces estaba azul, otras lleno de nubes; las lágrimas debían ser la lluvia que lo descarga. Irse al bosque y llorar, llorar, cuando no se sabe lo que se tiene, debe ser el remedio que Dios nos concede, al permitir las lágrimas como permite el chubasco. Estaba muy tentada de no seguir en pos de la Juana, hablaría otro día con ella, cuando estuviera serena, cuando se descargaran sus nubes.

Debajo de la techumbre nubosa está la verde techumbre de hojas apretadas, reforzando la presión aplastante de algo invisible que pesa sobre la respiración y el ánimo. Hay árboles, y árboles, y un sendero chiquito, por interminable, que tal vez no lleva a ninguna parte, sino a la selva misma. Ni un rayo de sol para orientarse, ni el conocido «planchado». No parece la ruta tantas veces recorrida, sino un extraviado camino que se interna en ignorado país de encantamiento, donde las multitudes transformadas en troncos esperasen el exorcismo del mal sortilegio. Es horrible esta soledad en medio de innumerables árboles que posiblemente no tienen, de estos, sino la apariencia. No son árboles, no… Son vivos, o muertos, más bien, que han tomado este aspecto. Rosita temblaba y apenas si se atrevía a moverse. No divisaba ni el mar, ni algún faldeo con los

variados dibujos y colores de sus sembrados, nada que pudiera indicarle en qué punto se hallaba. Se sentía tan perturbada, que no habría podido decir qué árboles eran los de este bosque que la rodeaba, si muermos, hualles, canelos, arrayanes, de los cuales no recordaba sino los nombres, y no las condiciones y formas que les correspondían, como si en su memoria un maleficio desorientara el conocimiento de lo que sabía, así como el otro maleficio le impedía dar con el camino de siempre, a través de un sendero que le sabía a extraño, y quizás no lo fuese. Se resolvió a cortar entre los troncos bajando una ladera.

Los árboles parecían perseguirla y apuraba el paso. De pronto se detuvo: un ruido ensordecedor subía y le atajaba el paso, como le impedía también retroceder, este ejército de troncos marchando detrás de ella. Era una quebrada, a sus pies, y los gigantescos helechos que la cubrían tapaban los animales bravíos que pasaban atropelladamente moviendo las hojas. Pero no, ningún animal se veía, sino que el ruido hacía pensar en ellos. Recordó, entonces, que esta era la manera cómo solía advertir de su presencia el «Trauco» y se tocó el escapulario que le había regalado su madrina, precisamente antes de volver a Ancud, amuleto especial contra el monstruo, que llevaba dos carbones a cada lado, dos pares de ojos, y dos barbas de cabro: la madrina había dicho que nada se perdía con usarlo, que se hallaba Rosita en una edad y condición especial, por estar lejos del novio, y se lo había colgado ella misma al cuello con una cadenita de fierro, que es metal bueno para ahuyentar a los brujos. El desflorador de doncellas no lograría sus perversos fines: ¡cuánto le agradecía a la previsora y buena madrina! Mas, aunque estaba conjurado aquel peligro, persistía en todo su ser la misma vaga angustia que había sentido una tarde a orillas del mar, pero mil veces mayor que aquella, que le había hecho pensar en el «anchi»: esto era el «anchi», ese terror que invade el alma del que se pierde en las selvas, como si lo cercaran todas las frías sombras de la muerte. Arrastrándose y ahogándose, tuvo el valor de retroceder y seguir por el sendero. Tenía que alcanzar hasta allá, ahora recordaba: abajo, ese ruido era el del agua atropellándose entre los helechos de la quebrada; siguiendo, en la cumbre, por el sendero, luego se divisaba el «planchado», camino de Chonchi, camino de la casa de Juana.

Al llegar al «planchado», las fuerzas la habían abandonado; cayó desfallecida. Alucinada, veía a Pingo zapateando, y de repente caía, pálido, diciendo: «Es el anchi», y se desmayaba; ella hacía grandes esfuerzos por levantarlo, pero parecía estar pegado a los tablones y no conseguía moverlo; al fin, se le había ocurrido gritarle: «Pingo, la Virgen Candelaria viene a salvarte». En el momento en que lograba atraerlo, y se reanimaba, desapareció. No era Pingo, sino ella la que despertaba y sentía que la atraían y levantaban del suelo. Comenzaba a anochecer, sin embargo, pudo distinguir la cara del hombre que la tomaba. Se heló de espanto, como si el mismo «Trauco» se la llevara y su mirada debió revelar su terror; la voz de Antonio dijo entonces: «Si prefiere la dejo ahí botada, ahora que ha recobrado el sentido; no pretendo comérmela, pero tampoco soy desalmado al punto de dejar a ningún cristiano tirado en el camino». Trató de ayudarla a ponerse en pie, pero no se sostenía y hubo de volver a cargar con el débil cuerpo que se entregaba, inerte. Ya no tenía miedo, ni a Antonio, ni a la soledad o a los fantasmas del bosque; la preocupaba únicamente esta imposibilidad de enderezarse o afirmarse, y para convencerse de que no estaría paralizada como lo había estado su madre, encogía imperceptiblemente los miembros y, tranquilizada, se dejaba llevar, envuelta en el leve vaho a cochayuyo desprendiéndose del cuerpo que el esfuerzo hacía transpirar. Sin embargo, no demostraba cansancio Antonio; se había puesto a silbar una marcha sin preocuparse de hablarle, y al compás de la música la transportaba como un bulto. Por momentos cantaba: «Olitas de la mar— ¡Qué bellas son para navegar! —Olitas de mar brava— Unas contra otras golpes se daban—». Era la primera vez que reparaba Rosita en la voz de Antonio, bien timbrada a través del ligero velo que debían haberle puesto las brisas de los mares, o quizás el cigarro: no sabía si fumaba, nunca se había fijado, ni en esto, ni en nada de lo de Antonio. ¡No lo conocía! Cantaba para no preocuparse de ella o para demostrarle lo poco que le importaba, seguramente; o sería su costumbre hacerlo cuando caminaba o navegaba. Por momentos detenía un poco el paso y la arrimaba y levantaba con sus fuertes brazos que parecían dos ganchos: en el derecho descansaba su espalda; el izquierdo, pasando sobre sus muslos, la cogía con la mano por detrás de las rodillas, y quedaban colgando las piernas y a

veces la cabeza: pero entonces, con un movimiento del hombro y levantando un poco el brazo, se la afirmaba Antonio contra sí; esto debía cansarle bastante ese brazo y pudo haberle dejado suelta la cabeza y tambaleándose. Con su mejilla tocaba Rosita, a través de la camisa húmeda, el pecho de duros músculos del hombre. No tenía fuerzas ni para sentir asco de este acercamiento contra Antonio: todo lo percibía como a través de una bruma; el mismo canto le parecía venir de lejos. Se daba cuenta, sin embargo, de que habían llegado a la playa y que caminaba Antonio sobre la arena mojada y dura, entonando ahora el rorro que «El Chucao» les cantaba a sus hijos: «Duérmete, cuicito»… Luego cortó y siguió con la marcha que habría aprendido en Argentina, tal vez. Una marcha que marcaba bien el compás, nada más. ¿Por qué había cortado el rorro? Debía cantárselo alguna vez al ahijado y era natural que le viniera, como cualquier otro canto, a la memoria. Pero ahora no cantaba ni silbaba, había detenido el paso y decía: «Bueno, despierte si es que se ha dormido, hemos llegado». La afirmó para subir los peldaños de la escalita. Ya se había abierto la puerta, y el abuelo y Rosalba, al acecho, aparecían con sus angustiadas caras. Hacía una hora que estaban esperándola y varias veces había salido a uno y otro lado el abuelo a ver si venía; pero después, temiendo que a Rosalba le diera el ataque, se había quedado con ella.

Antonio contaba, a su vez, cómo había encontrado a Rosita desmayada en el bosque, al volver él de donde «El Chucao», y ahí la tenían. Habían pasado a la pieza y la depositó sobre su cama.

—¿Qué tienes, cómo te sientes? —preguntaba Rosalba que estaba más pálida que su hija y hubo de sentarse.

Con voz un poco apagada decía Rosita que al caminar por el bosque se había extraviado, y comprendiendo que tal vez no encontraría su camino y venía la noche, un miedo espantoso la había trastornado, había sentido el «anchi». Después, cuando creía haberse orientado, al llegar al «planchado» se derrumbaba, sin fuerzas; y debía estar desfallecida cuando Antonio la recogió.

Como el abuelo y Rosalba, demasiado emocionados, no atinaban sino a interrogarla, sin darse cuenta de que su estado requería atención. Antonio indicó que había que darle un poco de alcohol, vino o lo que fuera, para reanimarla del todo y que pudiera comer y recuperar fuerzas.

Esperó que se lo dieran, y luego, con un seco movimiento de cabeza, como saludo general, dijo:

—Felicidad. Buenas noches.

Rosita lo miró, jadeó como si fuera a hablar y no pudiera, y le pasó la mano.

—Supongo que me dará la mano —articuló, al fin.

Un gesto displicente torció el labio de Antonio, y de mala gana estiró su brazo y ella le tomó la mano.

—Después de lo que usted ha hecho —dijo entonces Rosalba—, ¿cómo puede imaginarse que voy a dejarlo retirarse sin que me acepte comer con nosotros?

Pero Antonio se negó, a pesar de la intervención de Rosita que se lo pedía, también, como un servicio, una demostración de que no estaba mal con ellos. Entonces el abuelo, el único que no había insistido, fue a dejarlo hasta la puerta y al despedirse y agradecerle le dijo que, como viejo que era, se atrevería a darle un consejo: en esta corta vida no había que ser rencoroso.

—Yo no lo he sido con usted —agregó—, que en otros tiempos ofendió a mi nieto. Le he abierto a usted las puertas de mi casa, y si hoy no puede acompañarnos, espero será otro día. —Y extendió su mano que Antonio apretó apenas y sin contestar a sus palabras más que con una imperceptible inclinación. Sabía el abuelo que le tenían pieza donde «El Chucao», pero que cuando se quedaba en la isla grande prefería dormir en su propia lancha, que amarraba en Punta Yal o aquí en la Caleta, a veces en Chonchi. Lo natural hubiera sido que siempre las dejase en Chonchi, cerca de la casa de su amigo. Comprendía el motivo el abuelo: esto le servía para rondar alrededor de Rosita sin que apareciera directamente su propósito. Debía tener por ahí la lancha, ya que se venía de donde «El Chucao» cuando recogió a Rosita. Se perdía por temporadas: luego, entre caza y caza de chungungos, volvía a Lemuy y más lo pasaba entonces aquí, donde ahora el pretexto del ahijado justificaba sus continuas visitas a estas costas. La ruptura de relaciones significada por el no envío del «lloco» pudo haber quedado en nada con este encuentro fortuito, y en especiales condiciones, entre Antonio y Rosita. Mas parecía que Antonio no tenía interés en aprovechar esta ocasión que el destino le regalaba. O necio, pensaba el abuelo, o encaprichado: o quizás ya se habría aburrido de ser despreciado y

no le importaba Rosita. Cerró la puerta, después de mirarlo alejarse.

Afuera, seguía encapotado el cielo, renovando y renovando sus nubes.

# Tercera Parte



# 12

¡La novia de Pingo se casa con Antonio de Lemuy!

Aquí está Rosita, de madrugada, en su roca de la Caleta, despidiéndose de sus cotidianas esperas, de su avistar, día a día, al viajero que no ha vuelto, que tal vez nunca vuelva. Todavía sería tiempo, si Dios quisiera el milagro que le pide. Si no llega, traído por el sol de este amanecer, es que ha muerto, es que Dios ha decidido para ella un destino distinto; porque no es concebible que Pingo no sienta, esté donde esté, el llamado que le hace esta alma de su alma. Está clareando. Las gasas grises que envuelven la bóveda del cielo se van tiñendo de rosa, allá, en la lejanía, sobre las crestas de las montañas. Ahora se destaca, en la luz mañanera, el verde húmedo de las islas: verde de hojas, compacto, como si enormes ramos de árboles hubieran quedado flotando, copas a ras del agua y troncos invisiblemente sumergidos, adornando el mar y verdeciendo aún su verdoso espejo líquido. Quehui, Chelín, Quinchao. Y Lemuy, aquí, casi a mano, la isla de Antonio, donde se divisan distintos colores en los sembrados, las melgas de papas, los potreros de gualputra. Y, en todas, y hacia ambos lados de la costa, y atrás en la propia isla grande, las flechas de las capillas, las aspas de los molinos, y casitas sobre pilotes, en la ribera, que parecen nidos metidos en árboles sin follaje o en perdidos mástiles botados por las olas de los naufragios. Pingo no ha de llegar en esta última espera, y es preciso despedirse de este paisaje que amaba, donde vivieron su infancia y adolescencia feliz, donde Rosita ha revivido cada hora del pasado por el recuerdo, donde lo ha esperado y lo espera un postrer instante, todavía. Pingo no ha de volver, ni volverá nunca. Esta noche será la esposa de Antonio y tendrá que dejar aquí a su madre y al abuelo, la casa llena de sombras del inolvidable pasado, la Caleta, el astillero donde tiende la ropa cerca de las barcas, esta arena y esta tierra y bosques, todo lo que ha visto y querido desde que ha nacido. Tendrá que vivir allá, en la otra isla,

en esa Lemuy de Antonio, con el hombre que casi no conoce, en un hogar que no siente suyo, aunque Antonio ha comprado la casa mejor de la ribera que mira hacia aquí, y desde donde puede divisarse de Punta Yal hasta Rauco. ¡El destino es el destino! Todo la empuja, todo se ha concertado para que llegue a este matrimonio. Cuando parecía que se libraría de la persecución de Antonio por causa de aquel rompimiento significado por lo del «lloco», el desmayo y el encuentro en el bosque se habían encargado, como por obra de brujos —y obra de brujos sería de verdad, porque hasta el «anchi» se lo avisara—, este enredo de acontecimientos imprevistos y muy especiales que habían obligado a reanudar la amistad con Antonio. Tenía carácter Antonio: cuando Juana le había transmitido la invitación de Rosalba se había negado rotundamente a aceptarla, diciendo que no estaba para que le pagaran con una amabilidad lo que creían un servicio; que había recogido a Rosita como hubiera recogido a cualquier persona que estuviese tirada en su camino. Después se habían encontrado, una tarde, en la ruta de Chonchi, cerca del «planchado» donde la había amparado, y ella lo había detenido, diciéndole que estaba contenta de verlo y poder agradecerle, al fin, lo que él se había negado a considerar que mereciera agradecimientos, pero que ella tenía que apreciar desde otro punto de vista, pues nunca sospecharía que tal vez le debía la vida, porque si hubiera vuelto de su desmayo en aquella oscuridad de la noche ya próxima, sola, después del terror que había sentido, seguramente no habría resistido a la impresión. No podía nunca olvidarlo y le rogaba que no se negase a darles su amistad nuevamente. Estaba poniéndose el sol, y ellos, ahí de pie en la polvareda de oro con que los bañaba el enfoque de los rayos transversales, se miraron, a plena luz, como si debieran entregarse mutuamente la verdad íntima de su ser, ya que se iluminaba la de sus cuerpos. Pero la cara de Antonio era la que resplandecía; ella recibía atrás, en el pelo, los rayos. Entonces, Antonio, que no pestañeaba, porque parecía detener con sus pupilas fosforescentes aquella luz atardecida, clavó el mirar de fuego en su mirar de sombras, exigiendo que trasluciera lo escondido:

—Ya no estoy para bromas —exclamó con duro acento—: a su casa no voy como amigo. Si realmente desea que vaya, será como novio suyo.

El bosque daba vueltas ante sus ojos, recordaba Rosita. Se afirmó a un tronco, aterrada de desmayarse. No eran los árboles que bailaban: Pingo, o una forma, un fantasma que se le parecía, zapateaba sobre el «planchado». Si se desmayaba, Antonio iba a tomarla otra vez en sus brazos. No debía, no podía desmayarse. El esfuerzo que hacía para mantenerse de pie le cortaba la respiración.

—El «anchi» —murmuró—, salgamos de aquí. Y como él daba unos pasos adelante, se cogió de su brazo. Eran unos cuantos metros para llegar a la playa. El aire la reanimó. Se sentaron en la arena, contra una roca. Decaía la tarde. Sería preciso atravesar nuevamente el bosque para volver a la casa y sentía que no podría sola: acechaban, ahí, seres invisibles; le tenía miedo a un embrujo. O era, al contrario, este hombre el que, al pretender «desembrujarla» como había contado la Juana que decía, estaba en tratos con la Gente del Arte. Sin embargo, no solo no le tenía miedo, sino que, al recordar que la había llevado en sus poderosos brazos, se sentía protegida a su lado. Deseaba rogarle que la acompañara; pero ¿cómo pedírselo a quien le negaba su amistad?

Al pensar ahora en lo que había sucedido, entonces, en la manera extraña con que se había llevado a cabo su compromiso, volvía a inquietarla aquella idea de que misteriosas influencias actuaran sobre su voluntad. Pero ya no era tiempo de volver atrás en lo de su boda, como tampoco pudo aquella tarde impedir que pasaran, como pasaron, las cosas. Parecía inverosímil, pero así había sido. ¡Por no atravesar el bosque sola y por no atreverse a pedirle que la acompañara, se había comprometido con Antonio! Ni su madre, ni el abuelo, ni la Juana, ni el mismo Antonio lo sabrían nunca. Cuando Antonio le había dicho:

—Ahora está bien, contésteme: ¿se casa o no se casa conmigo? Si es no, me voy mañana mismo para la Argentina, y necesito la contestación inmediatamente. Si es sí, tiene una semana para preparar la boda.

Había contestado, pensando que la acompañaría hasta su casa, que sí; y él la había mirado sin extrañeza, como si fuera la contestación prevista. Durante el regreso por el bosque casi no habían cambiado palabras, y no la había tomado del brazo ni de la mano siquiera. En esta semana de noviazgo, no le había pedido ni un beso, como podía esperarse de un novio. ¿Pretendería

acostumbrarla, poco a poco, a tan imprevista situación? ¿No la querría ya, como antes, y se casaba para humillarla, obligarla a ser suya? ¡Qué falta iba a hacer aquí en la casa! Su madre tendría que buscarse algún chiquillo que la ayudara a barrer, a ir de compras; la sobrina de la comadre se encargaría del lavado de la ropa. Rosalba había perdido su agilidad de antes al enfermarse, era mucho que pudiera coser y cocinar y trajinar un poco. El abuelo tendría que hacerse su cama, el movimiento de agacharse hasta el suelo no lo conseguía aún Rosalba, y apenas si podía hacer su propia cama, por tener catre que la dejaba en alto. Vaya si no había su embrujo en toda esta decisión de su matrimonio: aceptaba a Antonio, precisamente cuando su madre había desistido de obligarla a pensar en él, cuando existían razones para quedarse en casa, cuando con solo haber dicho no, él estaría lejos a estas horas y ella libre para toda la vida, con su tranquilidad, con sus recuerdos, con su espera fiel. Esto significaba una traición al pasado y posiblemente al porvenir, y, sin embargo, era lo que llaman «destino», porque así como se enredara en el compromiso, porque el temor a volver sola la hiciera decir que sí a Antonio, ahora le ataba la voluntad el temor a Antonio mismo; no dudaba que la mataría si se echase atrás, así, a último momento. Solo una disculpa sería posible: la imprevista llegada de Pingo. ¿No sucedían ya los milagros? Virgen Candelaria, ¿no era pedir demasiado, en tan grande angustia, a la madre de los navegantes? ¿No habrá brisas suficientemente poderosas, oh San Lorenzo, para que sea empujada hasta estas playas la barca perdida de Pingo? Si no aparece, oh Jesús, oh San José milagroso, es que será cierto que ha muerto. Hay que volver a casa, va a ser de muchos trajines la mañana. Gracias a Dios, la fiesta será en la taberna del gringo, aquí no lo hubiera permitido, con la sombra amada penando en cada rincón. Habrá que bailar y parecer contenta. Hace sol, pero las nubes pasan y lo velan por instantes; en la tarde puede haber cambiado el tiempo: que corra viento, y vendrá como siempre la lluvia; pero en el corazón ya comienzan las lágrimas.

Resoplidos del acordeón, rasguear de guitarras, y tamboreos, y zapatear, y batir palmas hombres y mujeres. No faltan el aguardiente, ni la chicha de manzana, ni la cerveza. Mientras unos bailan, otros toman en el mesón, y otros —los más viejos y las más

viejas— miran a los que bailan y a los que toman. Pero echan también sus palmoteos y se sirven el licor que les pasan las chicas que ayudan a atender a los invitados de Antonio y de Rosita.

—¡La nave, la nave!

Se ha detenido la música al pedido de uno de los asistentes. Sí, todos quieren que se baile «La nave». En «La nave» toma parte toda la concurrencia de bailarines y bailarinas, por turno; y cada muchacho, y cada muchacha, esperan anhelantes la elección de pareja, cuando sale al centro la persona con quien desea bailar. Y si se oye: «Busca tu vida, niña», son los varones que esperan atentos; pero si se oye: «Busca tu vida, niño», son ellas las que disimulan su inquietud o esperanza de ser la elegida.

Batían palmas, nuevamente sonaba la música. En medio de la agitación pedían ahora los concurrentes que saliera el novio: «¡Antonio, Antonio, que salga el novio!», se oía entre rasgueo y rasgueo. Las copas en alto, los del mesón bebían a la salud de los novios. Entonces apareció en medio del corro. Rosita estaba sentada al lado de su madre y después seguía la Juana, con quien conversaba, por encima de Rosalba. Las guitarras, que se habían detenido, ya tocaban; pero Rosita seguía explicando animadamente algo a la Juana, en tanto el bailarín recorría la pista, ya acercándose a alguna de las niñas, ya alejándose indeciso, al parecer, como es de uso hacerlo, y al pasar frente a su esposa le echó de soslayo una mirada de recelo y reconvención. Luego retrocedió, al compás del canto que iba diciendo: «¡Busca tu vida, mozo —por los rincones—; estará tapadita —cual los ratones!». Volvía ahora, y Rosita lo esperaba con temor de haberle disgustado. Avanzaba Antonio acompasadamente, el sombrero en alto, listo a ser colocado sobre la cabeza de la elegida. El sombrero cubrió a Juana. Entonces, creyéndose que lo hacía por cortesía, al sacar a una de las invitadas, protestó la concurrencia:

—¡A la novia, a la novia!

La Juana se quitó ella misma el sombrero y lo colocó gentilmente sobre la cabeza de su amiga; y Rosita, sin esperar lo que pensara Antonio, se puso en pie y fue adelantando con suave balanceo. Ya vería Antonio si sabía o no bailar «La nave». Con viva destreza seguía el ritmo alegre; los tamboreos aligeraban aún sus pies menudos y Antonio, que lo hacía bien y tenía fama de bailarín,

no podía menos de sentirse bien acompañado. Después de moverse, ambos, los brazos en alto, girando en torno, apartándose y acercándose, venía el momento de la mímica en que la mujer afecta desdén. Se oía: «¡Búscala, búscala, búscala! —¡Si no la encuentras pronto, —a otro déjaselaaaa!». Con una coquetería de la que no se la hubiera creído capaz, Rosita le hacía a su partidario unos desdenes que llamaban la risa, y luego, como solo una esposa pudiera permitírselo, lo provocaba con mimos y miradas, más incitantes aún de las que generalmente se vale la bailarina en este momento de obligar al hombre a cogerla. Ahora la tenía enlazada Antonio, y después de algunas vueltas rápidas, venían cadencias lentas, con avances y retrocesos. Y se oía: «Acaba de salirte. —¿Qué es lo que aguardas? —Echa los imposibles. —Tras las espaldas». Lo sentía rígido contra ella, sin que su abrazo indicara un solo instante la presión tierna, flexible, del hombre enamorado: lo que había que concederle al baile y nada más; llevaba la mímica como se debía y los espectadores recibían la impresión que esperaban de esta danza que es, como muchas, el simulacro de un juego de amor, la conquista del macho sobre la hembra. Sin embargo, esta actitud terca y fría de Antonio le parecía, por instantes, revelar la dominación de sí mismo de un hombre acostumbrado a reprimirse, y encubría tal vez una sorda amenaza, como si le estuviera diciendo: «Espérate, ya habrás de pagármelas todas por junto». Entonces acobardada Rosita, inconscientemente le sonreía, deseosa de aplacar las íntimas cóleras que adivinaba acumuladas desde muchos años en este corazón que había despreciado.

—Háblame —le dijo ella, entonces, tuteándolo por primera vez —, la gente nos está mirando. —Antonio sonrió como si le estuviera diciendo una galantería:

—Eres una vil coqueta, como todas —soltó entre sus dientes que le reían. Pero como la sintió temblar entre sus brazos y la veía palidecer, la afirmó contra sí vigorosamente como para protegerla, pero también demostrándole que se consideraba su marido y que no tuviera cuidado, porque la gente lo comprendería. Y aunque se oía: «A la primera, —súbete a un roble» y debieron haberse desprendido, para girar sola, la dama, tomándose las polleras a cada lado con ambas manos, no la soltaba Antonio y seguía el canto: «A la segunda vuelta —se sienta el hombre».

—¡Se sienta el hombre! —gritaban algunos en medio del canto, y otros empezaban a susurrar bromas un poco fuertes, alusivas al entusiasmo del novio. Por fin, comprendiendo que al abuelo y a Rosalba podía parecerles mal, la soltó. Quedó bailando sola, como le tocaba hacerlo, al son de los versos que continuaban: «Busca tu vida, niña —por los rincones —estará tapadita, —cual los ratones». Debía ahora elegir ella un compañero. Y apremiaba el canto, con furiosos rasgueos de guitarras, y la incitación del palmoteo, y de los gritos: «¡Búscala, búscala, búscalaaaa!» Pero en el momento de quitarse el sombrero, y erguido en alto, buscar a quién se lo pondría, alguien insinuó con sorna que la eximieran de la prueba, porque le iban a entrar celos al novio, y entre risas y risas le quitaron el sombrero. Había salido a la pista una muchachita joven, sobrina de «El Chucao», y proseguía la danza con nuevos bríos que la excitación creciente de la música y del licor convertían en un verdadero barullo.

Rosalba, que estaba cansada y apenada por la próxima separación de su hija, quería volverse a casa: no se sentía con valor de asistir a la cena. Antonio se ofreció para ir a dejarla. ¡Cómo hubiera querido Rosita acompañarla también y quedarse con ella, en vez de seguir aquí en esta fiesta aturdidora! Pero no era posible, y menos ausentándose el novio. Había bebido chicha de manzana con todos, obligada a agradecer cada felicitación de los invitados. Pero no experimentaba la menor alegría, sino una especie de aturdimiento y de mareo, y todavía quedaba la perspectiva de la comida. No era divertido casarse, y quizás lo sería menos después que tuviera que retirarse sola con Antonio. Una cosa solamente le habría dado un poco de dicha: dejarse dormitar, semiinconsciente, en los brazos de Antonio, sentir que la llevara, como el día del desmayo, cantando a través del bosque. Eso, y nada más. Cualquier gesto, un beso siquiera, destruiría esa especie de felicidad entrevista.

Se cimbran las puertas como si fueran a volar en el viento. Arrecia la lluvia con violentos resoplidos. Vacila, en su tubo, la llama humosa de la lámpara, dibujando sombras siniestras. Está muerta de miedo. ¿Es posible, Dios mío? Se ha casado con Antonio por huir del terror, y aquí la tiene abandonada como a un perro sarnoso, sola, abrumada, en esta casa extraña llena de ruidos del viento y de

oscuridades y fríos nocturnos. ¡En vano lo llamó, le gritó, le suplicó! Cuando se le ocurrió perseguirlo, ya no se divisaba entre los negros remolinos de la lluvia; y había vuelto a encerrarse, más temerosa de la tempestad que de esta casa donde podía, siquiera, protegerse de los elementos desencadenados, de «Peucho», que arrastra con todo a su paso. Antonio no se ha llevado ni el poncho, ahí está colgado de la percha como un cuerpo muerto de ahorcado. No quisiera verlo, le parece que es el mismo en su fantasma. Será mejor descolgarlo, tocarlo, y así se le quitará la mala impresión. Está helada, tendida casi desnuda sobre esta cama en desorden. Al arrebujarse en el poncho sube hasta su alma ese sano olor a cochayuyo que es todo lo que le queda de Antonio. ¡Otro que se ha ido! ¡Está maldita! Los «Poderosos» no la amparan, con todo lo que reza y ha rezado en su vida. O es que Dios la elige especialmente para ponerla a prueba. Es Pingo, es la sombra de Pingo, vivo o muerto, que ahora se ha interpuesto para impedirle realizar su nuevo destino; porque su único, su verdadero destino era ser de Pingo, o esperarlo. Sí, lo vio alzarse sobre el cuerpo mismo de Antonio cuando este la tomaba y la hacía suya; entonces gritó, rechazó desesperadamente al esposo, como si se defendiera de un ladrón. Y Antonio, con la furia de un animal rabioso, la mordía, se crispaba, le pegaba; luego, la tiró, maldiciendo, sobre el lecho todo revuelto. «Me voy —le había dicho, entonces—, ahora mismo, me voy». No hacía caso ni de súplicas, ni de advertencias: lo echaba a la suerte, no le importaba la tempestad; si lo arrebataban las olas, mejor, para qué le servia la vida: había trabajado, había viajado, había conocido muchas mujeres. Todo esto lo iba diciendo a medida que se vestía rápidamente, y en cuanto estuvo listo, salió a lo oscuro, al viento, a la lluvia, al mar, seguramente a esa muerte que desafiaba. Este abandono, este sufrimiento, es la lección, el castigo que merece por no haber sido la novia fiel. Cuando una mujer se ha encontrado con el hombre que es, para ella, como la propia mitad de sí misma; cuando le ha sido enviado milagrosamente desde la cuna, y ha vivido confundida su existencia con la suya, hermanos sin serlo y bebiendo la misma leche; cuando ha jugado y llorado, día a día, con él, como su sombra; cuando lo ha amado, después, como cumpliéndose la natural consecuencia de un destino que una especial Providencia preparaba desde antes que naciera; cuando

todo está gritando: «Este hombre es de esta mujer, esta mujer es de este hombre», romper el sagrado lazo que la misma muerte no permite romper, es un sacrilegio cometido contra la divinidad que tiene cada ser. Nunca serán bastantes las lágrimas del arrepentimiento, y si ha de pagar con la vida de Antonio, pagará: él también, su cómplice, al fin, el que la indujo a la traición, está pagando: ¡Ay, Antonio, que llamó Caleuchón a Pingo!

Tiritaba Rosita, a pesar de haberse abrigado. Sus dientes castañeteaban y le parecía que también le temblaba el cerebro, donde imágenes incoherentes hacían muecas, como si dentro de su cabeza se hubiera armado un escenario de títeres. Había entornado los párpados y los abrió para ver algo que no fuesen estas figuras contorsionadas. Pero al fijar la vista en la luz humeante de la lámpara, se dio cuenta de que no era humo lo que salía de la mecha y teñía el tubo, sino una sombra que tomaba «resuello», como sucede cuando se echa al mar un cabello de mujer y este se transforma en culebra. El olor del humo tampoco lo era de humo, sino que se esparcía por toda la pieza como emanaciones de brea: luego se oyó un martilleo y «El Chucao» cantando, en la entonación del «rorro», las coplas contra Pingo; pero solo repetía dos versos: «Caleuchón, a nadie hallaste, —y con nadie casarás». La sombra que había tomado «resuello» era ahora una especie de hombre con la cara de Antonio: «El Chucao» le había aserruchado una pierna y se la estaba clavando en la espalda con grandes martillazos, en tanto repetía: «Caleuchón, a nadie hallaste, — y con nadie casarás». Luego, tomándole con sus dos manos la cabeza, se la torcía dejándole la cara vuelta hacia la espalda. Rosita se había tapado los oídos para no oír la horrible crujidera de huesos, pero nada crujía; se oía solamente una risa siniestra, unas carcajadas como las de la «Voladora» y salían de la boca de Antonio, convertido en «Invunche»[32]. En ese instante reparó Rosita en que no era «El Chucao» el que había ejecutado esta operación, sino el mismo «Macho Cabrío» que había tomado su aspecto para despistarla; tampoco estaban en el astillero, sino en la «Cueva», y todo esto era obra de la «Gente del Arte». Ahora sacaban afuera el «Invunche» y lo azotaban obligándolo a caminar por la calle. Los vecinos salían aterrados ante los chivateos que anuncian una próxima desgracia. ¿Adónde lo llevarían? ¿Para quién sería el daño? Era tal vez uno

más, entre tantos «Trocados» destinados al «Caleuche» y lo iban a embarcar en algún bote. De pronto, el humo de la lámpara se hacía tan espeso, que velaba lo que estaba sucediendo. Rosita se había levantado a acortar la mecha, y sintiendo sed había tomado la lámpara para ir hasta la cocina donde había preparado, a la hora de comer, solamente un poco de té: había sido muy abundante la comida de bodas. La cocina era muy de su gusto, bien surtida de brillante batería. La lámpara humeaba otra vez iluminando con incierta luz. Sin embargo, al abrir la puertecita de la cocina divisó a alguien que descolgaba una paila. Una risa estridente le hizo comprender: era la «Voladora» y estaba buscando la paila para dejar en ella sus tripas y poder salir a volar. Rápidamente se las había arrancado y se agazapaba, esperando que el Diablo le ayudara a volar. Entonces Rosita preguntó, llena de angustia: «¿Adónde va?», y ella, tomando vuelo y desapareciendo, contestó con su risa que se llevaba a Antonio. La impresión le hizo soltar la lámpara, que cayó, produciéndose una gran llamarada. Tiritaba, tiritaba, pero veía que la lámpara estaba siempre sobre la mesa, alumbrando débilmente. Un golpe de viento estremeció la puerta y la ventana y por el vidrio cruzó el zigzag de un relámpago. No reconocía esa ventana, ni esa lámpara, ni esa pieza. ¿Dónde estaba? ¿Había delirado o soñado? ¿Qué pesadilla era esta? ¿No se había casado ya con Antonio? Aquí era la casa de Antonio. Pero ella estaba sola. No estaría aún bien despierta, debía estar soñando. Había tenido una pesadilla, sí. ¿Pero dónde empezaba aquella pesadilla? ¿Dónde estaba Antonio? No era posible sufrir tanto y que fuese real este sufrimiento. ¡Antonio la odiaba, Antonio le había pegado, Antonio se había ido!

Los truenos repercutían ahora rompiéndole el corazón: tendría la culpa si moría Antonio. Lo había rechazado como una mala esposa y, loco de rabia y dolor, había preferido afrontar la tormenta con tal de huir de ella. Rugía el mar junto con el trueno y el viento. ¡Oh qué infierno de bulla! Antonio se había embarcado sobre estas olas embravecidas: qué importaba, decía. Antonio era de los que no le tienen miedo al mar, ni a la muerte.

Amanece. Toda la noche ha sido de tormenta. A estas horas ya no vive Antonio. Ya no se oye la bulla de afuera. La pieza está llena de sollozos.

# 13

—Es mujercita, y tan sana como lo eras tú —dijo la comadre, presentándole a la recién nacida, cuyos fuertes chillidos la habían despertado de su letargo. Se la pasaba para que la besara. Rosita le acarició la suave frente sin atreverse a besarla.

—¿Se acuerda, comadre —dijo el abuelo—, en qué apuros estábamos cuando llegó esta? —señalaba a Rosita. Entre trueno y trueno, grito y grito de Rosalba, y el viento ya volaba la casa. Esta chiquitina supo elegir mejor día.

Rosalba había tomado a la niña y la recostaba en su cuna, mientras el abuelo besaba a Rosita, que se había puesto a llorar.

—Será el consuelo de tu vida, y lloras; vaya hijita.

Bien comprendía, sin embargo, cuántas cosas venía a remover en el corazón de su nieta la vista de la recién nacida. Si no hubiera prendido en el vientre de Rosita la semilla de Antonio, parecería que la pesadilla de aquella noche de bodas y la muerte del fugitivo no habían pasado de ser un mal sueño que puede olvidarse: vuelta ella al hogar, y avivado el recuerdo de Pingo por enfermizos remordimientos, que la hacían ver un castigo en toda esa tragedia, la vida hubiera recomenzado como antes, dividida entre las tareas familiares y la ilusoria espera y la rememoración del pasado. Ella misma había confiado estos pensamientos cuando temió estar embarazada. Pero la hija de Antonio estaba ahora ahí, llena de vida, y si la Providencia la mandaba, tenía que ser para bien y consuelo de Rosita. Era probable que nunca volviese Pingo, a quien Dios ya debía haberle señalado su lugar en el cielo. Un viejo puede vivir conforme en el pasado y en el recuerdo, un muchacho con la imaginación de Pingo, también, y si se hubieran invertido los destinos y fuese Rosita la desaparecida y Pingo el que esperaba, no dudara en que así sucediera. Pero Rosita era una mujer, con bastante sentido práctico, bien heredado de Rosalba, y esta chica, en su existencia, vendría a ser lo que ella misma había representado

para su madre. Y, para él mismo, iba a renovar la infancia de las dos, con los goces que da la presencia de los niños. Le había tomado una mano y ella se la apretaba; sin hablarse, sabían que estaban pensando en lo mismo. Sin embargo, de pronto corrieron nuevas lágrimas sobre las mejillas pálidas de la enferma.

—He de quererla —dijo—, pero con este nacimiento, después de mi boda desleal, me parece como si por segunda vez matara a Pingo en mí.

—Qué mal lo que dices; tu hija es como una muñeca de carne y de alma que va a entretener tu vida. Tu hija es tuya solamente, eres su padre y su madre; considéralo así, del momento que Antonio hizo presión sobre tu voluntad para conseguirte. Eres libre de recordar cuanto quieras a Pingo, y aun podrás después hablarle de él, que fue tu hermano. Yo mismo me entretendré contándole su vida y la tuya cuando eran pequeñuelos y aprenderá a quererlo con nosotros. Yo deseo que volvamos a hablar cada día de Pingo, como antes. —Sollozaba de agradecimiento Rosita.

—Retírese de ahí, compadre —dijo entonces, al otro lado de la pieza, la comadre, que estaba arreglando las ropas y pañales de la guagua. Le parecía muy mal que se agitara la enferma en momentos en que debía permanecer en calma.

Ya sola, entornó los párpados Rosita, simulando un reposo que podía parecer tal a quienes se contentaren de la inmovilidad, sin tratar de leer más allá de los cerrados ojos la íntima agitación del alma. Los sufrimientos físicos ya no la estorbaban, haciéndole olvidar todo lo que no fuera, aquellos espantosos dolores, y ahora que sabía que tenía una hija de Antonio, volvía a su recuerdo la noche de bodas y la tragedia al día siguiente, cuando, rendida por las emociones y el sueño, la despertaban con fuertes remezones en la puerta, que creía todavía ser el viento; y aparecían los vecinos, gente que ni conocía, trayéndole el cuerpo que habían botado las olas.

Primero había visto chorrear el agua que caía de la improvisada camilla en que lo transportaban, como si le trajera un poco de ese mar que lo ahogara. Luego, un imprudente lo había descubierto, y ella al verlo cadáver y deformado, muerto irremediablemente y por su culpa, se había sentido enloquecer: apartando a las personas que se habían juntado en la pieza y en la calle, había salido corriendo,

tal como estaba, en camisa y con el poncho. Y no había sabido más. Días después, ya en su hogar, donde la devolviera un amigo de Antonio, sin que su enajenamiento le permitiera darse cuenta de nada, habíanle contado su madre y su abuelo cómo había sido difícil alcanzarla, y el temor de la gente a que fuera a tirarse al mar si no la atajaban a tiempo. Un grupo de pescadores la había detenido, por fin. Uno de los compañeros de Antonio —uno muy alto que había asistido a la boda— la había traído y se había vuelto a Lemuy, para ocuparse del entierro con «El Chucao». Gracias a esta impresión y a la enfermedad que le había provocado, se había salvado de los comentarios malévolos. Además, el abuelo le había aconsejado, ya que realmente su memoria le fallaba en todo lo que había sucedido desde que se arrancara, que dijera que solo recordaba que Antonio, a medianoche, al sentir la violencia de la tempestad, había salido a cerciorarse de si estaría firme la amarra de la barca. Ella lo había esperado, angustiada, y al ver que no volvía había salido a llamarlo y luego, aterrada del viento y los relámpagos, en aquella oscuridad, en un sitio que no conocía, se había vuelto y tirado sobre la cama esperándolo, hasta que el cansancio y el sueño la habían vencido. Profundamente dormida, solo había despertado a los fuertes golpes que daban en la puerta, creyendo, primero, que era siempre el viento que golpeaba. «El Chucao» y la Juana, que parecían un tanto recelosos al oír aquel relato, se habían entregado, cuando la vieron embarazada, porque esto daba a entender que lo que suponían no era lo efectivo, y pudiera haber sucedido lo que ella había contado.

No quisiera volver a pensar en aquella desventurada noche, ni jamás en Antonio; pero ¿cómo olvidar del todo, teniendo ahora para siempre a la hija que forzosamente los unía? Aunque dijera el abuelo que la considerara solo suya, no faltaría algún parecido en el físico o en el carácter para que se lo recordara; su misma existencia le estaba gritando y le seguiría gritando: «Vivo, porque Antonio fue tu esposo». Si Pingo volviera, ¿cómo podría disculparse nunca?

Y muerto, ¿no le debería allá, igualmente, explicaciones que nada borrarían, al fin? Y siempre, siempre, estas mismas ideas torturadoras, este dársele vuelta en la cabeza el recuerdo de Pingo, tras los recuerdos de Antonio. El terrible y dulce Pingo que no podría ser nunca olvidado. La había embrujado desde la infancia,

cuando se creía ella efectivamente su sombra, y Antonio no había conseguido romper el encanto: a tiempo había intervenido Pingo, a tiempo; un instante más y tal vez Antonio… ¡No, no, no habría vencido!

Y si no, era preferible que hubiese muerto. ¡Se alegraba, se alegraba, sí, de la muerte de Antonio!

—¿Está muerto? ¿Están bien seguros de que ha muerto? —gritó, un poco extraviada, como lo había hecho a menudo en los días que había estado enferma, después de la tragedia. Entonces se acercaron Rosalba y la comadre, le tocaron la frente que ardía. Rosalba propuso que le hicieran una agüita de «huelhue», anteriormente le había probado bien esta «medicina de espanto», y la agitación no era de la fiebre, sino sustos que todavía le venían cuando recordaba la muerte de Antonio.

—También es de la fiebre —dijo la comadre—, le prepararé una mezcla con «llantén», y verá que se le quita.

—No tengo llantén, pero puedo darle hojas de «luma».

Sin embargo, se había calmado sola Rosita, quizás si con la distracción de sus pensamientos al sentirlas rondando y «pillunteándose» junto a su cama. Se daba cuenta de que había gritado y que por este motivo la rodeaban y querían darle alguna bebida.

—Que me dejen sola —pidió—, quiero dormir. —Y como se oían vagidos, recordó a su hija. Ahí está, no ha de permitirme que olvide. ¡Que se calle, que se calle!

—No te inquietes, voy a llevar la cuna a la sala —dijo Rosalba.

Al fin estaba sola, pero bien sabía que no podía dormir. Se sentía avergonzada de su dureza con la recién nacida. Era una madre desalmada, pensaba, y cuando se confesara de esto, ya no podría decirle como para lo demás el señor párroco, bondadosamente: «Hablaremos después que nazca la criatura. Dios no va a estar tomándole cuentas a una pobre mujer que espera a un niño y debe preocuparse solo de su estado. Quede en paz». No quedaría nunca en paz. Ahora habían sacado a la niña, pero sentía hinchados de leche sus pechos, y era como si la oyese gritar todavía. Esto del nacimiento de un ser le parecía lo más milagroso que pueda hallarse en la vida y ayudaba a creer en brujerías.

¿Era posible que porque un hombre se había acercado un

segundo a una mujer, casi sin que se diera cuenta ella de lo que pasaba, un oculto poder, más poderoso que todos los de la «Gente del Arte», trabajara misteriosamente en sus entrañas sin pedirle ayuda, siquiera, y generara esta cosa de carne viva que se llamaba una criatura? Y la traía hasta con su alimento listo. Si no, ¿por qué sentía esta leche que la molestaba y que aún tan solo para aliviarse debería darle a la muñequita mágicamente modelada, que ningún juguete de cuerda, construido por el más hábil fabricante y con infinitos trabajos, nunca igualaría? ¿Cómo no creer, entonces, en el «Cachín» o cualquier «mal tirado», en todo lo que puede hacer y conseguir un brujo, cuando cualquier hombre con un simple abrazo conseguía esto? Había algo más; en toda mujer debía suceder lo que con la Virgen: «por obra y gracia del Espíritu Santo» concebían, y solo para humillarlas en su soberbia y diferenciarlas de la Santa Madre permitía el Señor esta intervención del hombre. Ahora comprendía y se explicaba el milagro. Se sentía tranquila, invadida por una especie de respeto de sí misma, como frente a un tabernáculo. Los poderes del Cielo se le demostraban superiores a los poderes del Demonio. En la «Cueva» se fabricaban «Invunches», ¿pero qué eran estos seres monstruosos, comparados con el hombre, hecho a semejanza de su Creador? Luego, al decirse estas cosas un súbito temor se apoderó de su debilitada mente: a esos «Trocados» los fabricaban con niños recién nacidos que algún brujo o «Voladora» se encargaba de robar en sus cunas al menor descuido. Trató de incorporarse, y recordando que habían trasladado la cuna a la sala se puso a llamar, despavorida, para que le trajeran a su hijita.

—Quiero verla con mis propios ojos —contestaba a la comadre que venía, trayéndole la tisana, y le aseguraba que la niña estaba con Rosalba. Y no se aquietó sino cuando se la pusieron en su misma cama. Quería darle el pecho, pero no se debía hacer esto hasta el día siguiente, solo agüitas podía ingerir una criatura hasta que botara flemas y flatos. Hubo de conformarse.

—No te muevas —dijo la comadre—, te daré por cucharaditas la tisana.

Estaba sola, nuevamente, es decir, en esta única compañía de su hija, y aprovechaba que nadie la veía para atraerla contra sí, la cabecita reposando sobre su brazo un poco levantado para ponerla

cómoda. Quiso cantarle despacito una canción de niños y se le vino a los labios la única que sabía, el rorro que «El Chucao» les cantaba a sus hijos: «Duérmete, cuicito». Pero este canto y el movimiento un poco forzado de su brazo sujetando a la criatura golpeaban en su cuerpo y en su espíritu, despertándola de este sueño en que parecía vivir presentemente, y se sintió en los brazos de Antonio que la llevaba por el bosque, sin demostrar cansancio; de cuando en cuando, la levantaba un poco y la arrimaba contra sí para afirmarla, y erguía un poco el brazo para que su cabeza no se tambaleara; ya silbaba, ya cantaba, sin preocuparse más de ella que si fuera un bulto; transpiraba por el esfuerzo y ella se sentía envuelta por su voz que se esparcía en un leve vaho a cochayuyo: «Olitas de la mar —¡Qué bellas son para navegar!— Olitas de mar brava —Unas con otras, golpes se daban—». Sus fuertes brazos parecían dos ganchos; en el derecho descansaba ella su espalda; el izquierdo, pasando sobre sus muslos, la cogía con la mano por detrás de las rodillas, y quedaban colgando las piernas y a veces la cabeza: pero entonces, con un movimiento del hombro, levantando un poco el brazo se la afirmaba contra su pecho, y sentía ella, a través de la camisa húmeda, los duros músculos del hombre. Ya no estaban en el bosque, Antonio pisaba la arena mojada de la playa: pronto llegarían, y cesaría esta dulcedumbre de estar mecida y oírle: «Duérmete, cuicito, duérmete mi amor». ¿Qué maldita varilla destruía todos los buenos sortilegios? ¿Qué otra varilla tocaba lo olvidado y lo traía como un regalo vivo, otra vez? ¿Qué embrujos unían unas y otras cosas? Tenía una hija y la había concebido de Antonio gracias a este mecerla él en sus fuertes brazos, llevándola por el bosque y por la playa en la dulce melodía del rorro. Ahora estaba segura de que ahí había comenzado el embrujo de Antonio contra Pingo: ella había deseado, querido, un hijo de Antonio. Pingo no logró impedirlo y le pidió al mar la venganza contra Antonio. Y Antonio, a su vez, pretendía arrebatársela y amarrarla con una criatura nacida de él. ¿Cómo negar los ocultos y misteriosos poderes, si hasta las sombras se batían y se vencían unas a otras? ¿Podía ella, una débil mujer, seguir luchando contra sí misma y contra todo ese invisible que la cercaba con más apremio que una barrera material? Debía rendirse, dejarse querer, a esta hija de Antonio. ¡Y la quería, cuánto la quería! A pesar de Pingo, y a pesar

de Antonio. ¿No la habían abandonado los dos? ¿Qué le quedaba en esta triste vida sino su hija? ¡Al fin se sentía, por ella, desembrujada de uno y otro!

Un hondo suspiro levantó su pecho, como si hubiera exhalado todo ese mal que desde años la oprimía.

Serena, tierna, trataba ahora de entonar el canto, pero apenas susurraban los cansados labios: «Duérmete, cuicito…».

# Epílogo



# 1

El pequeño astillero ha recobrado su antiguo aspecto, desde que «El Chucao» trabaja por su cuenta en Castro, y está nuevamente solo el abuelo con un muchachito que le ayuda: algunos tablones de alerce, junto al tarro de brea y al balde de pintura con la brocha puesta transversalmente que gotea verde espeso sobre la arena; un bote a medio hacer espera que encajen sus palmerajes, su boza y bancadas; dos lanchas viejas están tumbadas para el calafateo y asoman por las heridas las mechas de estofa; el hornillo, echando su humareda; más allá dos antenas, las velas destinadas al bote —mayor, trinquete y foque—, recién compradas y blancas; cerca de la casita, entre sus dos estacas, el cordel donde se cuelga la ropa. El muellecito que daba un aspecto de novedad también ha desaparecido, llevado por las olas una noche de huracán. El tiempo está gris, ceniciento, como siempre. Un poco más arrugado el abuelo, un poco menos firme su brazo para martillar. Y es que han pasado los años, aunque no parece. Al guardar los utensilios del trabajo diario, ha echado un vistazo abarcando el pequeño emplazamiento del astillero y ha pensado en esta apariencia igual que todo, aquí, y en su vida misma, porque recuerda que mañana se celebran los quince años exuberantes de la bisnieta, esa
María-Rosalba
que, por su exacto parecido con Rosita en aquella misma edad, le hace dudar por momentos de que han corrido los años; y es que, también, al envejecer Rosita, ha tomado el mismo cuerpo de Rosalba, llegando a darle la ilusión de que su amada hija no ha muerto, aunque hace diez años que se la llevó ese ataque maldito. Entonces, para consuelo suyo, Dios había permitido que prosiguiera, renovada pero semejante, aquella misma existencia, entre dos mujeres que ve como si continuaran siendo las dos anteriores: una Rosalba que viviese todavía, una Rosita en la flor de su adolescencia. Pero a esta

María-Rosalba
de los quince años primaverales no le brillan aún los ojos, con aquella luz de amor que irradiaban los ojos embelesados de Rosita. Pingo había encendido una llama que tal vez no arderá nunca, o de otra muy distinta manera, en el nostálgico mirar de
María-Rosalba.
Es mucho más soñadora que su madre, que solo lo fue debido a las circunstancias de su vida y por el contagio de la maravillosa fantasía de Pingo y un poco —¿por qué no?— de la imaginación del abuelo.
María-Rosalba
ha heredado directamente esta imaginación de su bisabuelo, y hay que ver cómo se avienen los dos: casi le reemplaza los dulces momentos inolvidables de la encantadora compañía de Pingo. Además, le procura el placer y consuelo de hablar de Pingo, ese extraño hermano de su madre, cuya existencia, hecha de misterio, le encanta. Siempre que dice el abuelito: «lo más probable es que Pingo haya muerto», ella protesta con mucho mayor empeño que Rosita: tiene que haber descubierto la Ciudad de los Césares y no le ha sido posible salir de ella. Esa sería su única disculpa de no retornar, dice entonces su madre. Y al abuelo le gusta que crean en esto de César, a pesar de que él mismo, solo como a cosa de cuento le sabe, así como la existencia del «Caleuche», que nunca ha divisado. Si se engañan, piensa, no es mucho el engaño: su larga vida le ha hecho comprobar, más y más, cada día, lo engañador de todo, el carácter de apariencia de los seres que cambian y se transforman, como un cielo en continuo movimiento de nubes y azules y lluvias, o de grises encapotamientos que —si bien se mira — nunca son acolchados por la misma masa nubosa. Con su hija, con sus nietos, siempre ha tenido esta manera de proceder para enseñarles la vida, y más previene a
María-Rosalba
contra el posible engaño de lo real que de lo imaginado, que al fin por llevarlo dentro de nosotros sucede, ahí, a su modo. Por eso,
María-Rosalba
ha tenido que oírle también su máxima favorita: «Nuestra vida existe, y no existe; se parece al “Caleuche”, se divisa, tal vez, solamente». Sin embargo, no siempre consigue hacerle suplir con la

fantasía lo que hace falta en las personas o las cosas. A Anchuco o Antonito, que es su amigo, apenas si lo acepta como compañero de baile, de paseo, lo ve tal como es: rudo, práctico, feo como el mismo «Chucao», y no hay caso de que pueda nunca enamorarse de él, como hubieran querido Rosita y la Juana. «Es muy chiquilla todavía —dice Rosita—, no le ha llegado la edad de querer». ¡Qué error! La niña no está preocupada sino del amor, bien lo sabe el abuelo a quien le hace mil preguntas a este respecto, diciéndole a menudo: «Yo no me enamoraré de cualquiera, y no me casaré, sino cuando me enamore». Rosita desea, naturalmente, que se case su hija, y ya comenzarán las discusiones, la presión sobre la voluntad de la niña tal como lo hacía Rosalba con Rosita: la vida se repite, y hasta en estas circunstancias le parece al abuelo volver al pasado y que no cambian mucho ni las cosas, ni las personas, ni los hechos. Ha echado una nueva mirada en derredor, al astillero, al mar, a la Caleta desprovista, a la casita sobre pilotes, y todo, todo, le confirma sus pensamientos. Ahí esperaba en esa roca, a Pingo, Rosita. Pingo existía y podía esperársele. Es en su propia alma que espera al imposible enamorado
María-Rosalba,
como lo esperan siempre todas las mujeres: hay un príncipe encantado que nunca llega, y por eso se casan con cualquier hombre las que saben que no llega, y las otras se quedan solteras.
María-Rosalba
es de estas últimas.
María-Rosalba
merece un príncipe, no se casará nunca con Anchuco. ¡Muy bien,
María-Rosalba!
¡Y esta Rosita que lo tenía y no lo supo esperar! De pronto se ha dado cuenta el abuelo de que si Rosita no se hubiera casado con Antonio, su querida
María-Rosalba
no le estaría alegrando el fin de su vida. Dios sabe lo que hace: el destino es el destino.

—¡Abuelito! —llama por la ventanita
María-Rosalba.

—Voy, voy, estoy recogiendo las cosas. Si alguna personita me hubiera ayudado a recoger todo esto, ya estaría en casa.

Y ahora hela aquí, con su afán juvenil, doblando cuidadosamente las tres velas olvidadas sobre la arena como alas muertas. Luego descuelga la ropa del cordel —banderas que se quitan después de la fiesta del trabajo diario—, y vuelven los dos del brazo, como volvía antes con Rosita, y entran a la casa donde se esparce un suave olor a «luchicán», ese luchicán que preparaba tan sabroso Rosalba, y cuyos secretos de cocimiento transmitió a Rosita, a esta Rosa que tiene ahora el mismo cuerpo engrosado de su madre, y que sale como ella a recibirlos; porque también, como Rosalba, exige que siempre quede cerrada la puerta, aun cuando bajan a la playita solamente.

—No has puesto la mesa todavía —dice un poco regañona, sin acordarse de que también se atrasaba, en sus buenos tiempos de muchacha, y más que su hija, porque venía de sus lejanos paseos con Pingo.

Se apresura María-Rosalba y coloca platos y vasos, yendo y viniendo desde la alacena a la mesa. Pone en cada sitio su respectivo pedazo de «milcao». En el florero luce un blanco racimo de muermo: no ha encontrado a mano otra flor y ha puesto esta que le regaló Anchuco: si protesta la mamita, que proteste. ¿Por qué no le gustan estas flores? Bueno, no es flor para floreros, mejor se ve en el árbol. La habrá cogido, al pasar, Anchuco, y se la regaló no por hacerle una atención, sino por no seguir con ella o tirarla. ¡Qué se le va a ocurrir regalarle una flor a Anchuco! Esto mismo piensa también el abuelo, que le sigue cada movimiento y la ha visto detenerse un instante a contemplar la inflorescencia blanca. ¡Oh María-Rosalba, nada te dice y trae esta flor que viene sin mensaje! A tu edad, precisamente, rebosaba de amor el corazón de tu madre, y mientras ejecutaba estos menudos trajines cotidianos, su mirada brillaba de íntimo júbilo: ya se abriría la puerta y aparecería el amado. Solo esta nostalgia en el mirar de María-Rosalba le hace dudar al abuelo de que no sean los mismos tiempos, de que no va a golpear en la puerta el irradiante Pingo.

# 2

Una mañana, muy de madrugada —aún no despuntaba el sol—, llegó «El Chucao» a buscar al abuelo. Decía, lleno de reservas, que lo necesitaba para una urgente empresa y que le hiciera el favor de acompañarlo. En vano quiso averiguar Rosa de qué se trataba. «El Chucao» meneaba la cabeza, dando a entender que ya sabría después, a la hora en que regresaran; no podía por el momento sino asegurarle que podía estarse tranquila, no era ninguna cosa para afligirse; al contrario. No le pareció propio insistir, pero se prometía a sí mismo salir de la curiosidad yendo en persona donde la Juana que tendría que informarla. Mientras les preparaba un desayuno, alcanzaba a divisarlos desde la cocina; y la cara de misterio de «El Chucao», la voz baja con que enteraba del asunto a su abuelo, le hacía suponer que se trataba de algo importante y que tal vez le concernía a ella, del momento que los secretos paraban en seco en cuanto asomaba la nariz en la sala.

En efecto, no bien estuvieron afuera, y seguía ella cavilando, comenzó a explayarse «El Chucao». Se trataba, nada menos, de que había vuelto Pingo a la isla.

—Tómese de mi brazo —le decía al abuelo—, la emoción me lo pone a usted todo tembleque. Sigamos por aquí —indicó—, vamos a internarnos por el bosque hasta llegar a un claro, donde nos esperan los demás.

El abuelo ponía objeciones a aquella noticia, porque le parecía que, de llegar Pingo, se hubiera dirigido directamente a su hogar, y no estaría recorriendo como un extraviado el bosque, que se conocía como su propia casa. Debía tratarse de algún forastero. En otra ocasión, hacía años de esto, el sacristán había pretendido también que Pingo se hallaba escondido en la selva. Cada vez que salía de viaje un muchacho, ya lo estaban sintiendo y oyendo por todas partes.

Esta vez era cierto, aseguraba «El Chucao». El hombre que había

sido divisado tenía la inconfundible cabellera de Pingo, y la lancha amarrada en Punta Yal, en la que se suponía había llegado, tenía dentro el bongo del cual nunca se separaba Pingo, y que llevaba siempre que saliera a excursiones más lejanas, donde forzosamente había que ir en lanchas.

—¿Recuerda usted? —preguntó «El Chucao»—. Yo siempre lo decía que más era lo que estorbaba su famoso bongo. Se porfiaba, contestando que lo necesitaba. No soportaba estarse con gente mucho rato, y en el momento menos pensado lanzaba al agua el bongo y ahí nos dejaba esperándolo en la lancha.

No había duda posible, era Pingo, decía «El Chucao», y refería, ahora que estaban solos, todos los detalles de lo que se sabía. En primer lugar, el hijo de Leoncio había llegado contando a su padre, anoche, que al ir a buscar unas redes olvidadas en el bote, un hombre muy raro, con aspecto de mendigo y de loco, vagaba por la ribera y, al divisarlo, se había escondido detrás de una roca. Después, cuando volvía a su casa el jardinero del señor cura, se lo había topado casi cara a cara en uno de los senderos por donde huía hacia el bosque. Seguro de que era Pingo, a pesar de que este, en vez de reconocerlo, arrancaba, volvió sobre sus pasos a contarle al señor cura.

—El señor cura y el jardinero —explicó, animado, «El Chucao»— se metieron entonces al bosque por donde pensaban que pudiera estar escondido, y en el claro que dejaron los roces lo divisaron cavando con una picota.

El abuelo comenzaba a tomar más en serio la cuestión. ¿Si este loco de Pingo habría seguido los consejos que le diera, de niño, tomando al pie de la letra sus palabras? ¿Si habría ganado tanto dinero como para considerarlo un tesoro y estarlo enterrando en aquel sitio árido, sea para esconderlo, sea para dejar ahí esa porción que era preciso sacrificar?

—Ya verá usted, como prueba, la tierra removida —dijo «El Chucao»—, pero lo que escondía no se sabe lo que sería. Parece que se dio cuenta de que lo seguían y continuó más allá sin recoger la picota, siquiera. Entonces me mandó avisar por el jardinero el señor cura, pidiéndome que viniera a buscarlo a usted y nos encontráramos en aquel mismo sitio. Usted podrá comprobar lo de la excavación, y enseguida buscaremos con usted a Pingo —porque

es él, créalo— y cuando se dé cuenta de que viene usted mismo en busca suya ya saldrá solo de su escondite.

—Si lo ha reconocido el jardinero, que es hombre serio y lo quería, debo entregarme —contestó el abuelo—, pero no deja de sorprenderme que, en vez de presentarse en mi casa, se oculte como un bandido.

Llegaban al sitio de los roces y el señor cura les salió al encuentro. Estaba ahí, además del jardinero, un indio que habían traído para hacerlo seguir las huellas. Temía —explicaba el señor cura— que estuviera un poco trastornado el fugitivo, y al no dar con la casa del abuelo, receloso y extraviado, prefiriera permanecer oculto. Era el deber de ellos buscarlo hasta que se encontrase.

Siguieron, entonces, tras el indio, uno en pos del otro.

Ya se ha teñido el cielo de arreboles. Amanece, pero deben estar durmiendo aún en la casa. Avanzará hasta alcanzar a contemplarla; después, será dulce esperar que se abran las ventanas, que aparezca en la puerta el abuelo, quizás Rosita. ¡Todo está igual! Todo está igual… sin embargo, deben haber corrido los años. Embriagado por la sed del oro, no se sabe que están sucediendo los acontecimientos que hacen pasar el tiempo: el brillo de las pepitas ciega, y a fuerza de contar y contar amarillos granos del maldito metal, se pierde la noción de las horas, de los días, de los años; se encorva la espalda, se secan los ojos, se ponen ásperos los dedos… ¿Para qué? Para ofrecerle a la novia, en cambio de la juventud perdida, una ya inútil riqueza. Rosa lo habrá esperado cada noche, y cada noche él ha deseado volver. Pero, al fin, las brisas del recuerdo empujaron una tarde su barca hasta las playas del hogar: ahí mora su amada; y, calladita, en la sombra, mora su infancia llena de sueños. Deben estar durmiendo Rosita, el abuelo, mamita Rosalba; su cama vacía lo espera, cubierta por la colcha blanca. Guardados estarán siempre, dentro de la cómoda, los caracoles que recogían en la ribera; y Rosa riega, cada día, la mata de «puelo» que trajeron del bosque para preservarse de cualquier «mal tirado»; cada noche la esconde para que no la arranquen los brujos. Mamita Rosalba protege la doncellez de su amada contra los ataques solapados del «Trauco»: desparrama, en las esquinas de la pieza, montoncitos de arena que hacen entretenerse al duende violador, contando y contando los menudos granos. Ahora resplandece la luz. ¡Qué hermosa mañana!

Pronto despertarán. Con gusto dormiría un instante, sobre la arena; está rendido de tanto remar y remar; y vagar después, a lo largo de la costa y del bosque. La bruja le dijo a Rosa: «Envejecerás antes de que vuelva Pingo a tus brazos», y Rosa contestó: «Alma de mi alma, yo lo esperaré». Y la bruja volvió a predecir: «Un viaje, dos viajes, diez viajes, mil viajes». Oh, Rosa, no llores, todo ha sido una pesadilla. Ahora vuelve tu amado. Eran unos niños —recuerda— cuando se comprometieron. Ella dijo: «Cuando sea grande quiero casarme contigo». Y él contestó: «Yo también quiero que seas mi mujer, y te construiré una casucha al lado de la del abuelo». Y ella preguntó: «¿Habrá que esperar mucho tiempo?». Y él aseguró: «Días, y días, y días; pero mientras tanto jugaremos a ser novios. Los novios no se aburren, ni pelean, como los casados; viven soñando en lo que sucederá después, en lo que nadie sabe todavía cómo va a ser». Convinieron en que era mucho más interesante ser novios. ¡Oh, Rosita! ¿Dónde están esos niños, dónde estamos nosotros? ¿Por qué todas esas niñitas y esos niños que lo rodean? Si será sueño este desfile de cien Rositas de cien Rosas; esta ronda, ahora, y la farándula que se aleja. Si será cierto lo que decía el abuelo, y nuestra vida se divisa solamente. Se divisa o se sueña y él está roncando como un viejo. Se oye a sí mismo roncar, entre sueños: o es el mugir de las olas que arrullan. ¡Oh, dormir, dormir, y seguir durmiendo entre las aguas que mecen con música azul!

Se impacienta sola María-Rosalba. Ya ha terminado el aseo, y aún no vuelve de donde Juana su madre. Del abuelo, ni asomos; y como si supiera de su ausencia, no ha venido al trabajo el chiquillo. ¿Qué pasa? No puede abandonar la casa para ir a saberlo, también. Ha dejado puestas las ollas, tiene lavada la ropa; y sigue el silencio afuera. Ni martilleos, ni pasos. Algún grito de gaviota que cruza volando; el susurro del mar, como siempre. ¿Si fuera a colgar la ropa, a tomar un poco de sol, a ver el brillo del agua que tan raras veces se dora, asoleada?

Salió con el cesto lleno de estrujados rollos.

Había un hombre durmiendo sobre la arena.

Se detuvo María-Rosalba. ¿Quién sería? Aquí no pasaba sino gente conocida. Su aspecto es curioso. Ese rostro no lo tiene cualquiera. De una a otra oreja adorna, abajo, la cara, contorneándola como una orla el musgo de una patilla que tiene el

rojo color de las hojas quemadas por el fuego, y resalta sobre la piel, morena greda. Las manos, con las abiertas palmas callosas, acusan el manejo de los remos; pero son finas manos, como los pies desnudos, limpios a pesar del barro. No es un mendigo, aunque lleva desgastadas ropas. Y ahora que ha movido la cabeza y se corrió el pañuelo con que se había resguardado los ojos de la luz, aparece una llamarada de pelo. ¡Oh, si fuera joven, se creería que es el desaparecido, el esperado muchacho de todos los sueños!

Al verlo despertar, retrocedió María-Rosalba.

Se ha levantado el hombre, y con ojos extasiados se acerca, le tiende anhelantes brazos. El mirar suyo es extraño, cautivador, como si se envolviera en misteriosas lejanías, como si hablase desconocidos lenguajes del alma.

—¡Rosa —dice—, Rosa, soy yo!

—No lo conozco a usted.

—Dime, estoy despierto, ¿verdad?

Debe haberla perturbado la impresión. ¿O es que ha cambiado tanto él, con estas barbas? Ella se ve igual, aún más hermosa. Ahí viene mamita Rosalba, ella lo reconocerá. Le tiende los brazos desde lejos, lo ha conocido.

—¡Pingo!

—¡Mamita Rosalba!

Ella también lo mira con asombro, ahora.

—Soy Rosa, Pingo. ¿Tanto me parezco a mi madre?

Las miró a las dos, aunque no se habían concertado para hacerle bromas.

—Soy Rosa, Pingo. Mamita Rosalba ha muerto. Esta niña es mi hija, María-Rosalba.

Sin duda, no había despertado y seguían los sueños absurdos. Una pesadilla ahora; no es posible que sea la voz de Rosita, de la amada, la que está profanando. Ya despertará y verá que era todo mentira.

—Perdóname, Pingo —se oye—, cuando pensé que nunca volverías, me casé con Antonio. Murió la misma noche de mis bodas: fue mi castigo merecido. Esta es su hija, pero solamente a mí se parece, porque en verdad he sido su padre y su madre yo sola, yo

sola.

Sollozaba la que decía ser Rosa.

¿Dónde estaba el engaño, en las palabras de ella, en los torpes ojos de él? ¿O es que la varilla del tiempo podía embrujar de esta manera? Si en realidad esta era Rosa, había muerto para él, como si fuese una sombra del pasado, un espejismo de su espíritu. No; lo están engañando. ¿Cómo podría haber muerto Rosita cuando la está viendo, ahí llena de juventud y belleza? Se la niega aún mamita Rosalba, quiere condenarlo a ser Caleuchón. Desea que se lo lleve el Buque de Arte. ¡Muy bien, allá no hacen falta las mujeres para el baile: en un solo pie danzan los Trocados; allá no se envejece, no pasan los años!

Ha juntado los pies y se ha puesto a bailar como un Trocado y canta con sorda voz, mientras ellas lo miran con espantada atención.

—Soy el Trocado, soy el Mudado —ruge—. Si una vuelta no basta, dos vueltas daré. Si no bastan dos, tres; diez, ciento, mil. Eternamente viajaré, mientras no me convierta en el que debo ser. ¿Dónde está mi patria? ¿En Quicaví, en Llicaldad, en Tren-Tren? Mi novia está aquí, mi novia está acá. —Señalaba ya a Rosa, ya a María-Rosalba, y decía que había perdido un tesoro, que había perdido la niña de sus ojos. Luego preguntaba si podía alcanzarla bailando con un solo pie. Y pedía que le entregaran su «macuñg», el chaleco de fuego que permite a los brujos volar.

Rosa se había dejado caer de rodillas sobre la arena, y entre lágrimas musitaba algún rezo. María-Rosalba lo escuchaba sin pavor ahora, parecía buscar en sus palabras ocultos e interesantes significados. Y le oía:

—Escuchen cómo canta mi amada. Es la Pincoya mía que me llama desde el mar. Si no encuentro mi «macuñg», iré en el estrecho bongo que parece un pez largo y negro, un ataúd. En un bongo llegué al mundo, y quiero irme de él en un bongo también. ¡Qué oscuro se verá el mar, y cómo doblarán las olas!

Comenzó entonces a recitar las letanías de la Virgen Candelaria, diciendo que estaba pasando, allá lejos, en el país de su infancia, la

procesión. Pero que aquí, las campanas que se oían tocaban a muerto por el entierro de Rosita. Se puso a gemir lastimosamente. Rosa inclinó la cabeza, tapándose los oídos, pero
María-Rosalba
le tendió una mano compasiva que él no tomaba. Abstraído en su delirio, apostrofaba por momentos a la que creía mamita Rosalba. De pronto rio con estridencia y se puso a cantar:

*«Busca tu vida. Pingo,*
*búscala, búscala, búscala;*
*si no la encuentras pronto,*
*a otro déjaselaaaa…».*

—¿Y si la encontrara? —preguntó, provocante—. La muerta no ha sido aún sepultada. Pasará el entierro al son de la fiesta que prosigue. ¿No oyen los alegres cantos coreando al bordón? —Y cantó:

*«A la segunda vuelta,*
*se va la dama…».*

Hizo señas, con un dedo en los Labios, de que hubiese silencio.

—Ya no existe, ¿verdad? —afirmó. Pero el navegante no teme desposarse con la muerte. Adelantando hacia
María-Rosalba
la tomó de la mano sin que opusiera ella resistencia—. Ven, niña, —le dijo—, te llevaré a los altares del mar, sepulcro verde y blando, donde arrullan el sueño las olas.

Rosa creía estar alucinada. Los veía alejarse sin que su garganta pudiese articular un sonido, sin que sus músculos le permitieran el menor movimiento. Se sentía clavada de las rodillas al suelo arenoso, muda. Un dolor agudo se atravesaba en su corazón como un puñal. De pronto, cayó de bruces, cual muñeco volteado.

# 3

La bruma opaca y humedece la tarde, y la consternación vela de gris los rostros. Están todos, hombres, mujeres, niños. Miran caer las últimas paladas de la tierra que va cubriendo el ataúd de Rosa. El silencio es absoluto, fuera de este fúnebre ruido de la pala, y parece el grupo de esa gente plantada ahí como vivas estacas un montón de cruces señaladas por las cabezas perpendiculares a los hombros. Fuera de Anchuco que traga sus lágrimas, ni la Juana, ni la comadre, sus más fieles amigas, nadie, nadie llora: no cabe sino la consternación de los espíritus. El señor cura ha dicho antes unas palabras emocionadas sobre los ocultos designios del Cielo y algunos se han mirado con el rabillo del ojo: «designios del Cielo» —parecen consultarse unos a otros, en esta duda que a todos sobrecoge, de que en tantos acontecimientos extraños han debido intervenir otros ocultos poderes.

Ahora vuelve, dispersándose, el cortejo. El señor cura va rodeado de las mujeres que lo siguen hasta la iglesia donde rezarán por Rosa en la novena. Los hombres se apartan de a dos, de a tres, apresuran el paso, bajan rápidamente, al fin, la loma. En lo alto —señal del camposanto— se divisa la cruz que asoma entre los cipreses. Ha quedado solo el cementerio, y sola descansa Rosa. Los muertos con los muertos, los vivos con los vivos. Ahora no disimulan los hombres su inquieto afán, y en tanto comentan en su grupo las mujeres el terrible desaparecimiento de María-Rosalba, ellos se conciertan sobre las posibilidades de encontrar aquel tesoro que, aseguran, dejó enterrado el extraño Pingo en algún punto del bosque. Si fuera verdad, no hay por qué perder más tiempo. El jardinero del señor cura ya estuvo cavando por su cuenta toda la noche y parte del día. Vuelan —que no andan— en busca de palas y picotas, de algún alimento y de faroles, que llevarán para pasarse la noche en la excitante empresa. «El Chucao» es el único más cuerdo.

La Juana le ha pedido que acompañe al abuelo, y le ha ofrecido su brazo para llevarlo a la casa, donde se quedará con él hasta mañana. Van en silencio. ¿Qué consuelo puede darse en tan tremenda prueba? Parece que se hubiera quebrado con el golpe el anciano. Viene tan inclinado, que una lágrima ha goteado desde sus ojos al suelo. Saca el pañuelo y se suena.

—Con la pena —dice— se nos acaba la sabiduría, amigo.

—Para lo de Rosa, ya no hay consuelo —observa «El Chucao»—, pero en lo otro yo diviso algunas esperanzas. Me inclino a creer en lo que dijo Juanito el Manco; estaba bien lúcido cuando me lo contó el pobre viejo.

El abuelo no aceptaba aquella fuga de Pingo con María-Rosalba, que pretendía haber visto un pobre demente. A esas horas de la mañana, con un aire nítido, estando en la ribera los pescadores, a nadie se le habría escapado divisar la embarcación fugitiva. Más verosímil le parecía que Pingo, enajenado por la pena, se hubiese tirado al mar, abrazado a María-Rosalba, tal como pretendía el niño de «El Chucao».

—Mi chico es muy fantástico —aseguraba, descreído, «El Chucao»—, al punto que a veces lo llamo Pinguito, porque me recuerda a Pingo, de niño.

—Mucho quería a «Maíalba», como le decía —repuso el abuelo — y vi muy bien el espanto pintado en sus ojos cuando lo interrogué y me contó directamente que un hombre malo corría con «Maíalba» en los brazos y, al llegar a los farellones, se había lanzado con ella, de un salto, al mar.

Había acertado a elegir el sitio, era muy profundo, lleno de internos remolinos y nunca aparecerían los cuerpos. Quién sabe si Rosa hubiera podido aclarar este triste asunto, pero se había llevado el secreto de todo a la tumba. Nunca sabrían qué pasó entre ellos, qué explicaciones se darían; si por venganza o por locura le había quitado Pingo a su hija.

—Cuando le decíamos Caleuchón a Pingo, usted se enfurecía —avanzó, tímidamente, «El Chucao»—; sin embargo, solo un brujo disfrazado pudo traer tanta desgracia.

Protestó una vez más el abuelo. Pingo había traído al hogar su

belleza, su fantasía, y por largos años les había regalado a todos felicidad. Aún después de su partida, les había dejado los sueños del recuerdo y de la espera.

—Yo nunca dudé de que volvería —dijo—; Rosa no fue generosa, quiso medirle el tiempo. ¡Medirle a Pingo el tiempo!

Ni lo culparía, ni le guardaría nunca rencor por lo sucedido. El destino debe aceptarse. Por su parte. Pingo trató de cumplir. No todo había sido fracaso, si era verdad lo del tesoro y que estuviesen los hombres labrando la isla por el afán de encontrarlo.

—«El Chucao», buen amigo —le decía el abuelo—, no juzgues con ligereza. Da crédito a las palabras de este viejo que quiere dejarte una máxima aprendida de un marinero extranjero. —Y recitó, sentenciosamente—: «Dios escribe directo con líneas torcidas».

—Me parece comprender —explicaba «El Chucao»—, Pingo habría sido sacrificado para que…

—Calla; hay cosas que basta con entenderlas.

Sin embargo, tenía su idea «El Chucao» y quería salir adelante con ella.

—… En fin… un sacrificado, pues, abuelo, podría serlo… precisamente un Caleuchón.

El abuelo se detuvo con impaciente movimiento. ¡Hasta cuándo la majadería!

—¡Qué sabes tú de Caleuchones! —dijo violento—. ¿Has visto nunca alguno?

Faltaba que «El Chucao» se estuviera poniendo supersticioso, él que siempre se burlaba de todo lo que creía o decía ver Pingo. Permanecía sin contestar, cabizbajo y testarudo. Ya estaban en el astillero, pero era tan densa la bruma, que solo ahora se habían dado cuenta de que llegaban.

—Dígame la verdad, sin molestarse, abuelo —rogó «El Chucao»—: ¿Cree o no cree usted en el Buque de Arte?

Ya debían estar corriéndose leyendas y buscando en todo esto la intervención misteriosa del Caleuche. Quizás fuese mejor para disculpa de Pingo.

—¿Quién está seguro de nada en este mundo? —contestó el abuelo—. Durante mi larga vida no me ha tocado verlo con mis ojos. ¿Existe, no existe? En todo caso, amigo, se divisa solamente.

—Pingo lo veía a menudo —exclamó, caviloso, «El Chucao».

Ahora subían la escalita de la casa y «El Chucao» iba sujetando, de atrás, por ambos brazos al anciano. Este se detuvo en el último peldaño.

—¿Ves? —dijo señalando hacia el mar—. En dos ocasiones, ahí me lo señaló a mí Pingo; pero cuando alcé los ojos había desaparecido. No se conformaba y me prometía que…

Su voz se heló en la garganta. «El Chucao» miraba, también, con asombrados ojos. Y ambos, a un tiempo, exclamaron:

—¡El «Caleuche»!

Allá, en las brumas cruzaba irradiante el Buque de Arte.

# Vocabulario

*ANCHI*: Bebida preparada con cebada, agua y azúcar.

*CAICAY-VILÚ*: Es la «serpiente marina» que tiene el poder para dominar el mar y todo lo relacionado con él.

*CALEUCHE*: Denominación que se da a un buque fantasma, según una antigua leyenda de Chiloé. Es, según ella, un barco velero que navega de noche, a menudo con niebla, con todas sus luces encendidas. Es tripulado por brujos mutilados. Su aparición es considerada como un presagio de desgracias.

*CALEUCHÓN*: Así nombran a los que creen que es hijo del Caleuche.

*CUEVA DE QUICAVÍ*: En la localidad de Quicaví (comuna de Quemchi) Chiloé, se encuentra una cueva que es llamada Casa Grande. Esta sería la guarida donde vive el Supremo de los Brujos y estaría resguardada por el Invunche.

*CUICITO*: Mamífero roedor.

*CHAUQUES*: Consiste de varias islas cruzadas por un mar interior, siendo sus dos principales componentes la isla Butachauques, la mayor del conjunto y también del Grupo Chauques y la isla Aulín. Además componen este grupo de islas que cierran por el sur el Golfo de Ancud.

*CHAYANCO*: Challanco, En la mitología de Chiloé, especie de espejo empleado en las artes adivinatorias.

*CHOAPINO*: Tapiz de lana hecho a mano de colores vistosos.

*CHONCHI*: ciudad de la zona sur de Chile ubicada en la Isla Grande de Chiloé.

*CHUCAO*: Pájaro del tamaño del zorzal, de plumaje pardo, que habita en lo más espeso de los bosques.

*CHUNGUNGO*: Roedor chileno, llamado también gato de mar.

*DUAM*: Mensaje de vida o muerte de que dan los brujos.

*FIURA*: La Fiura, también llamada Trauca, es una criatura maligna perteneciente a la mitología de Chiloe. El término también se utiliza para describir a alguien muy feo o muy díscolo. Muchas veces, la Fiura es catalogada como un súcubo según la cultura de la demonolatria.

*GUAITECAS*: El archipiélago de las Guaitecas también conocido como islas Guaitecas, es un archipiélago situado en el océano Pacífico en la región austral de Chile, al sur de la isla Grande de Chiloé.

*INVUNCHE*: Ser mitológico, portero en las cuevas de los brujos.

*LLOCO*: Regalo de chicharrones, milcao y sopaipillas que se envían mutuamente los vecinos con motivo de una matanza de cerdos.

*LLOLE*: Canastillo flexible hecho de junquillo, que suele ser usado como costurero.

*LEMUY*: Es una de las islas más grandes del archipiélago de Chiloé, con una superficie de unos 97 kmª, y constituye la comuna de Puqueldón. Está separada de la Isla Grande por el canal Lemuy al norte y por el canal Yal al oeste.

*MAL TIRADO*: Travesura o maldad hecha por un brujo.

*MACUÑG*: Especie de chaleco hecho de la piel arrancada de un difunto y que cubre el pecho de los brujos.

*MECHAY*: Es una especie de arbusto espinoso perennifolio que habita desde la Región de Ñuble hacia el sur de Chile y zonas cordilleranas del sur de Argentina. La raíz y la corteza del michay se usan para teñir lana de color

amarillo.

*MILCAO*: Pan de papas con chicharrones de cerdo.

*ÑIPE*: Arbusto cuyas raíces se usan para teñir.

*PINCOYA*: Es una criatura imaginaria marina perteneciente a la mitología de Chiloé, en el sur de Chile. Tiene el aspecto de una mujer joven y muy hermosa, con una larga cabellera rubia. A diferencia de la sirena chilota (que posee una cola de pez), ella tiene una apariencia completamente humana. El mito dice que aparece desde las profundidades del mar, semi vestida con un traje de sargazo a danzar en las playas y que, por medio de la orientación de su danza, señaliza si la pesca será abundante o escasa en la temporada que se avecina.

*POLMAY*: Comida hecha a base de mariscos y cerdo cocidos en una olla tapada.

*QUEPUCHE*: (kepuche), Último hijo nacido, hijo menor (voz huilliche).

*REITIMIENTO*: reite, carneo de chancho o carneo es una faena tradicional de Chiloé que consiste en la matanza y posterior cocción de un chancho (cerdo) y otros alimentos en un caldero para obtener manteca y chicharrones. La palabra «reitimiento» deriva del verbo «reitir», la forma que adopta en español chilote el verbo «derretir».

*SOPAIPA*: (sopaipilla) Masa frita hecha con harina.

*TENTÉN-VILÚ*: Tambien llamada

Tren-tren

vilu, es la «serpiente terrestre» que tiene poder para dominar la tierra, y sus volcanes, la apariencia de Tentén es la de una culebra gigante.

*TRAUCO*: Ser mitológico, especie de gnomo, travieso y a veces dañino.

*THROPÓN*: (tropón) Pan de fécula de papa, asado en las brasas.



MAGDALENA PETIT MARFÁN, escritora chilena, (Peñaflor, 14 de febrero de 1903 - Santiago, 27 de septiembre de 1968)

Magdalena Petit Marfán nació en 1903 en un hogar culto y bien informado. Su padre, Emilio Petit Pinaud, era un buen médico y supo inculcar en sus hijas tanto la disciplina como la curiosidad intelectual.

Magdalena hizo durante algunos años estudios de medicina y más tarde se recibió de Profesora de piano y teoría, sin que ejerciera jamás esta profesión.

La joven Petit se inició en la letras con *La Quintrala*. La obra había ganado en 1930 el Concurso de Novela del diario *La Nación*, y cuando se publicó, en 1932, el exigente crítico literario Alone señaló en su prólogo: «Una novela interesante, una intriga viva que desde el primer momento sobrecoge, cuadros rápidos de fuerte relieve, escenas coloridas, palpitantes, por donde una figura de mujer fantástica danza y pasa, envuelta en su tragedia, rojiza de infierno y de pasiones, misteriosa, real, extraña, histórica».

Dos años después, y sin pretender realizar una adaptación de la novela, Magdalena escribe su primera obra teatral con el mismo título y protagonista. Se iniciaría así en el uso de los dos géneros

literarios en que descollaría: la novela —más bien, la biografía novelada— y el teatro.

Volvería muy pronto a este último, publicando en 1936 *Kimeraland*, una comedia satírica en un prólogo y cinco cuadros, y luego *Un autor en busca de representación*, sátira tragi-cómica en un acto.

El tema de la primera se aparta de lo histórico y muestra el desencanto de la autora por las utopías igualitarias, entonces en pleno apogeo. La segunda es una descarnada alegoría sobre las dificultades de la creación artísticas en la sociedad moderna, donde reinan «la vulgaridad, la indiferencia, el afán de lucro, la envidia, etc.». Será una de las últimas piezas teatrales para adultos de la autora, la que en adelante escribirá principalmente comedias para niños.

Con la publicación, en 1937, de *Don Diego Portales, el hombre sin concupiscencia*, la escritora regresa a la biografía novelada. La obra, que intenta tener una sólida base histórica sin dejar de lado la fantasía, obtuvo el Premio Municipal de Santiago. Ese mismo año se publican sus primeras comedias infantiles: *El cumpleaños de Rosita, El bebé gigante y Pulgarcito. Y al año siguiente, El desencantamiento de los juguetes*.

En 1939 aparece *Los Pincheira*. La novela, basada en la historia de los tristemente famosos bandidos que asolaron la región del Maule en la década de 1820, nació como respuesta a preguntas que le hacía la gente a propósito de un capítulo de Don Diego Portales. Los lectores de ese libro querían saber más acerca de Antonio y Pablo Pincheira, de Lucila Guerrero, del capitán Rojas, del padre Gómez, y de cómo acabó el general Bulnes con aquellos bandoleros tomados de la vida real.

Esta obra consolidó definitivamente a Magdalena Petit como una sagaz representante de la novela histórica chilena. Alone dijo en su momento, refiriéndose a las tres novelas arriba citadas, que con ellas su autora «ha demostrado poseer la cualidad, rara en Chile, de la imaginación novelesca, una extraordinaria capacidad de inventar

y referir historias que gustan al público».

Buceando siempre en los mitos e historia de su país, Magdalena Petit presentó en 1940 su drama *El hijo del Caleuche* a un concurso del Teatro Municipal de Santiago para piezas teatrales históricas y folclóricas. Obtuvo el primer premio y, tal vez, esto la alentó a novelar uno de los más entrañables mitos del sur de Chile. La novela *El Caleuche*, publicada en 1946, obtuvo también el Premio Municipal de Santiago. En ella relata la trágica historia del chilote Pingo y de Rosa, historia que había escuchado, según la autora, en el faro de Punta Agui, al abuelo de aquel.

Pero Magdalena no se detendrá aquí en la animación de personajes y episodios de nuestra historia. En 1950 publicará *El patriota Manuel Rodríguez*, y diez años después *San Martín y el Ejército Libertador, un hombre y su idea*. Entretanto, en 1951, había publicado una novela filosófica *—Un hombre en el universo, confesión de un desorientado—*, donde vertió, como en su drama *Kimeraland*, su insatisfacción y desencanto por la poca influencia que el hombre tiene para mejorar el mundo a través de los ideales, de la creación artística y de las instituciones. Mientras, en 1955, y en aparente contradicción con aquellas ideas, publicaba su novela infantil *Una llave y un camino*, en la que intentaba mostrar a los niños cuál es la llave y cuál es el camino para lograr la felicidad.

El 27 de septiembre de 1968 Magdalena Petit fallece producto de un traumatismo encéfalo craneano provocado por una caída accidental cuando procedia a colocar una ampolleta en su departamento donde vivia sola. Sus restos fueron velados en casa de su hermana y el funeral fue en el Cementerio General de Santiago.

OBRAS:

NOVELAS: *La Quintrala*, novela, 1932; *Kimeraland*, drama, 1936; *Don Diego Portales, el hombre sin concupiscencia*, novela, Ediciones Ercilla, Santiago, 1937; *Los Pincheira*, novela,
Zig-Zag,
Santiago, 1939; *Caleuche*, novela, Cultura, Santiago, 1946; *Biografía de Gabriela Mistral*, La Salle, Santiago, 1946; *El patriota Manuel Rodríguez*, novela,

Zig-Zag,

Santiago, 1950; *Un hombre en el Universo, confesión de un desorientado*, novela filosófica, Nascimento, Santiago, 1951. En 1966 la Editorial Andrés Bello publicó una nueva edición agregándole, a pedido de la autora, una segunda parte. *Una llave y un camino*, relato infantil, 1955; *El crimen se cometió de otra manera*, novela policial humorística, firmada con el seudónimo de Repórter Sphinx; publicada en 1963 como folletín en Las Últimas Noticias; *San Martín y el Ejército Libertador*,

Zig-Zag,

Santiago, 1965; *Ensayos y cuentos*, La Nación, Santiago, 1966.

TEATRO: *La Quintrala*, drama en cinco actos, Imprenta El Esfuerzo, Santiago, 1935; *El hijo del Caleuche*, fantasía teatral en un prólogo, dos actos (con dos cuadros, el primero) y un epílogo, 1940; *La vida es comedia gestándose* o *Arrocita sin leche se quiere casar*, fantasía satírica; *Manuel Rodríguez*, obra en cinco actos con unos cuarenta personajes; *El sí de los caballeros*, comedia en tres actos; *¡Oh, vitaminas!* o *Un ideático*, comedia en tres actos; *El crimen se cometió de otra manera*, melodrama en un acto y dos cuadros; *Tres y un biombo*, un acto.

TEATRO INFANTIL: *Pulgarcito*, comedia, Nascimento, Santiago, 1937; *El cumpleaños de Rosita*,

Zig-Zag,

Santiago, 1937; *El desencantamiento de los juguetes*, fantasía teatral,

Zig-Zag,

Santiago, 1938; *Pinocho en el Tribunal de los niños, Comedia en tres actos, 1947; La caturra alfabetiza*.

# Notas

[1] *Caleuche*: Denominación que se da a un buque fantasma, según una antigua leyenda de Chiloé. Es, según ella, un barco velero que navega de noche, a menudo con niebla, con todas sus luces encendidas. Es tripulado por brujos mutilados. Su aparición es con siderada como un presagio de desgracias. <<

[2] *Chonchi*: ciudad de la zona sur de Chile ubicada en la Isla Grande de Chiloé. < <

[3] *Trauco*: Ser mitológico, especie de gnomo, travieso y a veces dañino. < <

[4] *Lemuy*: Es una de las islas más grandes del archipiélago de Chiloé, con una superficie de unos 97 kmª, y constituye la comuna de Puqueldón. Está separada de la Isla Grande por el canal Lemuy al norte y por el canal Yal al oeste. < <

[5] *Chauques*: Consiste de varias islas cruzadas por un mar interior, siendo sus dos principales componentes la isla Butachauques, la mayor del conjunto y también del Grupo Chauques y la isla Aulín. Además componen este grupo de islas que cierran por el sur el Golfo de Ancud. < <

[6] *Guaitecas*: El archipiélago de las Guaitecas también conocido como islas Guaitecas, es un archipiélago situado en el océano Pacífico en la región austral de Chile, al sur de la isla Grande de Chiloé. < <

[7] *Chucao*: Pájaro del tamaño del zorzal, de plumaje pardo, que habita en lo más espeso de los bosques. < <

[8] *Fiura*: La Fiura, también llamada Trauca, es una criatura maligna perteneciente a la mitología de Chiloe. El término también se utiliza para describir a alguien muy feo o muy díscolo. Muchas veces, la Fiura es catalogada como un súcubo según la cultura de la demonolatria. < <

[9] *Tentén-vilú*: Tambien llamada Tren-tren vilú, es la «serpiente terrestre» que tiene poder para dominar la tierra, y sus volcanes, la apariencia de Tentén es la de una culebra gigante. < <

[10] *Caicay-vilú*: Es la «serpiente marina» que tiene el poder para dominar el mar y todo lo relacionado con él. < <

[11] *Milcao*: Pan de papas con chicharrones de cerdo. < <

[12] *Cueva de Quicaví*: En la localidad de Quicaví (comuna de Quemchi) Chiloé, se encuentra una cueva que es llamada Casa Grande. Esta sería la guarida donde vive el Supremo de los Brujos y estaría resguardada por el Invunche. <<

[13] *Caleuchón*: Así nombran a los que creen que es hijo del Caleuche. < <

[14] *Choapino*: Tapiz de lana hecho a mano de colores vistosos. < <

[15] *Chayanco*: Challanco, En la mitología de Chiloé, especie de espejo empleado en las artes adivinatorias. < <

[16] *Macuñg*: Especie de chaleco hecho de la piel arrancada de un difunto y que cubre el pecho de los brujos. < <

[17] *Pincoya*: Es una criatura imaginaria marina perteneciente a la mitología de Chiloé, en el sur de Chile. Tiene el aspecto de una mujer joven y muy hermosa, con una larga cabellera rubia. A diferencia de la sirena chilota (que posee una cola de pez), ella tiene una apariencia completamente humana. El mito dice que aparece desde las profundidades del mar, semi vestida con un traje de sargazo a danzar en las playas y que, por medio de la orientación de su danza, señaliza si la pesca será abundante o escasa en la temporada que se avecina. < <

[18] *Thropón*: (Tropón) Pan de fécula de papa, asado en las brasas. < <

[19] *Anchi*: Bebida preparada con cebada, agua y azúcar. <<

[20] *Quepuche*: (kepuche), Último hijo nacido, hijo menor (voz huilliche). < <

[21] *Duam*: Mensaje de vida o muerte de que dan los brujos. < <

[22] *Cuicito*: Mamífero roedor. < <

[23] *Llole*: Canastillo flexible hecho de junquillo, que suele ser usado como costurero. < <

[24] *Chungungo*: Roedor chileno, llamado también gato de mar. < <

[25] *Sopaipa*: (sopaipilla) Masa frita hecha con harina. < <

[26] *Mal tirado*: Travesura o maldad hecha por un brujo. < <

[27] *Ñipe*: Arbusto cuyas raíces se usan para teñir. < <

[28] *Mechay*: Es una especie de arbusto espinoso perennifolio que habita desde la Región de Ñuble hacia el sur de Chile y zonas cordilleranas del sur de Argentina. La raíz y la corteza del michay se usan para teñir lana de color amarillo. < <

[29] *Polmay*: Comida hecha a base de mariscos y cerdo cocidos en una olla tapada. < <

[30] *Reitimiento*: Reite, carneo de chancho o carneo es una faena tradicional de Chiloé que consiste en la matanza y posterior cocción de un chancho (cerdo) y otros alimentos en un caldero para obtener manteca y chicharrones. La palabra «reitimiento» deriva del verbo «reitir», la forma que adopta en español chilote el verbo «derretir». <<

[31] *Lloco*: Regalo de chicharrones, milcao y sopaipillas que se envían mutuamente los vecinos con motivo de una matanza de cerdos. < <

[32] *Invunche*: Ser mitológico, portero en las cuevas de los brujos. < <